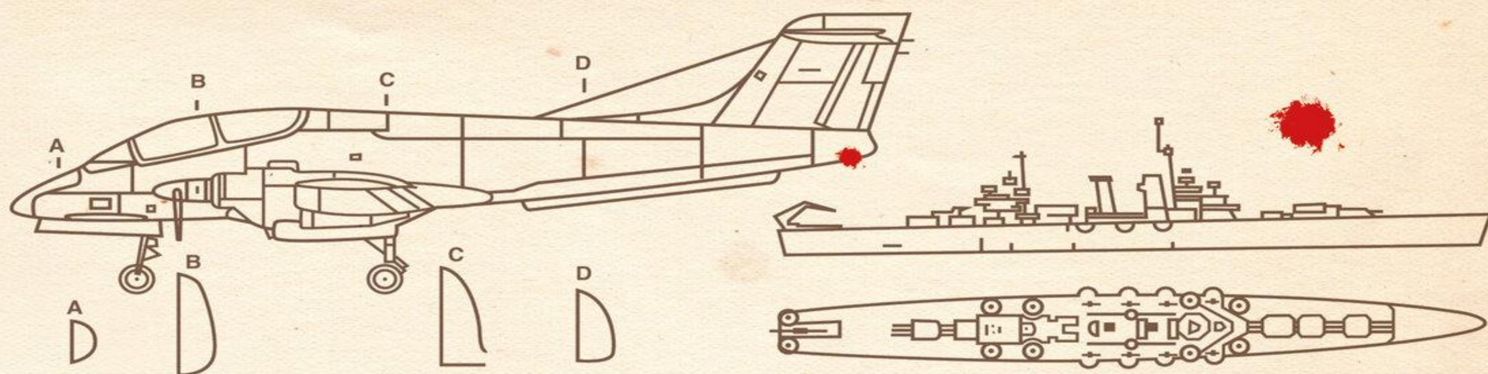


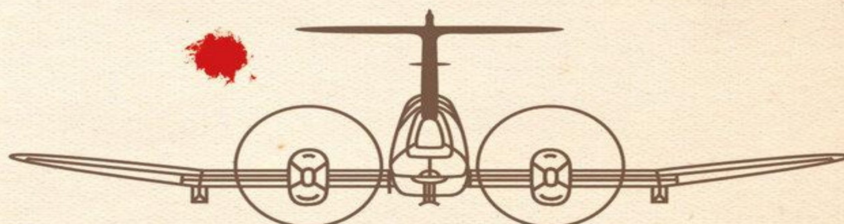
LUIS GUSMÁN
MARCELO FIGUERAS
ARIANA HARWICZ
PERLA SUEZ
JORGE CONSIGLIO
HERNÁN RONSINO
CLARA OBLIGADO
EDGARDO SCOTT
MARÍA SONIA CRISTOFF
GLORIA PEIRANO
ROQUE LARRAQUY
CARLA MALIANDI
RAQUEL ROBLES
MARIANO QUIRÓS
MAURO LIBERTELLA
MÓNICA YEMAYEL
MARÍA TERESA ANDRUETTO

LA GUERRA MENOS PENSADA

RELATOS Y MEMORIAS DE MALVINAS

COMPILADORES VICTORIA TORRES
Y MIGUEL DALMARONI
PRÓLOGO DE SERGIO OLGUÍN





ALFAGUARA

Prólogo
Las Malvinas son literatura argentina

Sergio Olguín

La guerra de Malvinas es una herida abierta, una llaga que todavía supura en el cuerpo del país. Duele, incomoda, se mira de costado, reaparece en las noches de insomnio o estalla en medio de una pesadilla. Con toda esta carga real y simbólica de muertes y pérdidas, era imposible que la literatura no se hiciera cargo de reflejar en sus historias los aciagos días de 1982 y sus consecuencias en el tejido social argentino. Los escritores aman las heridas y pasar el dedo sobre ellas.

Cuando la guerra todavía estaba en la primera plana de los diarios, pero la ilusión de una victoria ya se había desvanecido, dos escritores se animaron a convertir el conflicto bélico en ficción: Fogwill, con su novela *Los Pichiciegos*, y Carlos Gardini, con su cuento "Primera línea" (publicado un año después en el libro de relatos homónimo). La novela se convirtió muy rápidamente en un clásico de la narrativa argentina, dando el espaldarazo que necesitaba Fogwill para consolidarse entre los nombres fulgurantes de la transición democrática. La obra de Gardini todavía espera una justa reivindicación.

La ficción argentina siempre ha tenido una versión urgente, escrita con una celeridad que la acerca al periodismo, y un devenir más reposado. Desde aquellos textos fundacionales, la ficción no ha dejado de producir una literatura que gira alrededor de la guerra. Es cierto, nunca son muchos textos a la vez. No se puede hablar de un boom literario alrededor de Malvinas, pero su presencia ha sido constante en todos estos años. Como si cada tanto se necesitara conjurar los fantasmas de la sinrazón bélica, como si fuera necesario plantar mojones que armen un mapa del desconcierto y el dolor que todavía genera este tema, incluso en escritores que ni siquiera habían nacido cuando ocurrió la guerra. Tal es el caso de Sebastián Ávila (1985), autor de *Ovejas*, ganadora del Premio Futurock de Novela 2021, el último hito literario hasta el momento.

Entre Fogwill y Ávila, entre Gardini y esta compilación, Malvinas no dejó de aparecer en el imaginario de los escritores locales: novelas, cuentos, poesías, obras teatrales, crónicas. Ficciones que transcurren en las islas, en el continente, durante la guerra, en los años siguientes, en la actualidad. Tragedias, policiales, humor negro, ciencia ficción, novelas intimistas, textos experimentales, experiencias propias o recogidas. Vidas propias y ajenas. La sombra terrible de la guerra sobre una literatura acostumbrada a trajinar la historia, la política y el testimonio.

Si el origen de la ficción nacional está marcado por la violencia, especialmente la violencia política, y si nuestra narrativa nunca despreció hacerse cargo de los hechos históricos, Malvinas se acomoda perfectamente dentro de esos parámetros. Porque Malvinas es mucho más que una guerra perdida, es la dictadura militar enviando a la muerte o a la mutilación (física, mental) a miles de soldados conscriptos, es un pueblo triunfalista, una muchedumbre que primero aplaudió y luego insultó, es una generación cuya banda de sonido se cantaba en castellano, es la negación en los años siguientes y es el tibio florecer de una consciencia social, de una causa común, de un dolor compartido en las últimas décadas.

Los diecisiete cuentos que integran esta compilación, escritos especialmente para este libro, marcan una continuidad con el corpus de historias sobre la guerra de Malvinas. Son relatos que hablan de un tiempo pasado, pero que también interpelan el momento presente de su escritura. La mirada que estos autores tienen sobre el conflicto bélico, sobre su consecuencia en los protagonistas o en su entorno, dice también mucho de estos días. Es lo que ocurre en "Lejos de casa", el cuento de Luis Gusmán que abre este libro como una manera de ver y sentir la guerra observando una tumba en la Puna de un combatiente caído.

Escribir es —puede ser— recordar. Varios de los cuentos de este libro utilizan la primera persona para construir una historia de recuerdos de aquellos días. No importa hasta qué punto son autobiográficos, cuánto hay de experiencia real —si es que la experiencia real puede ser tal en una ficción—, pero no puede dejar de leerse bajo esa luz, en mayor o menor medida. "Retaguardia", de Jorge Consiglio, es una de esas narraciones marcadas por el afán autobiográfico (el narrador se apellida igual que el autor): la rutina de un soldado que no fue al campo de batalla, sino que se quedó en la retaguardia y vive la guerra como un tiempo muerto (aunque las muertes ocurren a miles de kilómetros).

La mirada del conflicto bélico desde la infancia es el enfoque elegido por Roque Larraquy en "Por qué jugué de inglés", un cuento que proyecta la guerra en los vínculos infantiles, siempre cargados de crueldad e injusticia, como una especie de "Señor de las Moscas" criollo en pleno 1982.

Durante la guerra hubo un "nosotros" y un "ellos", un "yo" y un "vos" que remiten a lo que cada uno vivió en esos días. El corte sincrónico que hace Clara Obligado en la historia coral de "Pretérito imperfecto" le permite observar la guerra desde múltiples perspectivas y

sensaciones. La guerra es una tragedia, pero también puede ser una excusa política o el trasfondo de una historia íntima, alejada de los acontecimientos bélicos.

La experiencia femenina de la guerra aparece vinculada a la adolescencia de las protagonistas. Mónica Yemayel, en "Las chicas del 63" recuerda los años jóvenes en los 70 que culminan abruptamente en 1982, con el hundimiento del Crucero General Belgrano. La historia se reconstruye con la memoria, pero también con las crónicas periodísticas de aquellos días. "Teníamos una misión. Escribirles cartas a los soldados que luchaban por nuestras islas", escribe Gloria Peirano en el comienzo de "La carta de un soldado". La correspondencia entre chicas y combatientes, que generaba una corriente erótica entre el acto heroico de los varones y la espera admirativa de las mujeres, pierde su tono romántico cuando la realidad del combate se asoma en el pensamiento de la protagonista. Por su parte, María Sonia Cristoff, en "Ejercicios de oscurecimiento", cruza una historia de amistad entre chicas con el espionaje y la traición de consecuencias impredecibles: "Como si la guerra nos hubiese arrebatado algo que todavía no alcanzábamos a registrar", escribe la autora.

Carla Maliandi, en "Ismael", opta por una historia que escapa del realismo habitual para incursionar en el género fantástico. La narradora es una preadolescente que comparte su habitación con la presencia de un soldado, una presencia que se mantendrá durante mucho tiempo en su vida.

A medida que los protagonistas (y los autores) no participan directamente de la experiencia de la guerra recurren a lo vivido por otros, como hace el protagonista de "El hombre en el cajero" de Mariano Quirós, que se vincula con un excombatiente, un "indio" del norte argentino, muchos años después de los enfrentamientos. De manera mucho más autobiográfica, Mauro Libertella en "Nuestras guerras portátiles", resume y clasifica sus vínculos y conocimientos de la Guerra de Malvinas. Las consecuencias sociales y literarias de un conflicto visto por alguien que nació al año siguiente de los acontecimientos.

Las referencias literarias también aparecen en "El beso de la mujer cucaracha", de Raquel Robles. Manuel Puig es una excusa para meterse en la vida de dos personajes marginales, uno de ellos marcado por la guerra y el deseo. El cuerpo como un lugar de batalla y de reivindicación.

En "Fragmentos de un relato imposible", María Teresa Andruetto recurre al collage testimonial de artículos y declaraciones de aquellos días para contar una historia marcada

por la tragedia. El frío y la espera irrumpen en "Permafrost", de Perla Suez. El frente bélico, los temores de dos soldados que hacen guardia, la derrota que se hace cada vez más palpable en un clima tan inhóspito como la realidad.

Lo más descarnado de la guerra aparece en "Todo el tiempo del mundo", de Marcelo Figueras. La vida de un combatiente se vuelve presente en medio del enfrentamiento. Recordar como una forma de supervivencia, sobrevivir como una forma de ser testigo y protagonista de la locura a la que arrastró a toda una generación el gobierno militar.

Edgardo Scott, en "Historia del avión", parte de un hecho real, la instalación de un avión de guerra en una plazoleta de Lanús Oeste, para imaginar una Argentina futurista y distópica. En un clima cercano al thriller, "Ejército enemigo", de Hernán Ronsino, plantea las miserias de un ejército preparado para el acomodo y el chantaje más que para la batalla con el enemigo exterior. Ariana Harwicz recurre a una forma híbrida de relato y utiliza la forma de una obra teatral para retratar el dolor, el desencanto y la amargura de los soldados.

"Nada había acabado del todo: ni la jerga trastornada de ese tiempo ni el susurro aún inteligible de la historia. (...) No, se dijo Cufré, nada acabó del todo", escribió Andrés Rivera en *En esta dulce tierra*. Lo mismo puede decirse de la Guerra de Malvinas. Nada termina del todo y es en la literatura donde mejor se refleja esa falta de final, la incomodidad de una historia que se resiste a ser solo pasado.

Lejos de casa

Luis Gusmán

A la muerte se la puede encontrar en la Puna jujeña como en Malvinas. En el desierto, como en el silencio blanco del hielo o de la nieve.

En un viaje a Salta me encontré en medio de la Puna con un cementerio que estaba cercano a lo que era la mina azufrera: *La casualidad*. Los del lugar dicen que todavía se puede ver un delgado hilo amarillo cayendo por la ladera.

Todos los años, en el cementerio hay una tumba menos. Se la lleva el viento. Como en el verso de Pound: "No se mueva/ Dejemos hablar al viento. Es el paraíso". Aunque por la inmovilidad debería ser el purgatorio. Pero según de dónde y en qué dirección sople el viento; y si hay azufre, puede ser el mismo infierno y hasta escucharse "El trino del diablo".

Es posible que algún deudo o un pariente haya ido a visitar lo que ya no estaba. La tumba había volado. Si sos creyente o supersticioso, el alma puede volar.

Es posible que algunas tumbas se aferren al suelo desesperadamente. Vaya a saber qué raíces son las que las atan a la tierra. Quizá, solo lo saben los deudos; o no se sabe nada, porque el que está o ya no está ahí, se ha llevado el secreto con él.

A veces, como en esta historia de este viaje a Jujuy, la raíz puede ser un ancla.

La historia que voy a contar comenzó en el otro extremo del país. Lo que, en la infancia, en la edad escolar fue un punto en el mapa. Como otros, como muchos, este combatiente de apellido Samaja, y de nombre Anastasio, murió en Malvinas.

Suelo viajar y fotografiar tumbas. Siempre me pregunté qué impulsaba mis pasos. Tal vez, que mi abuela me llevara a la Chacarita a ver la tumba de Gardel. Pero de esos recorridos de la mano de mi abuela lo que más me impresionaba, ya de niño, era la tumba del soldado desconocido. Para una tumba con nombre, pero sin cuerpo. Murieron lejos de casa. Vaya a saber dónde descansa su cuerpo.

Con los años, viajo a donde un libro me llevó. Como el viento. Viajo fotografiando tumbas de escritores. La que más me impresionó fue la de Kafka en el viejo cementerio judío de Praga, que está enterrado con su madre y su padre. A veces lo que la vida separa, la muerte lo vuelve a reunir.

No visito las sepulturas de mis familiares, padre, madre, hermano, quizás porque no quiero encontrarlos ahí o porque ya no están. Los otros, los escritores, no están ahí: están en los libros.

La máquina de fotos, ante el promontorio leve, se vuelve un instrumento sacrílego; el monumento ostentoso la disimula.

Estoy ante la tumba de Samaja que murió en Malvinas. Quizás, fue un coya que murió como soldado; o mejor, dicho, como un combatiente. Poco sé, de su biografía. Solo este dato: el cuerpo no está ahí.

En la sepultura hay un barquito de cemento, no parece de mármol. Raro, un barquito en el desierto, en la Puna jujeña. Lo está esperando. Quizás, o espera para hacer su último viaje.

Esta ahí. Esperando que un día vuelva Samaja que un día murió combatiendo por las islas que los británicos llaman *Falklands*.

Las fotos no hablan. La fotografía es un arte solitario. Silencioso. Hoy ni siquiera tiene el sonido parecido al percutor que disparó la bala extranjera que acabó con la vida de otros combatientes.

El destino de Anastasio no fue una bala. Un hombre tan apegado a la tierra de la Pachamama (Madre tierra), absurdamente, murió en el mar porque era un tripulante del crucero General Belgrano que fue hundido por un submarino nuclear de la Armada inglesa.

Estoy ahí, desconcertado. Hay flores. Tengo una botella de agua mineral en las manos. Lentamente la derramo sobre la tumba y como un niño espero el acto mágico, o como un creyente, el milagro. Quiero hacer, de ese pequeño reguero, un mar para que el barquito se ponga en movimiento.

Pero el sol pega fuerte y ya borró el agua. Todo se secó de golpe. Muy rápido. Yo mismo temí evaporarme.

Como suele suceder ante hechos así, uno no sabe cómo irse ni tampoco cómo quedarse. En otros tiempos, en los que los sombreros cubrían la cabeza de la gente, quitárselo hubiera sido un gesto de saludo y despedida. Los sombreros han desparecido. La moda los voló como a las tumbas de *La casualidad*.

Pero el barquito sigue ahí en *La línea de sombra* conradiana. Varado en la calma chicha, sigue firme. Solo que el sol quema; bueno, el hielo también.

Lo acompaña un barquito. No podía ser ni un submarino, ni un acorazado, ni un portaviones. Sí, un barquito. El diminutivo refleja las diferencias de armamento que hubo en esa guerra, así en la tierra como en el mar.

No sé si Samaja extrañaba el cielo, pero sí podría afirmar que extrañaba la tierra. Pero se murió en el mar.

No tomé la foto. No creo que vuelva alguna vez para hacerlo. Recordé una frase del poeta: "La tumba exige de inmediato el silencio". Sí, pero no el olvido.

Solo el pudor de permanecer más tiempo del debido me dio fuerzas para alejarme; todavía ni siquiera digo para irme.

Todo el tiempo del mundo

Marcelo Figueras

El brezal estaba ahí. Una faja de tierra ondulada, cubierta de arbustos. Bajo el viento implacable, cada mata era un borrón. Con el correr de las horas, el paisaje ensayó variaciones: día y noche, lluvias y aguanieve, el ocasional rayo de sol que iluminaba sin entibiar. La humedad se condensaba en niebla, una mancha colosal que anidaba en el páramo. Las flores brotaban regularmente. De tanto en tanto asomaba un animal: ovejas, o un págalo que se perdía entre las gramíneas. Los cormoranes trazaban parábolas y desaparecían, había una masa líquida en las cercanías. El resto era inmutable. Un cielo desfondado lo aplastaba todo.

El ciclo natural se repitió (luz y sombras, las lluvias y la nieve, el ciclo de las flores, el tránsito de aves y animales), hasta que la idea empezó a insinuarse. Una vez que cobró forma, se tomó todo el tiempo del mundo para ponderarla. La idea decía así: el brezal estaba ahí, pero no era una entidad autónoma. El hecho de que supiese que estaba allí, de que pudiese describirlo, reconocer sus ritmos y a sus criaturas, se debía a que le constaba —a él, o ella, o ello: el tiempo no había alcanzado para considerar la otra idea —que también estaba allí, contemplando el brezal desde un punto fijo.

Si veía el brezal, eso significaba que él (o ella, o ello) no era el brezal. Era, al menos, Aquello Que Contemplaba El Brezal. Una entidad distinta. ¿Uno de esos ojos artificiales, diseñados para capturar imágenes? Pero lentes y cámaras no pensaban por sí mismos. Mirar y entender que lo visto era un brezal reclamaba algún tipo de consciencia. Eso podía asumir, como mínimo, que era una consciencia, una especie de yo, aunque se tratase de un yo insensible al frío y al hambre y al resto de los estímulos de la intemperie.

También al cansancio, debía decir. Era un ojo sin párpados, conectado a una consciencia que no necesitaba dormir —el testigo perfecto.

Dedicó tiempo ingente a pensar quién era, qué clase de testigo. Esa disquisición no llevaba a ninguna parte, un sendero que se enroscaba sobre sí mismo. Se le ocurrió que convenía abocarse a un problema más modesto, o al menos más concreto: como —por ejemplo— si veía el brezal porque era lo único que podía ver: condenado a contemplar la sucesión eterna de días y noches, el escampe que seguía a las lluvias, a los págalos entrando y saliendo de los pastos *poa flabellata* que tapizaban el páramo.

Bastó que formulase la posibilidad de ver algo más para que el panorama cambiase. Ahora contemplaba una colección de cruces blancas. Un pueblo de casas bajas. Y una serie de carteles que era capaz de descifrar (*pharmacy, fresh eggs, Goose Green, tavern*), a pesar de que estaban escritos en un idioma distinto al que usaba para pensar. La transición fue tan brusca que, cuando se descubrió en el brezal, entendió que había regresado con la intención de calmarse; el lugar familiar ofrecía contención.

Esa fue la segunda convicción a la que arribó: además de una consciencia, era una voluntad. Podía percibir y también elegir. Decidir qué ver, o al menos dónde estar. Quiso creer que esa voluntad lo habilitaba a ir a cualquier punto del universo, pero el menú de sus opciones estaba en blanco. No conocía, o no recordaba conocer, ningún otro lugar. (Aunque carecía de elementos para juzgar cuán lejos estaban el brezal de las cruces y las cruces del pueblo, se convenció de su proximidad: la luz que los bañaba era la misma).

Mientras hacía un esfuerzo por conjurar otro espacio, divisó un animal que nunca había visto. Se parecía a un zorro, por su pelaje rojizo y su cola larga, esponjosa. Pero sus dimensiones eran las de un perro mediano. A diferencia de los otros animales, que siempre estaban de paso, el zorro-perro se había aposentado en medio del brezal, magníficamente quieto. Los vientos sacudían pastos y ramas, pero no despeinaban ni uno solo de los pelos que lo abrigaban.

¿Cómo era posible, a qué se debía el fenómeno?

Ahora los vientos traían agua. El animal levantó el hocico y paseó la vista por el paisaje, hasta alcanzarlo. Acostumbrado a mirar pero no a ser mirado, él (o ella, o ello) se preguntó qué verían esos ojos ajenos. Estaba examinándose en pos de una sensación nueva cuando descubrió que el animal ya no estaba allí. Tampoco lo vio en las inmediaciones. Algo prodigioso, dado que el páramo no ofrecía escondite a bestias de ese tamaño. A no ser que fuese capaz de camuflarse, o de desvanecerse en el aire.

¿Y si lo que había visto era un reflejo? ¿Había descubierto su naturaleza: era un perro-zorro de apretado pelambre, pero incapaz de sentir el látigo del viento? ¿Acaso era eso lo que había registrado: su propia imagen, espejada en la cortina de la lluvia? Pero cuando intentaba verse, no veía nada. ¿Cómo podía proyectar una estampa de la que carecía? No contaba con una lengua que secar al aire, una pata que lamer, una cola que sacudir. La idea de ser aquella fiera lo inquietó, le parecía inadecuada.

Glaucophyta, Rodophyta, Viridophyta, Chlorophyta, Streptophyta.

¿Qué eran aquellas palabras que afloraban a su consciencia? Lo único que entendía era que lo hacían sentirse mejor. Tampoco pertenecían al idioma de su entendimiento, ni al de los carteles del pueblo, pero no le resultaban ajenas. Había más, brotando del mismo manantial: *Bryophyta, Lycophyta, Monilophyta...*

Junto a esa cantilena le llegó una voz. Alguien le había dicho esas palabras, una o muchas veces, durante un tiempo impreciso; porque él (o ella, o ello) no disponía de voz propia, y por eso debía tratarse de la música que alguien más —alguien que tampoco era el brezal— había interpretado para su disfrute o su iluminación.

Algo se interpuso entre el páramo y su consciencia, así como la lluvia solía hacerlo. La visión de un sitio cerrado con techos traslúcidos; lleno de plantas, de una variedad que nada tenía que ver con las gramíneas *poa flabellata* y arbustos que poblaban el brezal. Eran más frondosas, más coloridas, más carnosas, más caprichosas —*más.*

Entre las plantas divisó a un viejo. Estaba de rodillas y tenía las manos sucias de tierra. Sus labios se movían apenas, pero la voz resonaba con claridad.

Spermatophyta, Embryophyta, Cormophyta.

Cuando entendió quién era el viejo ya era de noche.

Ahora que estaba oscuro se sentía menos desnudo.

* * *

Había sido niño alguna vez. Un niño sin padre. El recuerdo de su madre era vago, como si nunca la hubiese visto más que por el rabillo del ojo. Pero tenía presente a su abuelo, que lo cuidó durante años mientras trabajaba en el vivero. El viejo se entendía mejor con las plantas que con la gente. Eran más respetuosas, decía. Nunca hablaban de más ni dañaban a sus congéneres, prudencia que atribuía a que conservaban sus pies en la tierra. Se las presentó por familias, primero. *Glaucophyta, Bryophyta, Spermatophyta.* Después por sus nombres. Alga, musgo, plantas fanerógamas —los linajes que producían semillas. Cuando recitaba esos nombres lo hacía siguiendo un ritmo y una melodía rudimentaria, que

sirvieron como regla mnemotécnica. Ahora recordaba esos nombres (*Lycophyta, Chlorophyta*), aun cuando no lograba reproducir el nombre de su abuelo ni el suyo propio.

Quiso volver a aquel lugar, a la casita de techos que no bloqueaban el sol, del modo en que había visitado el lugar de las tumbas y el pueblo donde vendían huevos frescos. En esa ocasión fracasó. La casita estaba lejos, al otro lado de un desierto helado y gris: una inmensidad que no se animaba a remontar, dado que no contaba con energía. (Otra de las cosas que descubrió sobre su condición: se sentía débil, lábil —desflecado). O quizás no la alcanzaba porque el vivero no existía ya, formaba parte de otro tiempo. Su naturaleza espectral le permitía desplazarse en el espacio y nada más, dentro de un radio reducido.

Para probarse que aún podía hacerlo, deseó estar en otra parte. Eso lo regresó al pueblo que ya había visto. Ahora había más gente, yendo y viniendo por la calle. Era como ver la escena en un espejo, porque los vehículos avanzaban por la izquierda y retornaban por la mano derecha.

Sonaron campanas. Pensó que se trataba de una ceremonia fúnebre —un entierro— y cuando quiso darse cuenta, ya estaba en otro lado. Pero no en el cementerio de las cruces blancas, como había anticipado, sino en las inmediaciones de una escuela. Los niños salían disparados como flechas, a los brazos o a los vehículos de sus padres. El único que vaciló a mitad de camino fue uno pálido, de rostro lleno de pecas. Llevaba en la cabeza un gorro con orejeras y antiparras sobre la frente, que le hizo pensar en un aviador de otra era. El crío se detuvo, se arrancó el casquete —tenía el pelo del color del perro-zorro— y palpó un bolsillo como si hubiese olvidado algo. Después giró, como si desease retornar a la escuela. Pero en vez de correr en línea recta, trazó una elipse. Durante un instante creyó que lo rozaría. Sin embargo, el niño tropezó con sus propios pies cuando estaba a un metro y lo atropelló.

La colisión no tuvo lugar. La criatura lo atravesó como si estuviese hecho de humo y retomó el camino. Aun así, no fue lejos: se detuvo a un par de metros, como si lo hubiesen congelado.

El padre de la criatura lanzó un grito. Se llamaba Chris, el niño; su padre quería saber qué estaba haciendo. En vez de responder, el pequeño retomó la dirección inicial —esta vez dio un rodeo, evitando chocárselo— y se subió al Land Rover.

En minutos, la calle quedó vacía. El cartel de la escuela tenía escrita una sigla: IJS. La mujer que supervisaba la salida miró a un lado y al otro, asegurándose de que no quedaran rezagados. Era una mujer muy flaca, con gafas de marco fosforescente. La vio estremecerse

a causa de un escalofrío y perderse en el interior del predio. Era comprensible, el cielo se había nublado. Un grupo de gaviotas sobrevolaba Villiers Street, comentando algo que sonaba a escándalo.

* * *

Esa noche, en el brezal, articuló palabras que hasta entonces había eludido. Asumió que estaba muerto, sin angustiarse. Tal vez porque podía pensar en ello, y eso significaba que no lo estaba del todo. De algún modo seguía existiendo. Carecer de un cuerpo, de materia, era una ventaja en esa circunstancia: no tenía corazón que se acelerase, su respiración no se entrecortaba, no contaba con miembros que someter a temblores. La suya era una condición nueva, que lo desafiaba a encontrar otra receta para ser. Más contemplativa, en principio, desde que no conseguía hacer mucho más que contemplar. Tal vez por eso recordaba pocas cosas: porque había dejado atrás las experiencias que le marcaron la piel, durante su breve vida. Estaba más allá de la exaltación y de la pesadumbre; esencialmente, estaba más allá del dolor.

Cuando quiso entender cómo había muerto, se encontró rodeado por niebla y comprendió que había retornado al páramo.

Una vez le había preguntado a su abuelo qué planta prefería.

Magnoliophyta, dijo el viejo. Una fanerógama llamada "brezo".

Quiso saber por qué su abuelo la elegía. (Todavía era un niño entonces, pura curiosidad. Había sido un niño casi toda su vida).

El viejo dijo que los brezos eran obstinados. (Una palabra que en aquel tiempo desconocía, y por eso memorizó). Podían soportar sequías sin morir. E incluso se imponían a los peores incendios. Por supuesto que se quemaban, eran combustibles. Pero aunque las llamas arrasaran el campo, los brezos eran lo primero en asomar entre los terrones carbonizados. Además de raíces, producían yemas subterráneas. A partir de esas cepas la vida germinaba, aun en medio de la polvareda yerma.

El brezo perdura, dijo el viejo.

No era niebla lo que veía (se había confundido, estaba en otro paisaje), sino humo. De noche la diferencia se tornaba imperceptible, pero cuando el viento se abría paso a machetazos, lo que aparecía por detrás era un campo quemado. A juzgar por los parches renegridos que aún ardían, el lugar acababa de ser abrasado. El cielo bramaba en lo alto. La oscuridad había caído en una red de hilos de plata. A la distancia, una sucesión de explosiones creaba hongos blancos.

El perro-zorro reapareció en medio del campo chamuscado. Al detectarlo, comprendió por qué esa ondulación no le resultaba desconocida. La bestia estaba ubicada en la misma posición y en el mismo lugar donde ya la había visto. Y la faja ondulada de terreno era el brezal que conocía, solo que incinerado y sin brezos.

Sin brezos a la vista, habría acotado el viejo.

Mientras el bombardeo arreciaba sin dañarlo (esa clase de testigo era: uno intocable), se le ocurrió que la escena le era familiar. ¿Podía haber vivido algo así para olvidarlo casi por completo? Hizo un esfuerzo, pero no consiguió recordar. ¿Qué clase de sinrazón lo había llevado allí, desde la vida que tuvo alguna vez —una vida incipiente, apenas una yema— al otro lado del océano? ¿Qué torcido intelecto había ordenado arrasar ese vergel, en qué condiciones? A pesar del fracaso en la evocación, la sensación de familiaridad no se desvaneció. Solo en un sueño se podía dar por hecho lo nunca vivido, y él ya no podía soñar.

Si lo que estaba viendo era el pasado, si el brezal había ardido para luego revivir entre págalos y cormoranes —un brezal es a prueba de bombas, su vientre atesora yemas subterráneas—, ¿qué había sido de su presente?

* * *

La pregunta lo condujo a la habitación de un niño. No era aquella donde había crecido, a esta no la recordaba ni la sentía familiar. Aun en la penumbra —el pueblo estaba en calma, se oía el mar de fondo—, percibió la abundancia de colores. Había juguetes sembrados por el piso, avioncitos que pendían del techo, una estantería con cuentos en inglés, una copa de

metal que decía *Football League* y una cama abierta pero vacía. ¿Dónde estaba el niño que debía dormir allí?

—*I see you.*

No identificó la voz, porque nunca antes la había escuchado. Pero supo de inmediato a quién pertenecía.

—*I can see you* —dijo el niño pelirrojo, todavía susurrando. El inglés elemental que se había llevado de la secundaria (una escuela pública de Munro, ahora lo recordaba) le permitía entenderlo. El crío tenía la pelambre encrespada, testimonio de su derrota contra la almohada. Además, vestía un pijama lleno de aviones estampados: volar era su obsesión. Estaba sentado en el suelo, en uno de los ángulos del cuarto, con las piernas cruzadas como un Buda de mesa de luz. Y no se veía asustado por la presencia del intruso, ni siquiera perturbado, al contrario: parecía encantado.

Permanecieron así un instante. El niño fruncía el ceño mientras lo observaba, como quien memoriza cada adorno de un árbol de Navidad. Hasta que el ruido que provenía del pasillo los tomó por sorpresa.

Pasos. Una cuña de luz se filtró por debajo de la puerta. Al instante desapareció. Oyeron chirriar una canilla y el fluir del agua.

No le convenía seguir allí si el padre o la madre del crío asomaban. Quería quedarse —el niño era la primera persona que le dirigía la palabra, desde que vivía de ese modo—, pero tampoco deseaba generar una situación traumática.

Volveré, pensó, deseando ser oído.

El niño alzó su bracito izquierdo y llevó el filo de la mano a la frente.

Estaba claro que veía en él algo que él mismo no veía. Descartó que contemplase a un zorro-perro, nadie le hace la venia a un animal extinto. Un saludo así se le rinde tan solo a un militar de mayor escalafón —o a un piloto.

Quiso devolver la gentileza, pero carecía de la extremidad necesaria.

—*See you soon* —dijo el niño.

Nada le hubiese gustado más que responder. Pero no podía hacerlo, o no había desculado aún el modo, de haberlo. Ya habría tiempo. Todo el tiempo del mundo.

Supo que estaba yéndose, quizás en dirección al brezal. Una figura se reflejó en la copa de metal, un eco de su movimiento. La más fugaz de las visiones: una silueta que se desplazaba, la imagen de un hombre joven que vestía uniforme.

No sería el brezal pero formaba parte de la trama subterránea, un impulso vital que no corrompía ni el fuego. Había sido sembrado y allí prosperaría. Su nueva existencia lo invitaba a ser obstinado, a moverse con la gracia del aire.

La marea contenía las aguas grises, despejando la playa. Cuando rompían, las olas se quitaban el camisón de espuma sin salpicarlo.

Archipiélago remoto del Atlántico Sur

Ariana Harwicz

Acto 1

Pozo nocturno. Dos desertores argentinos. Sirenas. Se reportan múltiples explosiones. Posible lanzamiento de cohetes. Posible caída de bombas. Ya han impactado proyectiles. Los dos soldados se autovigilan.

Soldado 1 mirando al cielo, Soldado 2 en cuclillas.

Los yanquis anunciaron la suspensión de asistencia militar a Argentina y medidas económicas punitivas. También avisó que su país satisfaría las exigencias de armamento de Reino Unido. Ronald Reagan por su parte tachó a Argentina como país agresor.

S1: Parece que vas a parir por el orto.

S2: Deberían ser ahorcados.

S1: No es una alucinación. **Es un mensaje que el enemigo debe entender bien**, oiga, los argentinos somos capaces de parir argentinos por el orto.

S2: Dónde estarán las potencias invasoras, tengo un hambre.

S1: Los tiros parecen libélulas azules.

S2: Luciérnagas tiburón.

S1: Nos desplegaron un fraude, deberían unirse los puestos balleneros y los de las minas de carbón. Hundir todas las islas.

S2: Algo va a saltar para reventarnos los encéfalos, mejor cerrá el orto, nos van a atar los testículos, nos van a meter los hígados en la boca.

S1: Se trata de un enfrentamiento inmóvil sin héroe ni batalla. Una guerra linda para ver desde la tele en las Europas.

S2: Nunca vi un país con tantos hijos de re mil mierdas.

S1: Éste.

S2: Suenan timbrazos. Van a perforarnos con la bandera inglesa.

S1: Qué anuncian. Aplausos y campanadas durante años. Pero qué anuncian.

S2: Anuncian aplausos. Aplaudir hasta el síncope. Aplaudir hasta la embolia. Toda la noche soñamos con aplausos como timbales en el cráneo. MT se educa con Joseph.

S1: De noche dicen que los obligan a dormir, les controlan los movimientos de los párpados y te toman el pulso en la muñeca. Bien dormiditos al día siguiente matan de a cien argentinos de una. Apilados, más barato.

S2: Están bajo tierra, un bunker calentito y confortable. Una jugada que confunda al mundo, un riesgo absoluto a eso llamo yo, dominación. Ira, sin perder los estribos. Ira, y el caballo en alto, los cascos a la luna. Tirarse de un acantilado a una grieta, la pierna aprisionada en las rocas y mostrar que se puede salir sin helicópteros y triunfantes.

S1: Yo no estoy entrenado para esos errores de cálculo. Delante de la grieta se trata de decir que no hay una grieta. ¿Ves la grieta hosca abierta, tenebrosa delante de tus dos ojos? La ves, claro que la ves, no sos invidente, pero no está.

S2: Parece que se fueron a dormir. El mundo en suspenso. Ahora estamos frente al enemigo dormido. ¿Seguirán viendo del otro lado? Qué se podrá comer.

Acto 2

S2 arrodillado escucha la tierra por dentro:

S2: Hay un volcán acá abajo. Tengo ideas locas que no puedo controlar, soy capaz de equivocarme a propósito para salir de mi propio error voluntario. Mentalmente no puede entenderse. Tuve una familia de utilería como los capataces, los cabos, los generales, los

tenientes muertos con cruz blanca: madre paranoica, padre oscurecido y hermana ausente. Será fascinante de ver cómo terminará esto, soy un verdadero atleta, si me encuentran me reclutan ellos.

S1: Sos como un arrogante semental.

S2: Gran conclusión la tuya para ser parte de la cuadrilla de un matador. Ahora hay que ver cómo escapar. De qué nos disfrazamos.

S1: De argentinos.

Acto 3

Es día clave en el enfrentamiento por la soberanía del terreno escabroso y costas bordeadas de riscos con cientos de islas e islotes con granjas de ovejas y abundantes especies de aves. Para nosotros no estará nunca terminada la guerra, después de barrido el enemigo de las Malvinas, van a husmear Georgias, Sándwich del Sur y todos los demás archipiélagos... tenemos para una vida más acá.

Ruido a moscas dentro de la bombilla de luz. Los ingleses usan bombillas de luz.

S1: Mentalmente no puede entenderse pero sé que una concesión te cuesta la vida.

S2: Cuál es el castigo. Lo entendí enseguida cuando me fui y ahora empiezo a torturarme. Ya estoy condenado, podría luchar hasta el final pero las fuerzas serán desiguales. Mi cerebro funciona como una máquina, una caldera bajo presión: Chernóbil, alguien tiene que entrar a cerrar la válvula. Cada movimiento retumba, cada movimiento en cada pieza.

S2: El sistema nervioso no responde, como un motor en corto circuito, ya no anda, hay interrupción. Relámpagos mentales. Pero el único momento en el que existo es en los relámpagos. Tengo el equipo de guerra pero estas cámaras, estos microbios, este reflejo esta emisión, infinitesimal, estas polillas contra los vidrios de los ventanales no me dejan pensar

y todo tiene que estar y ser claro. Creo que estoy sordo. Tengo el cuerpo desnudo, vaciado de órganos, sin fetidez, listo para el experimento sobre la camilla.

S1: Mi corazón ya no late a cuarenta, late a sesenta pulsos, llegará a cien. Mi cara está blanca. Como esos hijos entrenados para ser lunáticos dando vueltas alrededor de un pino durante la madrugada. Los padres los castigan si se lavan la mano hasta el codo y les dejan la comida sobre el platito de porcelana pero no pueden probar bocado durante días. Dirigí la operación vos.

S2: Entrar en el corazón de alguien enloquece, por eso ganaron. Nacer en verano, la luz derramada, un calor de madre en la vagina fusilado. Amar es una vigilancia mutua. La operación fue un fracaso. Nos dan órdenes de quedarnos acá.

S1: Verlos arder y desaparecer del mapa. Incluso la forma en que manejan los tiros es intimidante. No es ilegal pero es amoral. Son perros entrenados para correr en círculos. Los perros argentinos van atrás con la lengua afuera.

Última etapa:

Soldado: Que nada interrumpiera el curso de mis pensamientos, que todo fuera perfecto. Hubiera querido que todo fuera perfecto. Este espectáculo bien podría haber sido de otro planeta en comparación con la bufonada que hacen los *british*. Los borro del mapa, de un plumazo, sin despeinarme. El ajedrez de los ingleses, como los rusos, es la alta expresión de su mente asesina. Ser un atracador de bancos perseguido por la policía. Un estrangulado, desnucado, en contra de su herencia, un judío antisemita de la primera hora. El tema no es tanto odiar al garca inglés nacionalista o al agresor argentino nacionalista, es el auto odio. Nada como el auto odio. El golpe cívico militar. Los delatores. Cuando te enfrentás a ellos, aunque vayas ganando, sabés que vas a perder. No sabés cómo, ni por qué, pero no podés ganar nunca. Es como si alguien me atrapara, me atara dado vuelta como a un carnero y me dejara sobre el fuego, voy a salir y voy a comerlo, pienso, pero no, me sigo dorando el pellejo.

El izamiento de la bandera argentina a la intemperie. Cementerio de Darwin inaugurado sobre nosotros.

Intentamos salir de la cueva, dos desertores, fuimos atrapados antes del final del mejor partido de la historia, gana Estados Unidos y la Dama con la cartera al codo. Los ingleses y argentinos sepultados entre gallos a medianoche en un helado descampado en los terrenos de un cementerio cristiano. El cura llega tarde. Los cuerpos ya están a varios metros por debajo de la tierra como fantasmas.

Permafrost

Perla Suez

A todos los pichis del mundo.

A Fogwill.

Parte profunda del suelo de las regiones frías permanentemente helada.

—El viento sopla y sopla. Amanece nevando y puede estar así toda la semana. Yo ya me acostumbré, Castro, te vas a acostumbrar.

Eso fue lo que le dijo Romero a Castro cuando se bajó del camión verde oliva que se perdió en la niebla.

Romero estaba habituado a trabajar en el frío. Castro venía del norte, del campo, nunca había estado rodeado de agua, nieve y blanco permanente. Era dócil. Comía sin hablar. En las pocas horas de luz, paleaban la nieve, debían encargarse del mantenimiento de los contenedores y asegurarse del funcionamiento de las bombas de combustible.

Vivían en una casilla precaria en medio de la nada. Se encontraban a unos cuarenta kilómetros de Puerto Deseado donde en otra época los primeros corsarios naufragaron por las fuertes tempestades del estuario. A lo lejos, cuando no había tanta bruma, asomaba un cañadón y abajo en la orilla arenosa las olas golpeaban contra las piedras de las caletas.

El viento frío sacudía los calafates. Tenían que sobrevivir austeramente en ese lugar árido y deshabitado.

Romero observaba los movimientos de Castro todo el tiempo. Era un tipo acostumbrado a dar órdenes. Solía ser torpe y tenía poco tacto. Sin embargo, algo de Castro lo ablandó desde el primer día. Romero nunca tomó un arma en su vida, ni recibió formación militar, pero había aprendido las mañas de un brigadier para el cual había trabajado varios años.

Romero le hablaba y Castro pocas veces respondía. Cuando bombeaba el combustible se demoraba, tanteaba la boca del generador, ladeaba la cabeza dando un rodeo hasta dar con la palanca.

—Veo con un solo ojo —se disculpó Castro.

Dormían en esa casilla en camastros altos para mantener los colchones aislados del frío. Castro doblaba meticulosamente su ropa, se acostaba, y miraba el techo hasta que el sueño lo vencía.

A la mañana, con unos mates y unas galletas, entraban en calor y se ponían a trabajar. Al rato, cuando Castro terminaba de bombear el combustible, llegaba el camión cisterna del ejército. Al volante, un soldado con uniforme bajaba apenas la ventanilla y con su mano derecha hacía la venia. Tenía puesto un pasamontaña, un casco y un impermeable camuflado que le cubrían la cabeza y la cara. Solo se veían sus ojos grandes que parecían no estar en ese lugar. El soldado no hablaba y enseguida subía la ventanilla empañada. La escena se repetía todos los días.

Castro calzaba la manguera en la boca de la cisterna del camión.

Cuando la cisterna se llenaba, el camión se iba y Castro se ponía a escuchar las olas que golpeaban contra las rocas y el mar que aullaba. De noche se oían ronquidos como si fueran de un leviatán que se hundía en el océano. Por momentos miraban el cielo intentando adivinar si lo que escuchaban eran Fokkers o Hércules.

No existían las horas para ellos. El tiempo estaba detenido, pero Castro y Romero se sentían a gusto en la casilla. Afuera soplaba el viento sin piedad. Por la ranura de la puerta silbaba el aire escurriéndose. En el brasero se oía el crujido del carbón al arder.

El camión les dejaba una caja que tenía el sello con la inscripción: "Fuerza Armada Argentina" y otro que decía "Ración de Combate C". Toda la comida llegaba empaquetada a ese lugar. Cada ración contenía un desayuno con un sobre metalizado de café con leche, tres galletas y una mermelada de damasco. Adentro de la caja también venían unas latas de 380 gramos de fideos con albóndigas en salsa y unas pocas de guiso de lentejas.

Esa noche Romero abrió la caja de fósforos Fragata, raspó la cerilla en la suela de la bota, prendió la hornalla y puso a calentar el guiso.

Castro dio vuelta dos baldes de latón como asiento y de mesa usó un cajón de manzanas de Río Negro.

Al rato Castro levantó la cabeza y olió.

—Ya está.

Se sirvieron en sus platos hondos de lata.

Después de comer, Romero le convidó con un chocolate blanco Arcor cuadrillado. Lo partió por la mitad y se lo dio.

Prendió la radio a transistores y subió la antena para escuchar algo. Se sentaron a jugar al truco. De fondo cantaba Charly García.

—¿Qué te pasó en el ojo?

—Me lo reventaron en la cárcel.

Romero se sirvió un vaso de agua y sin levantar la cabeza de las cartas, le preguntó:

—¿Por qué te metieron?

Castro se acordó de ella por un momento, pero dijo:

—Ya está. Acá no importa.

Romero cantó envido. Castro dijo 27. Él le respondió: 30 son mejores.

Anotó los puntos en una hoja.

Afuera la nieve cubría el suelo. Desde el anochecer no había parado de nevar. Solo se veía en la oscuridad el fulgor de la casilla entre tanto blanco.

Antes de que llegara el camión cisterna, palearon de nuevo la nieve que les tapaba la entrada y revisaron los caños. Los guantes les dejaban los dedos libres para poder trabajar, pero era imposible evitar que el viento helado calara los huesos. A Castro le dolían las manos. Cada tanto se frotaba una contra la otra y formaba un cuenco para respirar ahí adentro un poco de aire caliente.

La radio a transistores retumbaba en la casilla. La voz del locutor se turnaba con las descargas de estática. Por momentos no se entendía nada.

"En el día de ayer se realizó el Festival de la Solidaridad Latinoamericana donde se recaudaron donaciones..."

La interferencia cortó la transmisión. Castro intentaba sintonizar alguna estación de radio que les permitiera escuchar algún programa.

"*It's very important to keep in mind ...*", escuchó sin entender.

Siguió probando un rato moviendo el dial, luego, frustrado, apagó la radio y la dejó.

Después del mediodía Castro salió a caminar, quería aprovechar la luz de la tarde. Tenían permitido hacerlo por determinados sectores. Era muy fácil perderse en esa tierra blanca y sin referencias. Los vientos complicaban las cosas. Eso él lo sabía. La caída persistente de nieve iba borrándole las huellas.

A lo lejos divisó una orilla. Pensó que sería una ensenada y que vería el mar. Apuró el paso, se hundía en la nieve. El aire gélido se le metía en los pulmones. Le dolían. Estaba agitado. No era la orilla del mar. Era una especie de plataforma de hielo enorme de forma circular.

Un letrero lo alertó, "PROHIBIDO PASAR". Castro miró a su alrededor, no había nadie. Avanzó. El viento helado le pegaba en la cara, le golpeaba en el ojo y no lo dejaba ver.

Caminó unos metros y se encontró con una superficie cóncava, deprimida en el centro, que espejaba el cielo gris. Pensó que debajo de esa capa helada podría haber agua y se acercó más. Era una mancha perfecta en medio de la tundra. Brillaba con una luz tenue, quedó hipnotizado. Atraído como por un imán se acercó, se puso en cuclillas. Entonces lo vio. Algo debajo de él se movía. El suelo crujió. Castro tuvo miedo, retrocedió. Quería alejarse lo más rápido posible de allí. Corrió hacia la casilla. El viento lo empujaba.

Abrió la puerta. Estaba pálido.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Romero.

—Vi algo cerca del cartel. Pasó por debajo de mis pies.

—¿Te metiste en ese lugar? Está prohibido.

—Era una mano así, como la mía.

Castro movía su mano en el aire.

A la mañana siguiente, llegó el camión y volvieron a llenar la cisterna.

Después se sacaron los borceguíes mojados y los dejaron en la entrada de la casilla. Mientras guardaban las mangueras, Castro dijo:

—Era una mano, el brazo, la manga de un soldado.

—¿Nuestro?

—No.

—Entonces era un enemigo.

Castro no dijo más nada.

Caía la tarde. Castro en un rincón se cortaba las uñas de los pies con un alicate. Romero intentó prender la radio a transistores de nuevo, levantó la antena y escuchó:

“*We won, we won, the Falklands are free*”.

Romero, de golpe, se levantó.

—Están diciendo que ganaron.

Castro le preguntó:

—¿Y vos de dónde sabés inglé?

—Trabajé para un inglé.

Romero siguió moviendo la perilla intentando sintonizar otra emisora, le dio unos golpecitos al aparato, pero solo se escuchaban voces distorsionadas. En un momento la radio se apagó, dejó de funcionar, las pilas se estaban sulfatando. Se puso un pucho en la boca.

Romero salió, caminó por la colina nevada, atravesó el cartel y cruzó al lado de un yao yin cubierto de agua congelada.

Todo era silencio. El horizonte blanco se fundía con el gris del cielo. Un lugar enterrado sin tiempo.

Estaban fatigados. Castro se quedó dormido y Romero se acostó con las manos sobre el pecho, pensaba, inquieto. Castro pegó un grito. Llamaba a alguien como un niño que despierta en medio de la noche.

Romero se levantó, se acercó a él y lo zamarreó.

—Tranquilo...

Castro abrió los ojos, se incorporó. Le corría sudor por el cuello.

Romero prendió un pucho. Fumó dos secas, le ofreció a Castro. Él extendió la mano y fumó tres.

El cigarrillo se fue consumiendo despacio. La noche oscura silbaba afuera.

Empezó a escucharse un zumbido. Se quedaron mudos. En un minuto el ruido creció. Una escuadrilla de cinco aviones cruzó a vuelo rasante. La casilla vibró. Reaccionaron rápido. Se pusieron los cascos y se metieron debajo de los camastros cuerpo a tierra. Sentían la ropa pegada al cuerpo.

La escuadrilla se perdió en el cielo. Volvió la calma.

Amanecía cuando reconocieron el motor del camión que se detuvo frente a la casilla. El chofer tocó bocina y enseguida bajó. Se paró frente a la ventanita y gritó:

—¡Romero! ¡Castro! ¡Vamos que los llevo! ¡Terminó la guerra! ¡Ganamos!

Salieron de abajo del camastro. Se miraron. Romero vaciló. Castro se calzó los borceguíes, estaba listo para irse.

—¡Apuren que me voy!

El chofer volvió a gritar.

—No vayas, nos mienten. Seguro nos vienen a buscar para llevarnos al frente. Mejor quedarse acá que ir a la guerra.

Miraron por la ventanita. Las agujas de hielo colgaban puntiagudas del techo de la casilla.

Estaban de pie uno frente al otro. Romero lo miró fijo a los ojos, Castro desvió la mirada. Tomó la mochila, se calzó el abrigo, el casco y sin decir nada salió. Dio unos pasos. Levantó la cabeza para pedirle al chofer que le abriera la puerta. Escuchó un ruido, un martilleo, como un corazón invisible latiendo.

Ahí no había nadie, nada. El camión se desvaneció sin dejar huellas.

Empezaba a clarear detrás de las nubes espesas. Castro se quedó unos minutos inmóvil. Luego, como si el viento lo arrastrara, caminó en línea recta buscando el mar. Romero salió de la casilla, se quedó ahí parado con la mirada fija en un punto de luz invisible.

Retaguardia

Jorge Consiglio

La vida en la Tierra sale bastante barata.

Por los sueños, por ejemplo, no se paga ni un centavo.

Por las ilusiones, solo cuando se pierden.

Por poseer un cuerpo se paga con el cuerpo.

WISŁAWA SZYMBORSKA

Uno

Graham Green dice que las historias no tienen principio ni final. Se elige a ciegas una escena para empezar y otra para terminar. A través de estos dispositivos se intenta acomodar la realidad, ajustar la confusión con la que se presentan los hechos. Conforme a este criterio, escojo una secuencia que dé pie a mi relato.

Siete de la mañana. Estoy en la estación Villa del Parque del ferrocarril San Martín. La gente está abrigada, en actitud de espera. En el aire pesa un olor a cereal tostado. No sé de dónde sale, pero es una presencia, estoy seguro, que se apoya en mi ánimo. Hace cinco minutos que nadie dice una palabra. De golpe, como por arte de magia, todos giramos la cabeza a la derecha y clavamos la mirada en la distancia. Nos sentimos amparados, plenamente amparados: se ve el reflector encendido de una locomotora. La luz se pega a las vías y llega veloz —como una flecha— hasta nosotros. Es un canon de equilibrio, una garantía de que las cosas están en su lugar. Somos un grupo heterogéneo de madrugadores y tenemos frío. Queremos subir al tren cuanto antes. Es nuestra mayor urgencia. Estamos en el mes de abril, pero eso es lo de menos: la temperatura parece de julio o agosto. Yo estoy vestido con el uniforme de la Armada. Tengo puesto un traje de marinero —agradezco a la vida no haber ido a parar a infantería— encima de un suéter gris que ellos mismos me dieron. Por si fuera poco, me enfundé el pilotín. La instrucción la hice en Punta Indio y me

destinaron al edificio Libertad, una mole racionalista que queda sobre Comodoro Py, atrás de Retiro. Justamente, por eso estoy ahora en la estación del San Martín.

En el Libertad me mandaron a la sección Servicios, a cargo del teniente Biró, un urso irritable con la cara salpicada de venitas rojas. Integró la tripulación del Bahía Buen Suceso, un transporte de 5000 toneladas. En la Fuerza dicen que tomar y estar embarcado son la misma cosa. Biró es una clara evidencia. Dentro de Servicios, estoy en Bomberos. Es una ocupación absurda, lo reconozco, pero a los fines prácticos resulta inmejorable. Nuestro cuartel —un depósito de trastos y herramientas— está en el subsuelo del edificio. Y nosotros, lo único que hacemos es tomar mate y pintar nichos de incendio, que son unos gabinetes de chapa para guardar mangueras.

Subo al tren de un salto: conozco de memoria la distancia entre los escalones. Entro al vagón a las apuradas y lo primero que veo es un asiento vacío. Mi experiencia me sugiere velocidad; en consecuencia, lo ocupo en dos movimientos. Estoy felizmente sentado. Sé que me conformo con poco y, la verdad, me enorgullezco de esta cualidad. También me inclino al pensamiento mágico: este asiento, sin duda, es señal de buena suerte. Debajo de un orden menor existe un orden mayor, dice mi viejo. Usa el refrán como remate. Está hablando de cualquier cosa y cuando cierra, lo mete. Pienso en eso, en la fortuna que me predice este hallazgo. Con esa ilusión en la cabeza me voy quedando dormido. Despierto medio sobresaltado cuando entramos a Retiro. Como siempre, camino tres cuadras —tengo la mente en blanco— y me reúno con mis compañeros. Estamos en una callecita que hay frente al Libertad, es un corredor entre dos edificios. Alguien me convida un Particulares. Lo fumo con el mismo placer con el que hace un rato tomé café en mi casa.

Abren la reja y entramos en banda al playón. El viento nos da de frente —las manos aseguran las gorras— y es como si la ciudad entera quedara atrás, muy atrás. Esta nueva zona, hecha de ráfagas furiosas, es pura intemperie y está definida, sobre todo, por un rigor artero, una especie de épica de la disciplina. Lo castrense, como si fuera una sustancia gaseosa, se cuela en todas las relaciones. Y las pervierte, tanto las personales como las de los elementos.

Nos reciben nuestros superiores, todos lo son en este ámbito. Tienen cara de enojados, pero es puro teatro. Creen que así refuerzan su autoridad. El nuestro, el de Bomberos, es un suboficial segundo llamado Mensi, Anselmo Mensi. En este momento toma lista. Nosotros estamos callados y en posición de descanso. En realidad, esperamos al oficial de guardia.

Da los buenos días y lee las efemérides navales de la fecha. Es una costumbre que tienen acá: referencian la jornada con un acto histórico.

Nuestro pasado como nación es breve e inaudito: hace poco se conmemoró la memoria del conscripto Bernardi. Parece que en el año 1927 rescató a varios pasajeros de un naufragio y, si no entendí mal, cuando estaba en medio de la tarea, se lo tragó un tiburón. Ese relato me partió la cabeza: lo extravagante de los hechos fue más poderoso que el tono grave, monocorde con el que lo contó el guardiamarina de turno. Es claro: con el tiempo, las ceremonias se vacían, se convierten en protocolos gastados. Pero hoy, insólitamente, la situación es otra. Llevamos doce minutos de retraso, este detalle es absolutamente infrecuente en la vida militar. Además, el teniente de corbeta al que le toca hablar está nervioso. Se nota a la legua. Es un tipo alto, simétrico, con ojos grandes de vaca. A cada rato pestañea y se acomoda la gorra.

Ahora, como si la decisión lo trascendiera, da la orden de firmes. Nos saluda con un grito —no hay un milímetro de emoción en su voz— y nosotros respondemos a coro. Acto seguido, dice que hoy la República, por intermedio de sus Fuerzas Armadas, mediante la concreción exitosa de una operación conjunta, ha recuperado las islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur, para el Patrimonio Nacional. Agrega que, de esta manera, se ha asegurado el ejercicio de la Soberanía Argentina sobre todo el territorio de las islas y los espacios marítimos y aéreos correspondientes. Escucho la voz firme del teniente y repaso a toda velocidad lo que sé de historia argentina. Me pregunto cuándo pasó lo que el oficial está evocando. Esto no es una efeméride, pienso. Y me repito: definitivamente, no es una efeméride. Se escucha el ruidito estúpido de las palomas que van de una cornisa a otra del edificio. Palomas de mierda, pienso. Todos seguimos con la mirada clavada en el frente, rígidos como postes, sin entender nada.

Rompemos filas, vamos hacia nuestros puestos y empiezan los comentarios. Los suboficiales están mudos. Padula, un pibe de Polvorines, me cuenta que hoy a la madrugada hubo un desembarco en las islas. Lo sabe por un tío brigadier que le anticipó lo que se venía. Lo escucho, pero no le creo. Ni a él ni al teniente les creo: la idea de una guerra, contra los ingleses o contra quien carajo fuera, me parece tan descabellada que la descarto. Me pasa siempre. Es una manera de protegerme: niego lo que me supera. Debe ser un malentendido, me justifico. Con esta idea en la cabeza, bajo por la escalera caracol que me lleva hacia mi destino o, en otras palabras, hacia lo que en este enorme edificio llaman pañol de Bomberos.

Apoyo las suelas de los borcegos sobre las baldosas y respiro profundo. Una, dos, tres veces. Entrecierro los ojos y digo: la reputa madre que lo parió. Los abro: siete matafuegos en línea contra la pared. La luz arranca destellos a los cilindros de acero. Levanto la cabeza. En el reloj son las ocho y treinta y cinco de la mañana. La jornada acaba de empezar, me digo. Y estoy seguro, completamente seguro, de que este día, por descontado, porque el horror nos involucra a todos, será el más amargo que hasta ahora me ha tocado vivir.

Dos

El cabo principal Amatti sostiene una foto entre los dedos. Son cinco personas, entre las que se cuenta él, junto a una parrilla. Dos mujeres, tres hombres. También hay una mesa de plástico. Encima, una fuente con carne y chorizos. En la comida, pero sobre todo en las caras, rebota el sol. Es mediodía.

Estamos en el pañol de Bomberos. El cabo dice que es su familia. Toma aire, señala la imagen y me los presenta uno a uno. Los describe desde una enorme intimidad —para nada justificada por nuestro vínculo— que, en seguida, deviene en sarcasmo. Para Amatti, sus parientes tienen atributos distintivos y él es el responsable de señalarlos. Es un magnífico caricaturista. Su mujer, por ejemplo, tres años menor que él, sufre hipertiroidismo, y esta particularidad, en el relato del cabo principal, no constituye solamente una enfermedad; es, además y sobre todo, una manera de ser, una identidad.

Todos caen bajo su vara, todos salvo su cuñada. La cosa, con ella, es distinta. Tiene veintitrés años, me dice. Es cajera de un supermercado, estudia Económicas. Por cortesía y porque su rango lo exige, digo que sí con la cabeza. Hago lo que me enseñaron: obedezco. Pero entonces, Amatti, sin motivo, cambia de expresión: muestra los dientes, enarca las cejas. Me mira como si mi respuesta hubiera sido grosera. O inapropiada. No te hagas el boludito vos, arroja. Está serio, más que serio. Yo demuestro sorpresa con un gesto y me quedo callado. No bajo la mirada, pero tampoco lo desafío. La escena depende enteramente de su capricho. En esa ligereza se apoya el concepto de disciplina.

Como casi siempre pasa con Amatti, la situación se resuelve rápido. Ahora, que ya pasó el insólito enojo, me pregunta por enésima vez a qué me dedico en la vida civil. Trabajo en una estación de servicio, le cuento. Quiere saber qué estudio. Literatura, le digo. Hace una pausa. Después, de la nada, dice que quiere leer algo y me pide prestado un libro. Algo para pasar el rato, aclara. Cualquier cosa. Tan aburrido está el cabo que decidió ponerse a leer. Le digo que sí, que por supuesto: mañana mismo le traigo una novela de espías. Soy de cumplir mi palabra, pero en este caso en particular gravita otra cosa en el acuerdo, algo que me molesta, que me irrita. Siento que no es un favor, es una orden disfrazada.

*

Estamos en junio. Hace diez días que se perdió la guerra. Al comienzo del conflicto, en el Libertad, había que estar acomodado para ir al frente. Si uno no tenía un almirante o un capitán que lo recomendara, era imposible embarcarse. Después, cuando empezó a ralear la gente, el asunto cambió. Hacían sorteos por sección. Una vez, me salvé de ir por dos números. No pude reprimirme y salté de alegría; de ahí en más todos me miran distinto. Mi emoción fue la evidencia de la repulsión que me causaba la vida militar. Y de esa forma, precisamente, fue leído.

A los que nos quedamos se nos duplicaron las guardias. En Bomberos hacemos de dos tipos. Una consiste en manejar un ascensor durante cuatro horas rotativas; la otra, en estar parado en una terraza con el Fal —un arma rústica, confiada y segura, como ellos la definen— y un casco que pesa una tonelada. Más allá de eso, tenemos que asistir el aterrizaje de los helicópteros, que se triplicó durante la guerra. Uno de nosotros debe ponerse un traje de amianto y auditar, manguera en mano, la maniobra de descenso. Por lo que nos explicaron, existe el riesgo de que, durante la operación, se genere lo que ellos llaman un "cono de vacío" y el helicóptero planche; es decir, se estrelle contra el piso y se incendie. En caso de que esto suceda, nuestra misión es abrir un camino en el fuego y rescatar a las víctimas.

Desde hace un tiempo, aquí las cosas cambiaron y todos —oficiales, suboficiales y conscriptos— deambulamos como si fuéramos náufragos. La realidad perdió nitidez, es un hecho, y esto supone una catástrofe en el ámbito castrense, tan dado a los dictámenes, las definiciones y el rigor. Por supuesto que este debilitamiento es ignorado por la Fuerza. Las

órdenes se dan en voz más alta, casi a los gritos, en un intento desesperado por torcer el rumbo de una caída que ya es más que evidente. El comienzo de esta crisis tuvo lugar unos minutos antes de las 17 horas del 2 de mayo cuando el Conqueror disparó el primer torpedo hacia el Belgrano. En el momento del impacto, la explosión activó un sistema de desánimo que alcanzó al país entero. Acá adentro, por lo menos, se siente eso. Es un eco, un pulso negativo que repica sobre lo que se dice, sobre la información que circula e, incluso, sobre las decisiones que se toman. Aun así, en este lugar seguimos con nuestras actividades como si la guerra hubiese sido una tragedia ajena. Hacemos guardias, limpiamos, preparamos la mesa para que almuercen los suboficiales y jugamos partidos de truco. La información nos llega siempre tarde y distorsionada. Somos el último orejón del tarro, como ellos se encargan de aclararnos. Hace un momento, por ejemplo, nos enteramos de que hoy, durante la noche, es posible que lleguen algunos compañeros desde las islas. Los traen los ingleses. Se comenta que son clase 61, de la tercera a la quinta tanda. Pero nada es seguro, es tan posible que suceda como que no. Nosotros deberíamos estar informados porque somos parte de la guardia, pero a nadie le importa demasiado. Y, como siempre pasa, la inconsistencia de la verdad dispara rumores.

*

Durante el rancho, en el comedor, hablamos de la gente que está por llegar. Iglesias, un flaco de Munro, comenta que en los barcos ingleses tratan bien a los prisioneros: hay comida, cigarrillos, buenas camas. Nombra una nave, el Camberra. Pronuncia con total seguridad, casi silabea: El Camberra. Es un crucero, un barco de lujo. Lo usan para expatriar argentinos, dice. Lo desmiente Arnosi, el pibe del *detall* de comunicaciones. Intenta ser categórico. Sonríe y ladea la cabeza. Le pide a Iglesias que por favor no hable pelotudeces. El Camberra está en el fondo del mar, dice. Lo hundimos en mayo. Él sabe de buena fuente —lo oyó de un almirante— que los soldados en los transportes ingleses viajan para el carajo. El contrapunto de versiones nos desorienta. Se da un bache largo en la discusión. Cada uno mira hacia un lugar distinto y aprovecha para ordenar sus ideas. Desde la cocina llega un ruido de cubiertos. Yo me rozo los labios como si tuviera un cigarrillo entre los dedos. Es extraño que los malditos británicos retornen a los soldados desde Malvinas. ¿No tendríamos que hacerlo nosotros? Lo pregunto sin mirar a nadie. Arnosi responde, como si

hubiera previsto mi inquietud, que en la rendición se acordó eso. Ojo, estas cosas pasan en todas las guerras, aclara.

*

Fumo un cigarrillo que le pido al cabo cocinero. Después, con un ademán lento —tengo tiempo a mi favor— saco del bolsillo un Cabsha que compré esa mañana en Retiro. Le quito el envoltorio, sopeso el bombón y me lo meto en la boca. La mezcla de licor, dulce de leche y chocolate me vuelve loco. Demoro en tragar: quiero que el deleite sea eterno. Este bocadito es tan rico que vislumbro una armonía de la que estoy excluido pero que ahora me asimila. Con este idealismo en el ánimo, me dispongo al sueño. Tengo la seguridad de que la guardia será tranquila. Es imposible que los muchachos lleguen en mitad de la noche como si fueran prófugos. Apoyo la cabeza en la almohada. Me cubro con una manta con olor a humo y me duermo. Profundamente.

De golpe, sin que nada lo justifique, alguien me sacude. Despertate che, dice. Me resisto. Consiglio, despertate, insiste. Abro los ojos. El odio me tiñe las conjuntivas: tengo la sensación de que me acabo de dormir, pero cuando me incorporo compruebo que son las dos de la mañana. Consiglio, Consiglio, repite. Es Iglesias. Llegaron los pibes de las islas, dice. Reacciono. Me pongo la ropa de fajina. Subo la escalera caracol a las apuradas y con los borcegos desabrochados. Con Iglesias, corremos por los pasillos desiertos y no nos preocupa —este punto es inconcebible— estar desobedeciendo órdenes. En el camino, se suman cinco colimbas más, dos marineros y tres infantes. Los conozco de vista. Uno de ellos vive en Villa Devoto y a veces coincidimos en el tren. Salimos al playón por el único lugar libre de centinelas: la puerta angosta que está pegada a la papelera. Iglesias, que no sé por qué tiene las llaves, la abre y vemos a los pibes reunidos en un círculo, son diez o doce. Están de fajina, pero no es el uniforme que usamos nosotros, es otro, camuflado, que parece más grueso. Hablan entre ellos. No hay superiores a la vista, así que avanzamos. La luz del fanal llena la escena de sombras y la vuelve siniestra. Iglesias levanta la mano para saludar, pero antes de que nadie diga nada, notamos la tensión en el aire. No sé qué es, pero entendemos: la discordia es evidente. Igual, nos acercamos. Es un imán, un hechizo. Y cuando estamos cara a cara, nos medimos un segundo —me llega el olor ácido del tipo que

tengo enfrente— y lo primero que nace es un empujón. Después otro. De inmediato, con poco prólogo, empieza la pelea. Nos damos sin asco, en perfecto silencio.

Doy y recibo. Siento una trompada en la oreja y quedo sordo. Otra en la ceja. Sangro. Pero sigo. A mi rival le falta el aire, abre la boca como un pescado. Eso me estimula, me da fuerza. Estoy ciego de odio y avanzo como un toro. Siento que lo tengo. Ya lo tengo, me digo. Pero de pronto escucho que alguien da una voz de alerta. Grita. Viene un cabo, dice. Insiste: Viene un cabo, carajo. Y la batalla se detiene. Termina tan rápido como empezó. Nosotros, la guardia de Servicios, nos reagrupamos como si no hubiera pasado nada y caminamos hacia la puerta angosta. Iglesias está a mi derecha. Se acomoda la ropa. Está magullado y tiene los ojos muy abiertos. Le cedo el paso. Entrá, le digo. Yo me quedo último. Y antes de meterme al edificio, justo en ese preciso instante, me doy vuelta y miro a los excombatientes. Están ahí, parados en medio de la nada, huérfanos. O no. Mejor, clandestinos. Invisibles para todos, sobre todo para los que los mandaron a morir. De hecho, los veo borrosos, desdibujados, como si a cada segundo perdieran sustancia. Parecen fantasmas. Creo que la emoción y el mal momento me nublan la vista. Debe ser eso. Sin duda, debe ser eso. Me digo: están de vuelta, los pibes están de vuelta. Acaban de llegar de Malvinas. Y este pensamiento, que de tan evidente resulta ilógico, me hace sentir mejor, mucho mejor. Volver es un comienzo, pienso. Y un comienzo, definitivamente, es mejor que nada.

Ejército enemigo

Hernán Ronsino

La historia de Salvador Briceño, el hijo del doctor, se empezó a conocer más o menos al mismo tiempo que se realizaban los juicios a la Junta Militar en 1985. Por eso, si bien aparecieron algunas notas en la prensa, todo quedó ahí, como una historia menor entre tantas historias que estaban saliendo a la luz.

El hijo de Briceño estaba obsesionado con la guerra. Tal vez por el estímulo de su padre: por la manera en que le leía historias de guerreros antes de dormir. Tal vez por la fascinación que le producían los desfiles militares. Siempre pensó a la guerra desde la lectura. Es decir, como un juego. Eran las palabras más que el acto mismo de la guerra las que lo apasionaban. Con el tiempo, es lógico, una cosa se enreda con la otra y el hijo de Briceño empezó a confundir los bordes.

Estaba entrando en la adolescencia cuando, una tarde en el taller de hojalatería de la escuela Industrial de Belgrano, tuvo un roce con el celador Macaya. En verdad Macaya no hacía otra cosa que burlarse de ciertos alumnos sistemáticamente. Su alumno preferido para eso era el hijo del doctor Briceño, ese negro que habían adoptado y traído de algún rancho de Catamarca y que algunas maestras decían que portaba un déficit de comprensión: la boca caída, la lentitud para entender los mensajes, cierto tartamudeo al hablar. Cuando lo trajeron de bebé, a principios de los sesenta, la mujer del doctor Briceño lo empezó a mostrar en su entorno, en los cafecitos que compartía con las mujeres de otros doctores, después de una larga lucha por tener un hijo. Lo mostraba con cierta ternura. Porque estaba claro que lo único que ella saciaba con esos encuentros era un sentimiento de caridad. Si ella hubiera sido madre de verdad no hubiera tenido un niño así. Pero lo que la volvía diferente al resto de las mujeres que miraban al negrito como si fuera un mono traído de la selva era que ella sí se había atrevido a adoptarlo. Y que ese sentimiento cristiano, finalmente, la empujaba. El celador Macaya, entonces, esa tarde dijo que Briceño tenía que barrer de punta a punta el taller o si no se iba a quedar encerrado toda la noche, solo, en la escuela hasta que lo hiciera. Los demás alumnos se pusieron a reír. Macaya hablaba serio. Si había algo que le daba terror a Briceño era quedarse solo. De pronto comenzó a ser rodeado por Macaya y por un grupo nutrido de compañeros que lo arrinconaron contra la pared esperando que el muchacho dijera algo o se pusiera de inmediato a barrer ese galpón que ocupaba cerca de media cuadra. Pero lo que le pasó a Briceño, así rodeado, fue que terminó de comprender lo que significaba la guerra. La guerra no era solamente eso que su padre le leía en las noches. Esas aventuras entre guerreros antiguos o entre indios y gauchos.

Cuando se está en una guerra, se pelea. Por eso la tijera que le clavó en la pierna al celador Macaya fue como invadir un territorio, es decir, una forma de ocuparlo.

El doctor Briceño se encargaba desde hacía casi una década de hacer salvar a los *hijitos de mamá*, pequeños burgueses y ricachones desesperados, de la colimba. El doctor Briceño los recibía, en una primera entrevista, en su consultorio del centro y disfrutaba verlos cagados en las patas, sudando esa desesperación. Después hacía el registro final en el Hospital Militar. Casi todos buscaban una respuesta, decían que no podían permitir que sus hijos cayeran en esos lugares, se mezclaran con la gente que sí necesitaba ese tipo de disciplina. El doctor Briceño tenía un mecanismo bien aceitado: un vínculo muy estrecho con el general Machuff, una figura de relevancia en Campo de Mayo. Desde ahí se administraba una red que hacía salvar a los que podían pagar (sacándoles una buena tajada) y generaba anualmente un número de plata que les permitía a varios militares, abogados y médicos como Briceño hacer una diferencia importante. Si bien el negocio parecía menor y desarticulado, una especie de cadena de favores, por dentro la cosa funcionaba de manera organizada y sistemática. La recaudación era tan importante que, prácticamente, el negocio de Briceño estaba centrado en eso: manejaba una parte mayoritaria de la provincia de Buenos Aires. Estaba claro, aunque no se explicitaba, que fueron esos contactos y esa influencia de Briceño las que evitaron la expulsión de su hijo de la escuela.

Por ese tiempo, el doctor comenzó a llevar periódicamente a su hijo a un grupo de entrenamiento en Campo de Mayo. Lo llevaba una vez por mes, cuando él tenía que hacer sus rendiciones. Y así el hijo quedaba durante el fin de semana alojado al mando de un suboficial. Le rapaban los bordes de la cabeza. Salía a correr durante horas alrededor del predio. Se iba poniendo físicamente cada vez más grueso. Aprendió a tirar. Cocinaba para buena parte del regimiento. No gozaba de ningún beneficio. Al contrario. Fue en esos entrenamientos donde un oficial lo detectó de inmediato. La dificultad para hablar, la sumisión exagerada y el entusiasmo extremo de Briceño por la figura de la guerra lo distinguían. Por eso delante de algunos conscriptos el oficial lo expuso: le dijo que a partir de ahora iba a tener un nombre de guerra y sería el aspirante Mudo. Cuando entrene a usted no se le va a caer ni una palabra, decía. Nadie podía reírse ni siquiera ante el orgullo que Briceño sentía por tener un nombre de guerra. Calladito la boca, aspirante, decía el oficial mientras desplegaba el bautismo en cada nuevo encuentro, metiéndole la cabeza en el inodoro. Un nombre de guerra es una clave secreta, le decía.

En 1980 lo egresaron de la escuela Industrial y el doctor Briceño le compró un departamento pequeño por Congreso y consiguió un puesto decorativo en una oficina del

edificio Libertador. Después del 78, el doctor Briceño había profundizado los vínculos en la estructura del gobierno por el crecimiento que había tenido el general Machuff. Ahora no solo manejaba el negocio de la provincia de Buenos Aires, también Santa Fe y Córdoba. Es decir, las provincias con mayor cantidad de sorteados para la colimba. Hasta el mismo general Machuff llegó a ofrecerle una subsecretaría que después de una noche de insomnio, pensando en el desafío y la responsabilidad que implicaba, denegó. Por mi familia, argumentó Briceño. Sabía que ante los ojos de quienes le habían hecho el ofrecimiento quedaba como un reverendo cagón; pero pudo, de todos modos, incorporar a su hijo en ese puesto que solo implicaba completar planillas de manera mecánica. Para el hijo de Briceño ingresar todos los días en ese edificio de la avenida Paseo Colón, aunque fuera para llenar planillas, lo ponía en un lugar de enorme expectativa. Estaba en carrera. Había que esperar el momento oportuno. Porque siempre se presenta una oportunidad. Había estado cerca el enfrentamiento con Chile. Osorio, su compañero de oficina, le contaba una y otra vez cómo lo habían movilizado hasta la propia cordillera. Veíamos Chile del otro lado, nunca antes había cruzado una frontera, nunca antes había salido de mi país, le decía con un tono cargado de falsa épica. Y le contaba que cazaban animales para comer y que lo más emocionante había sido andar, tantos años después, por la senda del libertador. Las historias de Osorio alimentaban la ilusión de Briceño, la ilusión de vivir una guerra era posible. Pero oíme una cosa, che: no te olvidés que ahora mismo estamos en guerra, decía cada tanto Osorio señalando las planillas en el escritorio.

La guerra a la que se refería Osorio era una guerra que le costaba entender a Briceño. Porque del otro lado no había un ejército claro. Porque no había un campo de batalla delimitado. En fin. Era otra cosa. Y si le costaba entender algo más bien dejaba de tener interés para él. Aunque las planillas que completaba de manera mecánica fueran nombres y direcciones que tenía que sistematizar. Con Osorio armaban listas. Briceño solo copiaba de un papel a otro. Por las tardes caminaban por el Bajo buscando algún bodegón para tomar vino. Osorio era tucumano, le gustaba contar historias y había algo que los unía. Seguro que a Briceño le gustaban las historias de Osorio. Y Osorio se sentía escuchado. Pero además se parecían. Eran los negritos del primer piso del edificio Libertador. Una tardecita, después de bajarse un par de tintos, caminaron por la recova de Alem y ahí Osorio se atrevió a comentarle algunas cosas. Cómo fue que llegó a Buenos Aires siendo un changuito del norte. Al principio me decían Palito, en joda. Pero yo no llegué con una mano atrás y otra adelante. A mí me distinguieron con una medalla por mi actuación en el monte. Yo conozco el monte como la palma de mi mano. No se me escapó ni uno de esos roñosos, dijo Osorio que, para esta altura, ya no se parecía al Osorio de la oficina. Briceño no terminaba de

entender muy bien de qué estaba hablando, pero oía expresiones que mostraban la experiencia de su compañero: combate, guerrilleros, ejecución. Entonces Briceño se atrevió a contarle cuál era su sueño. Y también se sintió cómodo para descargarse contra esos cagones que no hacían otra cosa que escaparse de la colimba. Mi viejo los conoce bien, dijo. Una guerra es una guerra, hermano, y no cualquiera está preparado, aclaró Osorio antes de meterse en un colectivo y de perderse en la ciudad.

Después de esa noche las cosas con Osorio comenzaron a ponerse distantes. Osorio trabajaba en silencio y empezaba a evitar las salidas por el Bajo. Briceño se creía al principio todas las excusas que le daba el tucumano. Si algo había pasado después del último encuentro fue que Briceño empezó a respetar cada vez más a Osorio y, esa distancia que se iba imponiendo, le daba también un aura de admiración. Pero a Osorio le pasaron otras cosas. La más contundente fue que supo que Briceño era el hijo del doctor Briceño. El mismo que le había mordido el negocio al general Topita en Córdoba. Y Osorio si estaba en ese puesto del edificio Libertador no era solamente por su despliegue en el monte tucumano sino por los favores del general Topita. Se podría decir así: Osorio era un hombre de Topita. Por lo tanto, el dato que Osorio captó sobre Briceño sabía que era clave y podía sumarle algún poroto ante su general. Y sabía que iba a usarlo cuando fuera el momento oportuno. Una cosa es la táctica y otra la estrategia, pensó Osorio mientras bajaba del tren y empezaba a clarear entre los tinglados de Constitución. Vivía en Villa Elisa. Y viajaba todos los días. Una hora a la mañana, otra de vuelta a la noche. Le gustaba el tren. Era el lugar que le permitía imaginar la vida que quería vivir. El movimiento de afuera genera movimiento adentro, se decía. Entonces comprendió que la evasión era la peor de las tácticas. Volvió a acercarse a Briceño con una propuesta. Invitarlo un fin de semana a Villa Elisa, llevarlo a entrenar al Polígono de Tiro. Estrechar el vínculo.

Así lo hicieron. Un viernes después del trabajo, Osorio y Briceño se tomaron el tren en Constitución. Hacía mucho tiempo que Briceño no andaba en tren. Una alegría infantil lo atravesaba. Osorio señalaba el paisaje, anticipaba lo que iban a visitar. Contaba del barrio, de la casa que le alquilaba a una vieja, ella vivía adelante, Osorio en una pieza atrás, y que a veces le cocinaba como una madre y a veces se enredaban, borrachos, en la cama. La vieja hace unos guisos tremendos y chupa la pija de lo lindo, comentó Osorio y esa frase, con la luz de fondo y el tren a toda marcha, se incrustó en la imaginación de Briceño. Ese fin de semana la vieja se había ido a la casa de algún pariente en La Plata. Pero las visitas a Villa Elisa comenzaron a darse de manera recurrente. Iban a pescar. Hacían asados. Practicaban en el polígono, Briceño era un buen tirador. Se estrechaba, así, la táctica que Osorio había

desplegado. Otro día la vieja golpeó la puerta de chapa y le reclamó el alquiler a Osorio. Estaban viendo un partido de fútbol. Osorio la sacó a escobazos como si fuera un perro. Briceño le ofreció plata, le dijo que contara con él; Osorio se ofendió y lo mandó a la mierda. Pero antes de que Briceño se fuera, Osorio le pidió disculpas y le propuso algo. ¿Querés cachengue? Vas a tenerlo, dijo. Se bajaron media botella de whisky y entraron a la casa de la vieja. Venimos a pagarte, decía Osorio. Ester, venimos a pagarte. La vieja estaba en la cama, también borracha, hablaba bajito, con un hilo de voz. Osorio se desnudó, entró a la cama y se tapó con la colcha marroncita que olía a humedad. Gabriel, decía la vieja, el opa no, el opa que se vaya. Briceño salió asqueado. Caminó hasta la estación de Villa Elisa, un poco mareado por el whisky. Algunos autos tocaban bocina, festejaban. Pensó que seguro había terminado el partido que estaban viendo. Se enteró de la recuperación recién cuando preguntaba por la hora del siguiente tren a Constitución. Era el viernes 2 de abril de 1982.

Una posible guerra contra los ingleses. Una guerra contra los ingleses por un pedazo de tierra en el sur. O sea, una guerra posible. Y contra los ingleses. Briceño pasó el fin de semana leyendo los diarios y escuchando la radio. Cuando regresó a la oficina esperó con ansiedad a Osorio. Pero Osorio pidió parte médico y durante tres días no fue. Briceño se sintió decepcionado. Porque no tenía con quién compartir semejante intensidad. Su padre no creía, últimamente, en el gobierno. Estaba pensando más en su jubilación que en otra cosa. Estaba pensando en comprar una casita en las sierras de Córdoba y retirarse con su mujer allí. Esos proyectos lo alejaban a Briceño de sus padres y lo ponían en un lugar de incomodidad. Él quería salir al mundo y sus padres pensaban en retirarse. Era hora de empezar a cortar ese vínculo. Pensó en ir solo hasta Villa Elisa pero no se atrevió. Finalmente, el día que había fijado para ir sí o sí, Osorio apareció en la oficina. Pasaron muchas cosas, se atrevió a decirle Briceño con entusiasmo. Esto se va poner bueno, le contestó el tucumano, se va a poner bueno. El rumor decía que era inminente la llegada de los ingleses. Están alistando tropa y mandándolas al sur, decía Osorio. Yo voy a pedir licencia del laburo para estar a disposición. Escuchar eso fue como un mazazo: Briceño empezó a sentir que se estaba quedando afuera de algo. Tenía que tomar una decisión. Llamó a su padre. Le dijo que necesitaba ayuda, quería enrolarse para ir al sur. El doctor Briceño hizo un silencio largo, del otro lado se oían algunos pájaros, y fue bien claro cuando habló: Hijo, todo esto es una locura, no puedo hacer nada. Briceño cortó el teléfono lleno de rabia. Ya era de noche, salió de ese departamento que lo angustiaba y caminó por Entre Ríos. Caminó para distraerse pero, a la vez, buscando la estación Constitución. Se atrevió a tomar el último tren a La Plata. Bajó en Villa Elisa y caminó de memoria, oyendo los sapos en los zanjones, hasta la casa de Osorio. La puerta de chapa estaba entreabierta. Briceño la

empujó sin golpear. Osorio no se sorprendió al verlo. Salvador, dijo, vení, llegaste justo. La vieja estaba preparando un guiso de lentejas, había un olor a hogar que hacía rato Briceño no sentía. Tomaron vino viendo las noticias en el televisor que hablaba de la histórica recuperación. La vieja chasqueaba la lengua contra el paladar, solamente hacía ese ruido. Tenía cara de sapo. Briceño no podía dejar de pensar en eso. Que la vieja tenía cara de sapo. Se durmieron cuando el frío empezó a apretarlos contra las cobijas.

Si acá hay esta escarcha, imaginate allá, en las islas, dijo Osorio mientras el tren corría a toda velocidad buscando Constitución. Pelear contra los ingleses sintiendo frío, agregó Briceño con la mirada clavada en el paisaje. La ventanilla cada vez más empañada. Osorio lo miró fijo y empezó a sospechar lo que estaba pasando. ¿Te gustaría ir?, preguntó. Más vale, pero mi viejo es un cagón, confesó Briceño y se hizo un silencio larguísimo. El resto del viaje no hablaron. Fue el tiempo necesario para que Osorio aclarara las ideas. Lo primero que hizo al llegar a la oficina fue llamar, finalmente, al general Topita y ponerlo al tanto de la situación. El general Topita era alto y flaco como un mástil, usaba anteojos oscuros y siempre estaba bronceado. Tenía cuatro hijas y una mujer que había sido vedette en una revista de la calle Corrientes. Topita la conoció una noche después de una función y se la llevó a Córdoba para siempre. Era un estratega y hacía lo que quería. Por eso después de escuchar a Osorio no dijo nada. Le cortó sin decirle nada. Osorio quedó desencajado. Pensó que se había arrebatado en llamarlo. Era solo para cosas urgentes, le había dicho una vez. Dos horas después, Osorio recibió un llamado del general con todas las instrucciones que debía seguir. Las cartas estaban echadas.

Entonces Osorio invitó a almorzar a Briceño a una pizzería atrás del Correo. Le contó que se estaba armando una división especial que necesitaba gente de confianza. Y le dijo que, si bien sabía de su interés, tenía que pasar dos filtros: el primero era el familiar, ninguno de su familia tendría que oponerse o saber. El segundo era un entrenamiento en la isla Martín García antes del viaje al sur. Si aguantaba el aislamiento podía participar en esta división especial. Briceño se comió la pizza con ansiedad y a todo le decía que sí y todo le parecía un sueño. Tenés dos días para pensarlo porque el jueves sale el primer grupo, dijo sabiendo que Briceño no tenía que pensar nada.

Las cosas sucedieron muy rápido. El jueves por la madrugada una camioneta del ejército pasó a buscar a Briceño por su departamento de Congreso. De ahí viajaron a Villa Elisa donde se sumó Osorio y la vieja. La vieja con cara de sapo iba adelante, llevaba cosas, siempre llevaba cosas encima. Osorio parecía un extraño. Además, había un gesto filoso, un modo de indicar las cosas que había borrado el tono amistoso del changuito tucumano. La

camioneta cruzó Berisso y se metió en el predio de la YPF. Los fosforitos ardían un fuego permanente. Ahí tomaron una lancha militar. Amanecía cuando empezaron a ver la distancia de la costa. Un color anaranjado ardía en el lomo del río. Y del otro lado las sombras de una ciudad muda. Como su nombre de guerra, pensó Briceño. Después de una hora de viaje, con la mañana ya instalada, atracaron en el muelle de la isla. Briceño estaba un poco mareado, pero se contuvo. La que empezó a vomitar ni bien pisaron tierra fue la vieja. Se quedó en la orilla, sola, mojándose la cara. El silencio de la isla a esa hora era absoluto. Las callecitas abandonadas y el puñado de casas desplegadas a la vera del camino. Se alojaron en el viejo edificio de la cárcel. Las instrucciones eran bien claras: Briceño tenía que pasar como mínimo una semana en la isla. Osorio le entregó un bolso con ropa militar y le dio una serie de indicaciones: tenés que hacer guardia a lo largo de aquella costanera. Al amanecer y al atardecer. Si ves algún movimiento extraño, avisás por la radio de inmediato: pero no podés llamar por cualquier pavada. Solo si es una urgencia, ¿entendido? Y Briceño se cuadró e hizo la venia. Pero tenía un par de dudas. La sombra de la soledad lo empezó a angustiar, como cuando el celador Macaya lo amenazaba con hacerlo pasar toda la noche solo en el taller de hojalatería. La otra duda era si le iban a entregar el arma. ¿Cómo iba a hacer guardia desarmado? Se atrevió a preguntarle a Osorio por el arma cuando lo acompañó a la lancha, Osorio volvía a Buenos Aires. ¿Y el arma?, dijo. Elsa te va a indicar, largó el otro. La lancha se fue alejando. Osorio se transformó en un punto neblinoso. Briceño entendió que detrás suyo, bajo el arco de lo que fue la cárcel, quedaba la silueta de la vieja esperándolo.

El plan del general Topita estaba trazado en una semana para cumplir el primer objetivo: cobrar. El segundo objetivo era de mediano plazo: recuperar como mínimo Córdoba. Cien mil dólares fue lo que exigió. Para Osorio ese fue un error porque era mucha guita y no había margen de maniobra. Pero el general Topita era el que daba las órdenes. Y así lo hicieron. El doctor Briceño reaccionó tratando de ganar tiempo y de desplegar todos los contactos posibles para entender lo que estaba pasando. Pero después de su rechazo al puesto de subsecretario y con la guerra de por medio ni siquiera el general Machuff le prestó atención. No había otra opción que negociar con los secuestradores. Y así lo hizo. Pero en el medio de la negociación recibía llamados en la madrugada con gritos grabados, le decían que era su hijo, que si no pagaba lo mataban. Osorio era el encargado de esos llamados. De ablandar la postura del doctor. Finalmente llegaron a un monto: sesenta mil dólares. Era todo lo que tenía. Un viernes a las cuatro de la mañana cruzó la ciudad en auto. Tenía que dejar el bolso en la esquina de Hernandarias y California, en la esquina que tenía una pintada que decía *Las Malvinas son Argentinas*. El doctor fue solo. Se quedó un rato

arriba del auto mirando el dibujo de las islas, parecían dos alas exageradas. Así lo había hecho el pintor, dándole un ribete mágico a un asunto que, para el doctor, era puro ruido. Si tuviéramos las Malvinas, nadie quisiera ir ahí a laburar por la patria. Sería una isla llena de borrachos y contrabandistas, pensaba apretando el bolso con los dólares antes de bajar del auto, antes de dejarlo contra la pared.

La orden que había recibido de Osorio era que no entrara en contacto con los pocos lugareños. Briceño comenzó a aplicar su nombre de guerra. Y no hablaba ni siquiera con la vieja. La vieja le cocinaba y cuando se emborrachaba en la noche trataba de meterse en la misma cobija que Briceño. Pero Briceño la espantaba apuntando con el fusil. Solo tenía tres balas y las cuidaba como un tesoro. Cuando se quedaron sin comida empezaron a deambular por la isla. Intentaron pescar. Disparó para cazar algún animal. A pesar de ser un buen tirador perdió dos balas. El invierno los atravesó con toda su humedad. Una mañana la vieja durmió más tiempo del habitual. Briceño se dio cuenta que estaba helada. La enterró en la orilla del río. Antes de taparla volvió a pensar que tenía cara de sapo. Ese día dio una vuelta completa a la isla y finalmente se sentó en el mismo lugar donde habían desembarcado con Osorio. Se sentó ahí, sobre una piedra mirando el horizonte con el fusil en la mano: le quedaba una sola bala en la recámara. Cada tanto, en el fondo, detrás de la niebla, se le dibujaba un espejismo, parecía una ciudad, parecía Buenos Aires que se agrandaba y desaparecía, que se acercaba y se alejaba misteriosamente como si fuera la silueta del ejército enemigo.

Pretérito imperfecto

Clara Obligado

Tras su manto de neblina

No las hemos de olvidar

las Malvinas argentinas

clama el viento y ruge el mar

Marcha de las Malvinas, CARLOS OBLIGADO

Yo estaba

tomándome un café en el Comercial cuando oí la marcha. Era una tarde de primavera cercana a mi cumpleaños, que habitualmente había sido en otoño, otoño de Buenos Aires, primavera en Madrid, todavía no estaba claro cuándo podría volver, estos seis años habían pasado como en un mal sueño. Primavera en Madrid, sin embargo. Me acababa de separar y estaba por encontrarme con un amigo, una tarde libre, un rato para ser joven después de haber sido vieja durante todo este tiempo. Humo, porros, el televisor. Qué raro, me dije, cuando sonó la música, y viajé a mi infancia, a los versos familiares, esas estrofas que había escrito mi abuelo y ahora estaban sonando acá, increíble, en pleno Madrid, como si dieran la vuelta al mundo, rimas tan llenas de íes, memoria familiar y espanto de guerra. Mi amigo llegó tarde y se quedó, también, azorado, mirando la pantalla, no porque conociera la marcha que había escrito mi abuelo, sino porque no podía creer lo que estaba escuchando. Lo repitió como si le hubieran dado un sartenazo: ¿Guerra? ¿Guerra? De pronto los españoles se arremolinaron y la marcha sonó más alto, más alto. Gibraltar español, dijo alguien, esa analogía de islas y de piedras me impidió centrarme, íes y países, una guerra y yo tan lejos. Metí la nariz en el café, como si en el fondo de la taza se hubiera escondido algún enigma, puse mi mano en la mano grande de mi amigo y nos quedamos quietos. Uno de los dos lo dijo: ¿en serio van a ir a la guerra detrás de los milicos? Yo recordé a Videla en el último mundial, las ovaciones, los aplausos, y volví a escuchar ese absurdo de islas y

piedras, de gente que iba a morir. ¿No había ya suficientes muertos? Volví a pensar en mi abuelo, en su amor rígido y abstracto por esas islas, en mis propias contradicciones con las ideas de mi familia, en esas voces de hombres que gritaban Guerra como quien dice Gol. Cuando salimos del Comercial bajamos en silencio la calle. Entre los cuerpos apretados, las parejas yendo a cenar, el cielo se había vuelto de sangre.

Vos estabas

sentada frente a la mesa, esperándolo. Bajaste el volumen de la radio porque otra vez esa marcha y te serviste un mate para festejar, habías trabajado como una burra pero ya tenías el dinero para la cocina. El albañil te hizo un dibujo y un presupuesto: dos muebles altos pintados de celeste, la mesada de granito, en la pared azulejos brillantes. Cuando él llegara se lo podrías contar, y también que tu mamá había decidido regalarles el colchón y la tía Yuqui un sofá que todavía estaba bien. Quizá nos podríamos casar, te dijiste, como si casarse fuera cuestión de juntar muebles, y pensaste también que el lunes, antes de tomar el tren, podrías comprarte una revista para ir mirando vestidos de novia. Lo pensaste así, casi sin quererlo, el mate tibio entre las manos, tiraste la yerba y después te acercaste a la ventana donde una raya de luz sangrienta se hundía en el horizonte. El sol poniéndose tan rojo anunciaba seca, tendrías que regar el patio, los cuatro malvones que estaban brotando le daban un aspecto acogedor. Volviste a prender la radio, en todos lados esa musiquita, la volviste a apagar, mejor que te pusieras a pelar las papas antes de que él llegara, también descorchaste un vino para que pudieran brindar. Mientras cortabas las papas en plumas blancas pensaste qué le contarías primero. Quizá lo de la cocina, porque tener una cocina nueva era empezar con el pie derecho. Quizá lo del sillón. Te imaginaste con él los sábados por la noche, descansando abrazados, cuando también pudieran comprarse una televisión. De pronto te sentiste una egoísta. ¿Qué importancia tenía una televisión, con todo lo que estaba pasando? Y pensaste en los sueños: las ganas de viajar, de cambiar de trabajo, de comprarte ropa bonita. Todo eso tendría que posponerse. Estudiaste el planito de la cocina y pensaste que la vida podía ser algo así, donde cada cosa ocupara su lugar. Pensaste, también, que por suerte la casa tenía esa pieza chiquita en la que cabía una cuna. Pensaste en la mano de él sobre tu vientre. Su mano firme y tibia. Pensaste, esta vez con miedo, que

te estabas haciendo mayor. Vos no sabías, cómo lo podías saber, que él ya estaba dando vuelta a la esquina y que veía también la línea roja del horizonte, que corría feliz hacia tu abrazo y te taparía la boca con un beso mientras te contaba, un poco asustado, que se iba a la guerra.

Él estaba

sentado frente al papel mirando fijamente la cuadrícula por donde se moverían los barcos. Sacó su Parker de oro y dibujó con mano firme movimientos y estrategias. La pluma manchó el papel. Aquí los submarinos, tan ágiles y silenciosos, aquí un crucero para desconcertar. La gota de tinta seguía ahí, como una cápsula negra de sangre. Estaba descalzo, los pies firmemente plantados sobre la alfombra, el sillón sobredorado. En la mesa vacía, papel y pluma, ideas, —táctica, estrategia—, ganar, y él frente al papel pergeñando maniobras, los destructores rápidos haciendo de escolta. ¿Cómo esconder algo tan obvio como un destructor? Imaginó el viento, el océano saltarín, la vegetación baja de la costa, las casitas, el frío. En el centro de la maniobra, el acorazado con sus cañones de gran calibre, su imponente tonelaje. Se desabotonó la chaqueta y se acarició el pecho, el tacto de su propio vello lo relajó. No le importaba que su ayudante lo viera así, se conocían desde hacía años, habían estudiado juntos en el Colegio Militar y juntos habían ingresado en el ejército. ¡Entonces tenían diecisiete años! Pero el ayudante no tenía grandes sueños. En cambio, él... Pensar que era hijo de un triste administrativo de una fábrica de uniformes, el nieto de un inmigrante calabrés. Decidió cambiar de táctica: para sorprender al enemigo, mejor los submarinos en el centro, sería más difícil detectarlos. Se le inflamó el pecho: "Si quieren venir, que vengan, les presentaré batalla". Buena frase. La repitió en alto con su voz astillada y pedregosa, en la mano el vaso de whisky. La apuntó. Si a los diecisiete años él ya era un hombre, ¿por qué no iban a serlo sus soldados? El ayudante golpeó suavemente la puerta, le hizo la venia y esperó a que él lo autorizara a entrar, sobre la alfombra sus pasos sonaron algodonosos. Sin levantar la vista se sentó, comenzó también a dibujar. Parecía ojeroso, desconcentrado, con el ceño fruncido repasaba sus estrategias. Cuánta tensión. Afuera un crepúsculo de fuego rebotaba sobre la ciudad.

¿Puedo?, dijo el ayudante, y encendió la radio. Empezó a sonar esa marcha y volvió a apagarla. Levantó las cejas como quien dice “estoy harto”, se mantuvo en silencio hasta que él por fin soltó:

A5

Agua, dijo el ayudante. F1.

Tocado, respondió él.

F2, sonrió el ayudante.

Hundido, graznó él.

Nosotros estábamos

durmiendo contra el cieno del río cuando oímos los aviones sobrevolar. Era una tarde de fuego, a lo lejos se delineaba la ciudad. Cada vez que escuchábamos los aviones alguno de nosotros gemía como solo gimen los muertos y nos removíamos en el limo, levantábamos nubes de arcilla dorada y flotábamos acercándonos a la costa para gritarles a los vivos que así no viven los vivos. Lo gritábamos con nuestros huesos quebrados, con el dolor todavía en la calavera, lo susurraba también alguna madre muñeca rota, una madre que clamaba dónde está mi hija, mi hija, mi hija y las olas, con su brillo de papel picado, le contestaban tu hija ya no está. Éramos tan jóvenes. Había una muchacha con la columna firme que no había terminado de crecer, los peces se paseaban entre sus costillas blanquísimas, la cabellera larga y rubia flotando como las algas del río. Había un chico casi adolescente que no cesaba de gritar, pero bajo el agua no se oyen los gritos. ¿Quién lo acompañó a la muerte? Como a nosotros, el viento. Nos drogaron, nos desnudaron para que nadie reconociera nuestra ropa y nos lanzaron vivos desde un avión. ¿Y quién hizo eso? ¿Quién los quebró así? Fueron los monstruos. Los mismos monstruos que ahora llaman a la guerra. ¿Habrá más muertos? A nosotras nos apresaron a la salida del colegio y también nos lanzaron desde un avión, gime una chica. Qué trágico morir tan joven, solloza alguien flotando a mi lado, y que solo envejezcan las fotografías. Qué pena que todos se hagan

viejos sin poder encontrarnos. Qué triste la muerte de esos viejos, todavía ansiosos del cuerpo de sus hijos. Nosotros y nuestros cuerpos torturados y nuestros cráneos vacíos y nuestras pelvis agitadas por los hijos que no van a nacer. Vuela un avión de guerra por encima de nuestras cabezas, zumba y se dirige hacia el sur. ¿Vendrán más muertos? Hay un brillo rojo sobre el agua, un crepúsculo de papel picado. ¿Estás seguro de que es un avión? ¿Cómo lo sabés? Ya no tenemos ojos, los devoraron los peces. Aviones. Guerra. ¿Estás segura? ¿No serán las quejas de los barcos encallados, los suspiros de los náufragos? ¿Se hundirán más barcos? ¿Cómo puede haber una guerra dentro de otra guerra y una muerte más inmensa que la nuestra?

Ustedes estaban

sentados a la mesa cuando ella, levantando la voz, exigió su mermelada de naranjas amargas, naranjas amargas sobre tostadas quebradizas, a tono con estos días ásperos en los que la escena de la familia perfecta se ha diluido, yo sirviendo la mesa en silencio y temiendo por mi trabajo, el fin de la prosperidad, la casa de 10 Downing Street vacía de saludos y reverencias, complots, recelos, un nido de gestos torvos, ella irritada siempre bajo la cúpula de su peinado, la voz untuosa que a veces chirría con un fondo de porcelanas, maderas lustradas y cortinas de chinz. Hombres sombríos con carteras que vomitan papeles y yo sin futuro, fin de la temporada, *the end.* Ella siempre de azul, dos vueltas de perlas, pendientes y broche en la solapa, el bolso anacrónico. Sí. Ella sin perder jamás la compostura, y ustedes, familia feliz, sosteniéndolo todo, merendando en silencio para que no explote la bomba, pásame la mermelada de naranjas amargas y la vida de los otros que se desmigaja como una tostada. Qué dura que es. ¿O es decidida? Ordeno y mando. Esto sí, aquello de ninguna manera. Mermelada de naranjas amargas siempre sobre la mesa en estos días quebradizos de desempleo y recortes. Venta de las empresas estatales. Huelgas y crisis. Mineros disconformes. Pobreza. Afuera, un atardecer rojo vino y ese segundo donde perdió la compostura y me abrazó emocionada, fuera de sí por la gran noticia:

—¡Una guerra! ¡Nos hemos salvado!

Ellos estaban

quizá, sentados también a la mesa cuando llegó la carta, una citación para esos chicos tan jóvenes y, al abrirla, soñaron, tal vez, que se convertirían en héroes, la patria los llamaba, banderas y la marcha persistente, luego vendría lo que vino después (despedidas desde los balcones, aplausos, un viaje interminable, y bajaron del barco con el pelo rapado bajo los gritos de "Salir, y atacar, salir y defender, salir y tirar", unos para un lado, otros para el otro, sin instrucción, explosiones, la mente despegada del cuerpo, soldados llorando como niños cuando comprendieron la verdad, desorden, balas perdidas, impericia, abandono, tareas absurdas, la frase del presidente a todo volumen, "Si quieren venir, que vengan, los estaremos esperando", él desde la casa de gobierno, claro, con un whisky en la mano y ellos al borde de los acantilados gigantescos bajo los que se batía un mar ominoso, sin agua para beber, solos ante el avance del enemigo, ni una tienda de campaña, comida escasa o repugnante, robando ovejas que devoraban entre el barro, caminatas eternas bajo una nieve más cálida que el frío, castigos, torturas, bombas, cavar y cavar, bombas, vivir bajo la tierra, bombas, noches y noches rogando mantener la vida, noches y noches deseando perderla, cadáveres retorcidos, manchas de sangre en la nieve y el día aquel en el que comprendieron que ya se habían rendido, la fila humillante para entregar las armas, el enemigo que terminaría alimentándolos y curando sus heridas, el regreso, la indiferencia de todos, el silencio de los demás, y lo que vendría, locura, suicidios, el paso del tiempo, el olvido, la nada) pero, en el momento de partir, nada de esto sabían esos chicos que vieron un atardecer rojo sangre y, abrazados a sus familias, escucharon la marcha por última vez ignorando lo que les iba a pasar y, como lo ignoraban, se sintieron dentro de una película, gloriosos cuando bajaron del barco, héroes cuando caminaron entre las olas con el agua hasta la cintura, las banderas flameando al viento, la mirada hacia el futuro, el grito triunfal: "Señores, vamos a liberar Malvinas".

Historia del avión

Edgardo Scott

Ahora que las islas, después de ciento setenta y cinco años, han vuelto a ser argentinas (es cierto, no solo argentinas, se trata, como ocurre con la Antártida y todas las islas del Atlántico Sur, de un consorcio global que incluye capitales saudíes, noruegos, turcos, chinos, estadounidenses, libios y, por supuesto, ingleses), pero de todos modos, ahora que la Argentina (o lo que fuera hasta hace poco más de cuarenta años el Estado-Nación argentino), ha recuperado soberanía sobre aquellos territorios de ultramar que merecieron una guerra de poco más de dos meses hacia 1982, salen a la luz de la Historia, todo tipo de anécdotas y recuerdos —o mejor dicho, no todo tipo, *ciertas* anécdotas y recuerdos— que acaso por el carácter conflictivo y en suspenso de las islas para los argentinos durante tanto tiempo, habían permanecido en reserva, incluso enterrados, escondidos, disimulados; también a la vista, pero siempre y cuando no fueran observados, interpretados o siquiera dichos. Es entre ese tipo de material que se encuentra la curiosa historia del avión. Es, como podrá verse, una historia pequeña, un *souvenir* que pertenece menos a la historia con mayúsculas que a su *marginalia*, esa clase de datos excéntricos o pintorescos, detalles que, como se sabe, terminan siendo mucho más decisivos que los llamados "hechos".

La historia del avión empieza en 1984, es decir, apenas dos años después de la guerra, cuando unos vecinos de Lanús, más precisamente del Rotary Club de Villa Industriales, se proponen hacer el primer homenaje en el país a los veteranos de Malvinas. La idea era simple y ambiciosa a la vez: instalar un avión de guerra sobre el boulevard Remedios de Escalada, con las alas apuntando a las islas, pero instalarlo con un sistema desmontable. ¿Por qué? Porque de tal manera, cuando las islas se recuperaran, gracias a este sistema, el avión se podría girar, dar vuelta y colocarlo sobre la misma columna de hormigón, pero en sentido contrario, con las alas en la dirección opuesta. Y si con la orientación anterior se precisaba hacia dónde el avión había partido, ahora se precisaba de dónde había regresado; regresado, por cierto, victorioso y con el deber cumplido.

* * *

Hacia 2020 el avión tuvo su primera reparación importante ya que, a más de treinta años de su instalación, todo el fuselaje había sufrido un gran deterioro; el hecho de estar expuesto a

la intemperie todos esos años —y sin mantenimiento— había oxidado primero, después roto, varios tramos, sobre todo de la parte inferior, que hubo que retirar, limpiar y reponer. El reemplazo, por supuesto, ya no fue con repuestos o piezas originales sino con piezas circunstanciales, de fantasía; se trató de "tapar lo mejor posible todos los agujeros", con distintas placas de chapa que tenía en stock el área de mantenimiento de la municipalidad. De hecho, la tarea fue ejecutada rápidamente para acallar los reclamos en redes sociales en tiempos de elecciones legislativas y prevenir, eventualmente, que un pedazo del avión le cayera a alguien en la cabeza, mientras lo admiraba debajo como a una pieza de museo.

* * *

En su ensayo "Guerra aérea y literatura", W. G. Sebald empieza diciendo: "Es difícil hacerse hoy una idea medianamente adecuada de las dimensiones que alcanzó la destrucción de las ciudades alemanas en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, y más difícil aún reflexionar sobre los horrores que acompañaron a esa devastación". Para después dar evidencias de esta afirmación recordando que "unos seiscientos mil civiles fueron víctimas de la guerra aérea en Alemania, que tres millones y medio de viviendas fueron destruidas, que al terminar la guerra había siete millones y medio de personas sin hogar, que a cada habitante de Colonia le correspondieron 31,4 metros cúbicos de escombros, y a cada uno de Dresde 42,8..., pero qué significaba realmente todo ello no lo sabemos". ¿Qué significa? Esa pregunta podría formularse también ahora que las Islas Malvinas han vuelto a ser argentinas (aunque no solo argentinas), y que en verdad hasta podría decirse que lo son por primera vez, porque salvo cuando hacia 1830 Luis Vernet tuvo la gobernación transitoria de las islas, antes del desalojo y reapropiación inglesa, nunca hubo para los argentinos una relación que no fuera de reclamo, olvido, ilusión, frustración, desinterés, impotencia y, por supuesto, miedo, cuando en tiempos de la guerra de 1982, no se sabía muy bien si el desarrollo del conflicto podría alcanzar el continente. Las bases de donde partían los aviones argentinos estaban en Río Gallegos. ¿Qué significa que ahora las islas sean argentinas y que, por lo tanto, si bien las visitas turísticas y comerciales y laborales estuvieran normalizadas en 2095, ahora esté la posibilidad de...? En realidad, no se sabe bien la posibilidad de qué. Qué cambiará con esto. Como se sabe, muchas veces los cambios se legitiman cuando en verdad ya han ocurrido antes, muchas veces las cosas cambian

cuando en verdad ya *han* cambiado. De hecho, este consorcio global con capitales y soberanía argentina ya venía funcionando en la práctica hace cuarenta años.

Nota de color: justamente Sebald de Weert fue el marino holandés que visitó las islas por primera vez hacia 1600.

* * *

Lo cierto es que la historia del avión fue uno de los primeros gestos argentinos de la memoria de la guerra. Y también de la memoria de la fuerza aérea. Una fuerza aérea que se apropió del 1 de mayo (fecha mundial del trabajo, es el "Día del trabajo", aún lo es) como fecha de "Bautismo de fuego". Es que ese había sido el día en el que por primera vez una cuadrilla había atacado a los buques de la Royal Task Force inglesa, y a su vez, había sido atacada por ellos. (Y, lamentablemente, también por los compatriotas, ya que nada menos que el capitán García Cuerva, primer piloto muerto en Malvinas, muere por lo que se conoce en la jerga como "fuego amigo", queriendo aterrizar en Puerto Argentino, derribado por cañones de compatriotas, víctima de una errónea comunicación entre las fuerzas).

Si uno ve algunos documentales sobre la guerra aérea de Malvinas, pareciera que la guerra estuvo por ganarse. O al menos, que lo que suelen ser desesperados o afortunados intentos de supervivencia, son tratados en aquellos documentales con un tono épico casi triunfal. "La guerra económica la ganó la fuerza aérea argentina", dice un brigadier, comparando el precio de uno de los aviones A4 (50000 dólares), con una fragata inglesa (500 millones). Hay una intención tan paradójica que roza lo absurdo, como si pudiera hablarse de una derrota triunfal, de un lúcido fracaso. En Malvinas murieron 40 pilotos. ¿Son pocos, son muchos? Esa no es la pregunta correcta. La pregunta correcta es la pregunta de Sebald: ¿qué significa?

* * *

Pero volviendo a la historia del avión. En la noche del 25 de mayo de 2035, durante la revuelta nacionalista que sacudió al país —cuando el país se sumó en la dirección de los diferentes nacionalismos de extrema derecha en que había recaído casi todo occidente, empezando por Cuba—, el avión no había resistido a los forajidos que se subieron encima suyo a agitar banderas y a cantar sus proclamas, desplomándose y generando la muerte de tres personas, además de otros cuatro heridos. Los nacionalistas, en 2037, erigieron un monumento en ese lugar, que recordaba a Malvinas, pero que también recordaba a los muertos y heridos, ahora mártires, de aquella, por supuesto, "gloriosa noche". El monumento era, siguiendo una línea estética abstracta y conceptual que todo lo dominaba entonces, un albatros irreconocible y geométrico, hecho de material plástico residual y reciclable. La gente de la zona, al monumento, durante más de medio siglo, le decía la "mampara".

* * *

Lamentablemente, ahora que las Malvinas han vuelto a ser argentinas (aunque repetimos, para no ser demagógicos e inexactos, *no solo* argentinas, aunque *también* argentinas), el monumento del avión, en Lanús, ya no existe. El boulevard de la avenida Remedios de Escalada fue removido hacia 2068 para generar una bicisenda amplísima, el principal acceso para los que van en bicicleta o *trottinettes*, u otros medios de desplazamiento, personal y ecológico, desde esa parte de la zona sur hacia la ciudad de Buenos Aires. Queda, no obstante, un monumento similar, aunque muy deteriorado, con un Mirage III, inaugurado en 2021 en Dolores, de donde era el capitán García Cuerva. Por lo bajo se sabe que, de todos modos, por una malversación de fondos, nunca el monumento fue desmontable, así que no va a ser posible girar el avión. Por fortuna, salvo en los archivos de la municipalidad, nadie recuerda ese detalle.

Ejercicios de oscurecimiento

María Sonia Cristoff

A mí no se me da el tono satírico para hablar de Malvinas, mucho menos el trágico. Se me da más bien el atormentado. Una cuestión geográfica, supongo. Tan azaroso como eso. Haber sido una adolescente en medio de la Patagonia justo entonces. Ya había sido una niña en medio de la Patagonia cuando justo entonces fue la masacre de Trelew del 72, lo que quiere decir que ya antes mi vida y mi imaginación política se habían visto completamente transformadas por hechos históricos que ocurrieron ahí a un paso. Y eso de estar a un paso nunca es un detalle menor. Puede ser azaroso, pero no menor. Ya había sido esa niña, entonces, y en este otro momento, durante Malvinas, era esa adolescente.

¿Qué hacía entonces ahí? Me lo he preguntado en vano durante muchas noches de insomnio. Y ahora, cuando me acabo de enterar de la muerte de V, llamémosla así, la pregunta vuelve. Por eso estas notas, supongo. Ahí era (¿o "había"?) una base militar que también, como la cárcel, estaba emplazada cerca. La retórica del desierto, ya sabemos, habilita una escenografía de perseguidos y perseguidores. Ahí era la misma base militar en la que los revolucionarios de aquel Trelew del 72 que yo tanto admiraba habían sido fusilados. Y antes de eso, habían sido traicionados, como los traicionaba yo ahora, exactamente diez años después, con esa presencia mía.

Había ido a uno de esos encuentros de amigos que se organizaban en la Base, en parte, porque me parecía que ahí iba a tener un acceso más directo a esos tanques y camiones de guerra y soldados con uniformes camuflados que desde hacía semanas veía pasar constantemente por las calles del centro. Y sobre todo había ido porque la hija del jefe militar de la Base, de quien me había hecho amiga en el colegio, era mi única posibilidad de seguir escuchando el rock que me fascinaba y al que, por razones varias, me costaba tanto acceder desde esa ciudad perdida del Sur, razones de larga data a las que se les había sumado entonces la prohibición oficial de pasar rock británico en las radios. El páramo se extendía. Mi única manera de no seguir taladrando las sendas gastadas de mis discos de Pink Floyd y de Joy Division era mi nueva amiga, que antes de instalarse a vivir en el Sur había vivido años, por el trabajo de su padre, en Londres. Londres. *London calling*. La primera vez que pronunció el topónimo, parada al lado de un pupitre desteñido, pensé que estaba viendo una aparición. Es cierto que el encanto de mi amiga duró poco, pero detrás de ella estaban sus discos. Y estaba también V, su hermana mayor, que pronunciaba con una naturalidad radiante los estribillos que a mí se me trababan entre los dientes.

Ayer, cuando supe de su muerte, se me volvió a aparecer esa escena de mis insomnios, la de la última vez que la vi. Pero voy ahora un poco atrás en el tiempo, como para que estas notas remeden la cronología que la memoria desprecia, voy a algo que ocurrió en una noche de muchísimo viento, un viento de ráfagas cortas, como en staccato, algo que ocurrió cuando la guerra iba ya por el segundo mes. Volvía yo del baño cuando me topé con V en uno de los tantos pasillos penumbrosos de esa casa. Iba apurada, casi corriendo, y apenas me registró, aunque debo decir que registrarme no era una de sus costumbres, una más yo para ella ("yo era para ella una más") en el lote de nuevas amistades de su hermanita. Cambié de dirección, la seguí. El pelo largo le caía sobre un anorak bordó. Lo metió adentro de la capucha en un solo movimiento y abrió un portón lateral de la casa. Era tan desapacible todo ahí afuera que terminé de confirmar que no se trataba de salir a fumar uno de sus cigarrillos negros de tiro corto.

V se subió a uno de los tantos jeeps que había por ahí, uno que habíamos usado más de una vez para salir a recorrer las bardas, y arrancó. Llevaba las luces apagadas, lo que en principio me resultó más precavido que sospechoso: blanco posible de los misiles ingleses como éramos ahí en el Sur, llegada cierta hora debíamos asegurarnos de que ni las ventanas de nuestras casas ni los faros de nuestros autos emitieran el haz delator. Ejercicios de oscurecimiento se llamaban. Los practicábamos en el colegio, los chequeaba un supervisor de manzana. Era más que comprensible que V hubiese extremado precauciones estando en la Base. Lo que no terminé de entender es por qué esa máquina latosa que durante nuestras excursiones apenas nos dejaba escuchar lo que nos decíamos, de pronto emitía un ruido tenue, como amordazado.

Tampoco entendí la urgencia por salir a esa hora. Esos ejercicios de oscurecimiento, más que hacernos expertos en collage, nos habían entrenado en evitar la noche. Sería tal vez parte de la rareza que muchos señalaban en V y que yo no terminaba de comprobar. Me he preguntado a veces si es por eso que me quedé agazapada ahí en la galería, esperándola. Si creí que así develaría ese misterio, tendría esa primicia. La esperé durante horas. Nadie, por lo visto, registró nuestras ausencias. Ni en el grupo de amigos, lo cual era esperable, ni tampoco entre los gendarmes que su padre tenía apostados por todos lados. En los días que siguieron rastreé los diarios tratando de dar con algún testimonio de alguno de ellos, pero nada. Nadie parecía haberla visto salir en medio de esa noche destemplada salvo yo. Y yo tampoco dije nada. Nunca, mientras V estaba viva.

Volvió por ese caminito lateral que usábamos en nuestras escapadas. Las nubes empezaban ya a iluminarse desde atrás, como empujadas, y mis dedos estaban a punto de

congelarse. No venía sola V en ese jeep que avanzaba a los tumbos: eran tres. En un primer momento pensé que alguno de nuestros amigos se había sumado a su expedición nocturna, pero descarté rápidamente la posibilidad. En vez de venir hacia la casa, V y sus dos sombras se escabulleron entre los galpones. Los seguí. Se metieron en uno que tenía en el medio un pasillo angosto y largo. Me trepé a unos bolsones que estaban apoyados sobre una de las paredes exteriores para alcanzar así la altura de unas ventanitas banderola emplazadas en serie y mirar desde ahí. Las dos sombras empezaron a sacarse un par de capuchas que les cubrían la cabeza y un tipo de material que traían adherido al torso en capas, alguna especie de chaleco protector. Eran dos hombres a quien yo nunca había visto antes en mi vida. Sus voces se colaban por las hendijas. Hablaban solamente en inglés. Comprobé que en esa conversación urgida, nerviosa, V lo pronunciaba tan bien como en los estribillos.

Creo que fue esa fascinación mía por ella lo que me impidió relacionar instantáneamente a las dos sombras con la noticia de la que, en las últimas cuarenta y ocho horas, no dejaban de hablar los diarios, y no solamente los locales. La inundación masiva en la zona del valle del río Chubut. Había sido intencional, decían. Obra de un comando inglés que se proponía seguir atacando puntos neurálgicos en el Sur continental. La siguiente etapa era dinamitar el Dique Ameghino, volar la estructura entera, armar un caos, desbordar el río, provocar muertes por ahogo, traernos las batallas oceánicas hasta las costas de nuestras caras. Era crucial dar con ellos cuanto antes. En cadenas televisivas lluviosas, el gobernador militar decía que nunca podíamos estar seguros de la cantidad de espías ingleses que habitaban entre nosotros, e instigaba a la población a que aportara cualquier dato.

Yo, en cambio, enmudecí. Hacía los simulacros de inundación que nos enseñaban en el colegio y ponía todo mi empeño en localizar en un mapa las copas de los árboles a las que deberíamos subir cuando a nuestros pies solo hubiera una correntada líquida, pero no decía ni palabra. Ni siquiera había abierto la boca al leer la otra noticia de esos días. Nuestro héroe, titulaban los diarios, y mostraban la foto en primera plana. Era el hijo único de una mujer que tenía un almacén de ramos generales en la zona del valle, un cuarentón que se dedicaba a la radioafición cuando no estaba ayudando a su madre. Alcanzó a mandar la señal segundos antes de que los ingleses lo fulminaran, decían. A él y a su perra. La madre había sobrevivido escabulléndose entre los manzanos.

Llegaron a la zona refuerzos de otras partes del país para rastrear al comando inglés. No encontraron nada. Hoy, habiendo leído acerca de las operaciones de inteligencia de los ingleses durante esa guerra, calculo que deben haberlos sacado del país en una operación

secreta. Hoy, también, descarto la versión épica de la que tantas veces quise convencerme, con la que tantas veces quise justificarme, esa de que mi silencio fue una forma tangencial de contribuir al derrocamiento de una cúpula militar argentina que hubiese continuado su baño de sangre si no era derrotada. Lo cierto es que incurrí en todas esas traiciones con tal de proteger a V, que ahora acaba de morir.

De ella guardo, como decía, aquella última imagen, la de la única vez que volví a verla después de esa noche larga. Hacía por lo menos tres meses que había terminado la guerra, me acuerdo de algunas señales primaverales perceptibles incluso en la parquedad de la estepa. Me habían invitado a otro de nuestros encuentros en la Base, que había creído suspendidos para siempre. Me acuerdo de haber ido a regañadientes, me acuerdo de mi acidez. Y me acuerdo también de cuál era mi principal interés en volver. La hermana de V había estado especialmente esquiva durante el último tiempo en el colegio, ni modo de sonsacarle nada acerca de la vida en su casa. Estábamos todos más silenciosos ese día del retorno, de eso también me acuerdo. Sin estribillos. Sin la fraternidad de otros tiempos. Como si la guerra nos hubiese arrebatado algo que todavía no alcanzábamos a registrar. Muchos del grupo nos estaríamos yendo en poco tiempo a estudiar en alguna ciudad grande, tal vez eso sumaba nerviosismo. Y, en mi caso, estaba el reencuentro con V. Me preguntaba si encontraría la forma de darle a entender que sabía, que supe desde el primer minuto porque vi, porque había visto, que sabía pero no había dicho. No creo haber prestado atención a ninguna otra cosa en ese retorno. Las nuevas canciones no me convencían y la charla de mis amigos me resultaba falsa, enlatada. Dije que iba al baño solo para hacer una indagación por la casa. Entonces la vi. V bailaba de un lado al otro en un salón inmenso, vidriado. Hacía unos movimientos que yo adscribía a una bailarina de ballet clásico, solo que con el pelo suelto. Ya no lacio y brilloso, solo suelto. La combinación era rara, como si en una secuencia muy armónica algo se fuese permanentemente de cauce. Pasó un par de veces, en su coreografía, cerca del vidrio en el que yo estaba pero no pareció registrarme. Tampoco contestó cuando golpeé. El que sí apareció fue un gendarme, que me dijo que mejor volviera con mis amigos. Llegué temblando. Me costó pronunciar el comentario casual. Sí, me contestó la hermana de V, sin sacar la vista de su TEG, ahora se le da por la música clásica. Hace meses que no sale de ese cuarto.

La carta de un soldado

Gloria Peirano

Teníamos una misión. Escribirles cartas a los soldados que luchaban por nuestras islas.

Una carta escrita en una casa bajo la lluvia no es lo mismo que una carta escrita en una casa bajo el sol. La lluvia sedimenta el trazo de la Parker lejana sobre el papel.

El soldado de la Armada se llamaba Claudio Ferreyra. Era un conscripto. Armada Argentina. Claudio Ferreyra, Río Gallegos. Los nombres propios son forajidos.

Teníamos una misión. Sostener a los soldados de la Patria. Llovía cuando le escribí la carta.

En Río Gallegos, el soldado recibió la carta. La altura panorámica alivia el espesor gris de la época. El alivio no da color, las formas del alivio son de tonalidad borrosa.

Había otra Patria: mi propio cuerpo.

Él escribió: *Querida amiga: deseo que al recibir esta carta te encuentres gozando un mundo de felicidad en compañía de tus familiares.*

No me acuerdo una sola palabra de mi carta. Está perdida, es inaccesible. Lo que queda de mi carta está bajo un montículo de tierra y de nieve, a tres metros de profundidad, en Río Gallegos.

¿Él dormía? ¿Cómo dormían los soldados de Malvinas? Lo que queda de mi carta está volatilizado entre las nubes del Océano Atlántico.

Él escribió*: Yo tengo 19 años, soy gordito, es un decir, soy de cuerpo normal, me gusta bailar, no tengo novia.* ¿Cómo se dormía en 1982?

Yo no era de cuerpo normal. Lo había sido, conocía la infancia. A él y a mí nos unían los pozos de zorro. La imagen de esos pozos. ¿Cómo se sostiene a un soldado de cualquier guerra?

Mi cuerpo era una estepa vista desde lo alto de la cabeza, si me levantaba la camisa, el pulóver, me abría el blazer del colegio. Si la ropa seguía en su sitio, no había paisaje.

¿Cómo se sostiene a un conscripto de la guerra de Malvinas?

Éramos más lejanos que la distancia, una de las variables de la medida, al deshacerse, cercenada por un golpazo.

Éramos cercanos, como dos hojas invernales caídas en el mismo cantero, del mismo árbol, ingenuas acerca de la existencia una de la otra. Éramos cercanos porque nos habían colocado arbitrariamente en línea directa de comunicación.

Arropada, de noche, me quedaba quieta, boca arriba, estirados los pies, en el fondo de la frazada. Mi carta está enredada en la luz anfibia de algas sobre piedras.

No conozco el frío extremo sin protección. Nada más lejano que él y yo. Nada más cercano que él y yo.

Él escribió: *Querida amiga: deseo que al recibir esta carta te encuentres gozando un mundo de felicidad en compañía de tus familiares, y yo quedando bien en compañía de mis compañeros*. Era de Chaco, era de Formosa, era de Santa Cruz, era de Mendoza, era de La Pampa.

Dormía en una habitación con un techo a dos aguas, de madera, que tenía una ventana sobre las tejas. No había forma de cerrar bien esa ventanita. El pestillo estaba roto. Luego, arreglado. Luego, otra vez roto. Durante las tormentas, el viento se volvía un ritmo del dormir.

El argot militar denomina pozos de zorro a zanjas de un metro sesenta de profundidad por dos metros de ancho, sobre las que se pone un techo disimulado por tierra y pasto.

Claudio Ferreyra no llegó a ir a las islas. La fecha de la carta, enviada desde Río Gallegos, es del 4 de junio de 1982.

Mi cuerpo era una Patria inconclusa, espléndida, aterradora. En un libro que encontré de casualidad en el colegio de monjas —me esperaba, al acecho, un libro como un aullido que cruzaba la extensión de un territorio esclavizado—, leí sobre el castigo eterno del infierno para la masturbación.

A veces los nombres propios son forajidos que deberían quedarse en la orilla de lo escrito.

Él escribió: *y yo quedando bien en compañía de mis compañeros. Gloria, te contaré que en Río Gallegos está haciendo mucho frío y está nevando mucho, corre mucho ¡viento 100 por hora!* Mi

carta fue quemada al fondo del galpón donde esperaban los soldados, las cenizas se esparcieron en la madrugada blanca.

El pensamiento parásito es un bicho miniatura que recorre el cerebro y que no existe de forma autónoma sin una fuente de vida.

¿Quién le dio la carta escrita por una adolescente porteña al conscripto que esperaba su destino en Río Gallegos? ¿Su mano, cómo la tomó? ¿En qué momento la leyó? ¿Qué fue lo que nos hicieron?

El azar me llevó hasta ese libro. No sabía qué estaba haciendo cada noche voluptuosa: no me lo habían explicado. Temí al diablo, el que existe.

Patria y bicho son nociones que llevamos incorporadas desde el mapa escolar, al lado del pizarrón. Mi carta yace sobre una piedra.

Los pozos de zorro, en las islas, generaban hipotermia al punto de congelamiento. Se hallaban en puntos estratégicos. Los hacían los mismos soldados con chapas viejas, palos, piedras, barro.

Bicho es aquello contra lo que insiste un jardín verbal. Los pozos de zorro podían ser temporarios o permanentes, individuales y colectivos. Guantes de trabajo, de lona, y medias comunes que se ponían de a dos pares. El destino del jardín verbal es el fracaso. El pozo de zorro cavado en la turba se llenaba de humedad y de barro.

En el porvenir de Claudio Ferreyra hubiera existido, seguramente, un pozo de zorro. La distancia entre Río Gallegos y las islas es de 943 kilómetros.

Él escribió: *soy gordito, es un decir, soy de cuerpo normal, me gusta bailar, no tengo novia, ¿y vos?*

Qué condición de existencia se le asigna a una hipótesis en una guerra. Qué condición de existencia se le asigna a una hipótesis en la guerra de Malvinas.

Él escribió: *es un decir.*

La ventana que daba a las tejas no tenía enrejado, pero era demasiado pequeña como para que mi cuerpo la atravesara. Asociada a ella, por sus dimensiones, como un vapor que la cubría día y noche, aparecía un qué lástima, así formulado, con entonación a veces

plañidera, a veces iracunda. El acceso a los techos, que tan limpiamente podría haberse consumado a través de esa ventana, era por otro lado de la casa, era difícil.

Todos los azares asociados a libros que leí llevan consigo un vapor.

Qué condición de existencia se le asigna a una hipótesis cuando una tiene trece años. El soldado en mí no dormía.

La zona liberada estaba arriba, sobre las tejas. En ese sitio, mi carta, además de haber llegado a destino y haber sido respondida por el conscripto, me había sido devuelta.

Mi carta está entrelazada entre manos que se tocan impuramente.

Qué opacidad argentina se cierne sobre su caligrafía. Él escribió: *Chao, hasta pronto*. Y después, otra vez: *chao, chao, chao, hasta pronto, Viva la Patria, Gloria.*

La pared de la terraza. El sol que cortaba los materiales en dos triángulos isósceles. Leía como una enajenada. Nunca volví a encontrar el descenso ambarino, que me iba inundando, al bajar el libro. No volví a vivir, después, la lectura sin interrupción externa. O más aún, sin interrupción interna.

Primero, un pie sobre la pared baja, luego el otro, la extensión al máximo de la pierna, la pared no era tan baja, nada entonces era verdaderamente bajo ni alto, la medida de la altura, sus causas y efectos, apareció mucho después.

O más aún, sin opacidad interna. ¿A qué corresponde en el lenguaje el miedo al castigo? Los cuerpos jóvenes le pertenecían a la Patria.

Luego, las tejas. Un zapato incrustado en la canaleta, el otro. Llevaba en mí su porvenir: un pozo de zorro. Yo llevaba en mí la imagen.

El humo asciende verticalmente: viento tranquilo. El viento se percibe en la piel: viento suave. Se mueven polvo y papeles: viento moderado. Los paraguas ya no se pueden utilizar: viento fuerte.

Lo difícil era el equilibrio. Y los blancos. Los blancos entre los techos, la discontinuidad, los vacíos que no podían saltarse, los patios debajo, el vapor del verano en esos patios, hacia el cielo.

Lo impuro es una categoría de lo político. ¿Cómo son los blancos entre los decires? ¿Qué hilván mantiene la ilusión?

Teníamos una misión. Sostener a los soldados de la Patria.

En la cima de los techos, lograba respirar. En la caminata por esa extensión discontinua, el miedo al castigo por masturbarme iba, a cada paso, volviéndose osadía. ¿Cómo se siente un viento de cien kilómetros por hora en la piel descubierta?

Una adolescente que camina sobre techos en 1982. Un conscripto que mira las chapas del galpón militar en 1982. Una, arriba. El otro, debajo.

A qué corresponde en el lenguaje la idea intermitente de una isla.

Todos los árboles se mueven, las ramas de los árboles se quiebran: viento muy fuerte. Pueden presentarse daños en edificios: viento masivo. Aniquilamiento de las construcciones más sólidas, se buscan refugios de manera inmediata: viento extremadamente masivo.

A qué corresponde en el lenguaje la idea íntima de un pozo de zorro.

En Río Gallegos, el soldado recibió la carta. Él escribió, en diagonal, cubriendo una carilla: *Claudio Ferreyra para servir a Patria Argentina*. Esa fue su firma. La última página está en blanco.

Por qué jugué de inglés

Roque Larraquy

1

Mi casa está frente a una autopista con barrancas arboladas que se llama Avenida General Paz. Las barrancas tienen lugares de juego para nenes pero no puedo jugar ahí, papá tiene miedo de que me pase un auto por encima. Desde el comedor vemos volar las motos atropelladas. En la esquina de casa está la terminal de colectivos de la línea 2, que va al centro y hay tránsito día y noche. De este lado de la autopista todo se llama Liniers. Del otro lado hay una ciudad que se llama Ciudadela. Mamá dice que Ciudadela tiene un sistema de numeración de calles distinto al nuestro y que es fácil perderse, por eso me prohibieron cruzar. No sé qué es un sistema de numeración, pero cruzo por el túnel peatonal que está a una cuadra y veo que las casas de Ciudadela son menos lindas, hay pocos carteles con los nombres de las calles y muchas cosas rotas. Y es cierto, me pierdo. Vuelvo preguntando a desconocidos. Papá y mamá no se dan cuenta.

La segunda vez cruzo con Miguel. Caminamos dos cuadras, dice que para él no hay diferencia entre un lado y el otro, y me pide volver. Está asustado, en la entrada del túnel peatonal hay un linyera que baila con el pito afuera del pantalón. Para volver tenemos que pasar por ahí o ir hasta el puente de la avenida Rivadavia. No quiere hacer ninguna de las dos cosas y se pone a llorar. Tiene siete, igual que yo, pero su cuerpo es más chico y llora como un bebé. Lo cargo en mi espalda. Le digo que cierre los ojos mientras dure mi carrera hasta el otro lado. El linyera baila y no nos hace nada y cuando salimos de vuelta a Liniers el cielo nos encandila.

La casa de Miguel está pegada a la nuestra. En la parte de abajo está el consultorio de su papá, que es dentista. Hay una sala de espera con televisor en colores y un salón con tres sillones dentales en fila. Yo tengo paladar ojival y mamá me trae cada quince días a que me ajusten los alambres de la boca. Miguel vive en la parte de arriba con su mamá, que hace de secretaria del papá, y tiene una hermana de casi treinta años con síndrome de down que se llama Nancy. Todos los días entre las cinco y las seis de la tarde los papás la dejan sola en una terracita trasera al aire libre y desde casa la escuchamos decir *no quiero, no quiero,* hasta que la meten de nuevo. A mí eso me asustaba pero papá y mamá me explicaron qué es el síndrome de down, y ya no. Creo que a Miguel no se lo explicaron bien, o no lo entiende, porque cuando habla de Nancy dice que es una vieja estúpida.

Para mí la casa de Miguel es más linda que la nuestra. Tiene los techos decorados y mármol en el piso de la entrada. Mamá dice que es una imitación de mármol hecha con una pasta de piedras de menor calidad. Los papás de Miguel vivían en Canadá y cuando volvieron para tenerlo a él se trajeron los electrodomésticos de allá. Tienen un televisor a color, una computadora, un proyector y un horno microondas que es una caja de metal que cocina con aire. Mamá dice que la mamá de Miguel es correcta y muy sufrida por lo de la hija, pero que no le tiene cariño porque es una chupacirios y nosotros no creemos en dios. Papá me hizo notar que no tienen bibliotecas. Me prohibieron que hable con ellos y con nadie sobre no creer en dios y si me encuentro con Nancy no tengo que mirarla fijo como la primera vez.

Mi casa es muy parecida a la de Miguel, pero alquilada. Mamá trabaja en las oficinas de un hospital público y también hace de secretaria de papá, que es médico. El consultorio funciona de lunes a sábado en el living de abajo, que tiene las bibliotecas, el piano y la chimenea a gas. Dice papá que esto de tener el consultorio en la casa y la mujer de secretaria es muy típico de los médicos y dentistas de Liniers. Por la escalera color té con leche subimos al dormitorio que hay que cruzar sí o sí para llegar al comedor diario, el baño y la cocina. Mamá nunca invita a nadie, no le gusta que su dormitorio esté en el paso. Yo ni siquiera tengo pieza propia, duermo en un sillón cama en el comedor diario, y si mi hermano viviera con nosotros no tendría dónde dormir. Papá está averiguando el precio de unas mamparas para dividir mejor la casa.

Mis primos tienen mucha más plata que nosotros y me dijeron que se dice cuarto o habitación, no pieza.

Los domingos mamá toca un rato el piano, cada vez menos, no le gusta el olor que dejan los pacientes. Y viene a comer mi hermano, que tiene dieciocho y vive con su mamá. Mi hermano se compró una cámara que saca fotos en papel. A escondidas de papá y mamá voy con él a la barranca de enfrente y nos sacamos unas fotos como tirándonos entre los autos desde un trampolín.

Al lado de la casa de Miguel pusieron un templo evangelista al aire libre. El pastor usa micrófono y se escucha todo lo que dice sobre dios y la biblia. Y los fines de semana hay bandas de rock evangelista. Papá y mamá están locos por el ruido y preocupados porque yo escucho al pastor y sienten la necesidad de aclararme que lo que dice es un disparate y quedamos los tres agotados. Papá va a hablar con el pastor, vuelve a los diez minutos y me dice que con creyentes no se discute ni se negocia ni se concede nada. Me explica el

significado de la palabra "conceder" y me lleva en el auto con él a hacer una denuncia por ruidos molestos a la municipalidad. Dos días después vienen dos técnicos con un aparato con una aguja que mide el volumen de la voz del pastor. Dicen que es posible que el templo sin techo esté en infracción, pero que para intervenir se necesita hacer un registro más contundente en el lote de al lado, la casa de Miguel. Los papás de Miguel no quieren que entren los técnicos a su casa. Papá les pide por favor que no obstruyan el reclamo. Ellos le dicen que la voz del pastor no les molesta, que la música les gusta y que les parece una bendición que Miguel escuche hablar de la biblia mientras juega solito en su casa.

A dos cuadras hay una feria municipal donde vamos a comprar las cosas del día. En la entrada de la feria se sientan las bolivianas a vender limones y ajo. Cada tanto los puesteros de la feria llaman a la policía para que las saquen. Les patean la mercadería y las corren por la calle. La gente aplaude a la policía y les grita que están sucias y que se vuelvan a Bolivia. Una vez mamá le ofreció a una chola que venía corriendo que entrara a nuestra casa, pero la chola la esquivó sin mirarla y mamá se puso a llorar.

Miguel y yo vamos a una escuela municipal que se llama República Francesa. Está a tres cuadras. Aprendemos francés como idioma extranjero. Después del día de la independencia y el día de la raza, el acto escolar más importante es el día de Francia, el catorce de julio. Decoran el patio con banderas francesas y argentinas y nos hacen cantar el himno nacional y la marsellesa. Papá dice que el francés es un idioma sin futuro. Mamá dice que es el idioma del arte y la cultura, y discuten.

A Miguel en la escuela le dicen negro y boliviano de mierda y le hacen maldades. Los que le pegan a él son los mismos que a veces me pegan a mí por ser el hijo del doctor. Igual no es tan grave, con Miguel le pegamos a otros por otras cosas.

Si me trepo por un caño llego al tanque de agua y desde acá veo la terraza donde dejan a Nancy entre las cinco y las seis. Pensé que cuando decía *no quiero, no quiero* era porque alguien le pegaba, pero no, está sentada en un sillón hamaca fumando un cigarrillo y cada vez que dice *no quiero* suelta todo el humo con la última O.

Cuando charlan entre ellos los adultos piensan que estamos distraídos o que no entendemos los temas o que alcanza con decir palabras en voz baja para que prestemos atención a otra cosa, como si el efecto no fuera al revés.

Mi maestro cita a mi mamá para hablarle de mí. Me hacen esperar parado en la puerta del salón y aunque cierran la puerta se olvidan de cerrar el vidrio de la ventana de la puerta. Le dice a mi mamá que me vio dándole un beso a otro chico abajo de las gradas y que todavía estoy a tiempo de recuperarme si empiezo un tratamiento. El maestro no sabe que debajo de las gradas nos besamos todos. Mamá le dice que soy hijo de un médico y que no necesita la opinión de un maestro de primaria para saber cómo estoy y qué necesito. Él le dice que ya habló con la directora sobre el caso y que la escuela no va a tolerar mi conducta si se repite. Ella le asegura que no se va a repetir y dice que el año que viene me va a anotar en otra escuela. Los dos quieren más o menos lo mismo, que yo no vuelva, así que terminan bien. Cuando mamá sale no me dice nada y yo tampoco hablo.

Me dejan en el living tocando el piano para poder discutir solos arriba, pero el dormitorio es el centro de la casa y están casi a los gritos. Papá dice que hay que quebrarle una pierna a mi hermano sin causarle un daño permanente, o enseñarle a hacerse el loco, o mandarlo a vivir a Uruguay con otro nombre. O a Cuba. Mamá lo putea. Tardo en entender que no quieren que mi hermano vaya a la guerra. Mamá repite que solo necesitan certificados. No sé qué son los certificados, papá le dice a mamá que los certificados son un tiro en el pie.

El papá de Miguel deja la puerta abierta para ver las noticias en la tele mientras me ajusta los alambres de la boca. Escucho la tele y la charla de la mamá de Miguel con mi mamá en la sala de espera. Su mamá tiene miedo de que la guerra llegue a Buenos Aires y que haya caos y se corte la electricidad. Sin electricidad no puede nebulizar a su hija. Mamá le dice que no va a pasar nada, que se quede tranquila. La señora dice que admira a los ingleses por su buen gusto y por haberle hecho mucho bien a la Argentina, y que al país le hubiera ido mejor como colonia inglesa, por eso le rompe el corazón estar en guerra con ellos. Mamá le dice que se quede tranquila, que no va a pasar nada, que si reza mucho, mucho, la guerra seguro se va a acabar. No me gusta que mamá use ese tono con ella, es la mamá de mi amigo. Cuando ya están los alambres ajustados salgo a la salita y veo a Nancy, que hoy tiene forma de cono y está como derretida. No quiero, pero no puedo dejar de mirarla porque además de rara tiene una luz en el blanco de los ojos.

3

En el recreo largo viene Adrián a decirnos que los de tercer grado están jugando a argentinos contra ingleses. Hay que jugar. Las reglas son las mismas del quemado, pero hay tres equipos, uno de argentinos, uno de ingleses y uno de chilenos putos. El que gana se queda con las islas.

Federico no entiende por qué tiene que haber un equipo de chilenos putos. Adrián dice que los de tercero le dijeron que los chilenos ayudan a Inglaterra. Otros dicen que sí, que Chile ayuda a Inglaterra.

Somos diecinueve. No hay manera de que los equipos queden iguales. Menos dos, todos levantan la mano para entrar al equipo de argentinos. Hay diecisiete argentinos y ningún chileno puto contra dos ingleses. Pregunto si los ingleses pueden ganar o si pierden siempre, y qué pasa si ganan los chilenos, ¿las islas quedan para Inglaterra?

Adrián no lo pensó. Lo piensa mejor y dice que los ingleses no deberían poder ganar.

Se quejan los que levantaron la mano para ser ingleses. Dicen que es un juego y que es igual al quemado, pero con países. Puede ganar cualquiera.

Federico los acusa de ser traidores a la patria y ellos dicen que juegan de ingleses porque les gusta ser el equipo con más poder militar y son los más rubios de la clase.

Ahora hay otros rubios o castaños que reclaman ser del equipo inglés por la piel y el pelo.

Adrián dice que si se van los rubios al equipo inglés quedarían muchos argentinos morochos de pelo negro y hasta bolivianos que deberían estar en el equipo de chilenos putos.

Federico pide que nos pongamos en fila en orden de claros a oscuros. Él mismo nos va poniendo en nuestro lugar.

Blancos de pelo rubio y ojos claros hay dos.

Blancos de pelo castaño y ojos marrones somos cuatro.

Blancos de pelo negro y ojos varios son seis.

Morochos de pelo y ojos negros hay cinco, ahí está Miguel.

Y los dos bolivianos que no hablan con nadie.

Como primer descarte, Federico dice que los bolivianos tienen que jugar en el equipo de chilenos putos. A los bolivianos no les importa en qué equipo.

Federico pone a los seis más blancos en el equipo de ingleses. Yo quedo como el menos rubio de los ingleses.

Los seis blancos con pelo negro y ojos varios van al de argentinos. Ahí se terminan los blancos. El resto son los chilenos putos, y todavía sobra alguno.

Menos los bolivianos, los morochos de pelo y ojos negros dicen que quieren jugar de argentinos, o de ingleses para dejarse ganar, pero no de chilenos putos.

Adrián dice que hay que mezclar el equipo inglés con el argentino porque los argentinos se quedaron sin rubios.

Veo que Miguel está con ganas de llorar. Voy con él y me dice al oído que no es justo, él es el menos morocho de los morochos y sus papás son blancos, su mamá es casi rubia, y él es argentino, no chileno ni bolita ni negro.

Ya tiene los ojos llenos de agua. No me gustaría que lo vean llorar como un bebé, no le conviene que además de pegarle por negro le peguen por débil. Aviso en voz alta que le doy mi lugar entre los ingleses a Miguel y yo tomo el suyo entre los chilenos putos.

Adrián dice que el cambio es ridículo. Miguel no puede hacer de inglés.

Miguel dice que si no va con los argentinos, se baja del juego.

A nadie le importa que se vaya y mejor, porque se resuelve el problema del reparto en equipos.

Digo que si Miguel se baja yo también me bajo.

Adrián dice que a él no lo amenaza ningún hijito de doctor y se me viene encima a las patadas. Con él vienen otros que me acusan de retrasar todo y otros que se suman para hacer bulto y tirar golpes al azar.

Ismael

Carla Maliandi

Una tarde mi amiga Luciana dijo que le habían enseñado un juego para comunicarse con los espíritus. Le pedí que me lo enseñara a mí. A ella no le gustaba mucho la idea, pero insistí. Pasábamos juntas casi todas las tardes y en general nos aburríamos mucho. Nunca nos poníamos de acuerdo sobre lo que queríamos hacer, y terminábamos tiradas en el sillón del living, bajo el ventilador de techo, jugando al Veo veo o a cualquier otra pavada por el estilo.

Ese verano yo acababa de cumplir trece años, vivía con mi familia en una casa de Adrogué y no habíamos podido salir de vacaciones. La casa era muy antigua y había que hacerle reparaciones a cada rato, la plata para irnos a la playa se gastó en pagarles a los albañiles. Nos contentábamos mangueréandonos en el pasto. Y algunas noches dormíamos en reposeras, embadurnados de Off, bajo las estrellas.

Luciana dijo que para el juego de los espíritus necesitábamos una copa. Entré al comedor y, con cuidado de que no me viera nadie, saqué una de la vitrina. Subimos a mi pieza en silencio. En un papel escribimos las letras del abecedario, después las recortamos en cuadraditos y las ordenamos en el piso formando un círculo. En el medio dejamos la copa dada vuelta.

¿Y ahora?

Ahora hay que poner el dedo índice en la base de la copa y esperar a que se mueva. Los espíritus van a formar las palabras que nos quieran decir.

¿Vos creés?

Qué sé yo.

Esperamos más de quince minutos sentadas con el brazo estirado. El experimento era un fracaso. A Luciana no le importaba mucho, parecía contenta con que no funcionara. A mí me dieron ganas de levantarme para ir a hacer pis.

¿No tendremos que hacer alguna pregunta para que los espíritus sepan qué decir?

Sí... pero yo no quiero preguntar.

Bueh, pregunto yo: ¿hay alguien ahí?

La copa empezó a temblar y Luciana me miró a los ojos.

¿La movés vos, nena?

Pero yo no la movía. O sí, tal vez sí. De tanto esperar ya tenía el brazo acalambrado y podía ser que un poco la moviera yo. Estuvo un rato así, vibrando sobre el piso y despacio se fue desplazando hasta la letra "S" primero y hacia la "I" después.

Luciana sacó la mano y se paró de un salto. Dijo que era obvio que a la copa la movía yo y me trató de mentirosa. Salió de mi cuarto, bajó las escaleras corriendo y desde arriba escuché cómo le pedía a mi mamá que le abriera la puerta de calle para irse.

Fui al baño y me senté en el inodoro. Pensé en lo pesada que era Luciana, conté los años que hacía que éramos amigas y todas las veces que había hecho ese tipo de escenas. Vivía en la misma cuadra que yo y tampoco había podido irse de vacaciones. Nos la pasábamos en la vereda o en mi casa porque la suya era un lugar bastante triste. El papá nunca estaba y la madre tomaba unas pastillas que la atontaban mucho, se la pasaba mirando programas de chimentos a todo volumen en la televisión y dándole órdenes con voz de dormida. En casa, en cambio, aunque el ruido de los albañiles podía ser molesto, nadie nos pedía nada y casi siempre había helado en el freezer. Pero últimamente a Luciana todo la ofendía y todo la asustaba. Me pregunté si no sería el momento de que cada una siguiera su camino.

Cuando volví a la pieza encontré a un hombre sentado en el borde de mi cama. Primero pensé que era un albañil. Siempre andaban por toda la casa, podía ser que uno de ellos hubiese entrado a arreglar algo y ahora estuviera descansando un poco.

Soy Ismael, dijo.

Sostenía un casco entre las manos y miraba las ramas del roble del otro lado de la ventana. Su ropa estaba sucia, descolorida. No pude darme cuenta si era un adulto o un chico con la mirada de un hombre grande, con el cuerpo cansado.

Se apoyó el casco en las rodillas y señaló las letras que seguían en el piso. Entendí que fuera quien fuera, a este que estaba en mi pieza lo había traído yo. Agarré rápido la copa y con un pie deshice el círculo de papelitos. Él seguía ahí sin moverse.

Esa es mi cama, dije.

Él pasó una mano por el acolchado de florcitas.

¿Te molesta si me recuesto y duermo un rato?, preguntó.

Yo no supe qué decir.

Un rato nada más. Permiso, dijo y se extendió boca arriba en la cama, apoyándose el casco sobre el pecho.

Yo salí de la pieza y cerré la puerta. Bajé despacio las escaleras y volví a poner la copa en la vitrina. Entré a la cocina. En la mesa, mi hermano dibujaba un avión y mi mamá se pasaba quitaesmalte por las uñas con un algodoncito.

¡Qué cara de seriedad tenemos algunas! ¿Qué pasó con Luciana? ¿Se pelearon?

Asentí con la cabeza. Mi papá entró a la cocina y se puso a preparar café.

Miré el dibujo que estaba haciendo mi hermano. Era un avión de combate con todos sus detalles. Él era fanático de los tanques, los barcos y los aviones de guerra.

Me serví un vaso con agua de la canilla y me senté a la mesa con ellos. No me animé a volver a la pieza en toda la tarde.

Cuando empezó a hacerse de noche, mi papá fue a comprar fiambre y bebidas y más tarde cenamos sanguchitos en el jardín de atrás. A esa hora empezaba a correr un aire fresco que nos ponía a todos de buen humor, como si fuera una fiesta. Yo les mostré cómo me salía la vertical puente que había estado practicando en el pasto. Mi mamá dijo que no hiciera movimientos tan bruscos en medio de la comida, que me podía hacer mal. Le pedí a mi hermano que contara alguno de esos chistes que a él le gustaban, esos de gente que se tira pedos y salen volando. Me reí a carcajadas como si de verdad me divirtieran. Conversé con mis papás hasta muy tarde acerca de cualquier cosa, la poda que había que hacerle al ciruelo y los colores para la próxima vez que pintáramos la casa. Cuando mandaron a mi hermano a dormir yo seguí hablando y hablando, hasta que mi papá dijo que metiéramos las sillas adentro por si llegaba a llover. Que ya era hora de irme a la cama.

¿Pero un rato más no podemos estar?

No, andá a acostarte.

Agarré un sanguchito y llené un vaso con Coca Cola, si el soldado seguía ahí ya debía tener hambre. Junté valor y subí las escaleras.

En mi pieza encontré a Ismael en la misma posición con los ojos abiertos.

No pude dormir nada, dijo, y se sentó en la cama.

Yo le acerqué el sándwich y el vaso, él los sostuvo un momento frente a sus ojos, después los dejó en el piso. Le dije que si no le gustaban de jamón y queso podía traerle uno de salame o de tomate, y que en vez de Coca podía conseguirle un vaso de cerveza.

No, gracias, me gusta así pero no siento hambre ni sed.

Uno de los borceguíes estaba roto y al otro le faltaban los cordones. Todo su uniforme era un desastre. *¿Por qué estás tan cansado?*, le pregunté. No se acordaba mucho. Balbuceó algunas cosas. Estaba en su posición y recibió la orden de cruzar el valle. Corría entre las explosiones, el ruido lo aturdía. Sintió un chiflido muy fuerte, una quemadura en el pecho y después todo se puso blanco como la nieve.

Nos quedamos un rato callados. Él señaló un póster pegado frente a mi cama y empezó a tararear "Another Brick In The Wall".

Son esos, ¿no? preguntó.

Sí, dije y revolví el cajón hasta encontrar el casete.

Mientras lo escuchábamos me comí el sándwich y me tomé la Coca. Después saqué de mi ropero un acolchado viejo y lo tiré en el piso.

¿Querés dormir ahí?, le pregunté.

Bueno.

Me acosté en mi cama con el short y la remera puestos y después de dar unas cuantas vueltas me dormí. Al despertar, recordé al soldado como en un sueño rarísimo. Pero giré la cabeza y estaba ahí, recostado en el piso con los ojos abiertos, sosteniendo el casco sobre el pecho.

Ese día se quedó y el siguiente también, y así pasamos todo el verano. Él siempre dentro de mi pieza. Cada noche me levantaba más temprano de la cena y subía para no dejarlo tan solo. Una tarde fui con la bici al centro de Adrogué, entré en un negocio de música y pedí todos los casetes de Pink Floyd que tuvieran. Los escuchamos juntos y aunque teníamos una pronunciación espantosa nos aprendimos la letra de casi todos los temas. Otro día le

pedí que me dibujara un avión de guerra y se lo regalé a mi hermano con mi firma. Una noche le conté que antes de que terminara el verano iba a empezar el colegio secundario y eso me ponía un poco nerviosa.

No pasa nada con el secundario, es fácil, dijo.

Lo que me daba miedo a mí era Matemáticas. Él me prometió que, cuando llegara el momento, me iba a ayudar a resolver los ejercicios y a estudiar para los exámenes. ¿Pero cuánto tiempo se pensaba quedar? Un verano estaba bien, pero cuando empezaran las clases yo iba a estar más ocupada. Iba a necesitar concentrarme más en mis cosas. No me animé a preguntarle, cada día parecía más cómodo y menos perdido. Tenía su rutina, aunque el espacio fuera limitado: a la mañana hacía flexiones de brazos, a la tarde leía libros que yo le subía de la biblioteca del living, y a la noche escuchaba música conmigo y charlábamos hasta tarde. En una de esas charlas contó que cuando vivía con sus papás tenía una perra que se llamaba Eva. La había encontrado de cachorrita en una plaza cuando era chico y nunca se había separado de ella. Le pregunté si la extrañaba y empezó a tartamudear.

No no no no no lo sé, dijo.

Le pasaba cuando no estaba muy seguro de algo. Por ejemplo, cuando yo preguntaba cómo había sido ese tiempo entre estar en la guerra y aparecer en mi pieza. Decía:

To to to to todo blanco.

Para que no se pusiera nervioso, yo cambiaba de tema y al rato el tartamudeo desaparecía.

La noche anterior al comienzo de las clases elegimos juntos la ropa para ponerme debajo del guardapolvo. Tenía que ser algo cómodo, pero también lindo y moderno. Si a la salida me sacaba el guardapolvo, quería dar una buena impresión. Separamos un vaquero y una remera nueva con voladitos en las mangas. Llevé la ropa al baño y me la probé sola frente al espejo. Todavía parecía más una nena que una adolescente, y me puse a llorar pensando que nadie iba a querer hacerse amigo mío. En mi pieza, Ismael me dijo que no llorara, que él iba a seguir siendo mi amigo siempre. Y me quedé dormida.

El colegio me pareció mucho más divertido de lo que esperaba. Éramos muchísimos chicos, algunos parecían más desorientados que yo. En los recreos nos sentábamos en el

patio haciendo círculo y a veces todos ponían atención a lo que yo contaba. Nunca hablaba de Ismael porque me parecía que no estaban preparados para escuchar algo así. Una vez, un profesor de Historia nos pidió una redacción sobre cualquier acontecimiento importante de nuestra nación en los últimos doscientos años. Escribí un trabajo sobre Malvinas que me dictó Ismael durante dos noches seguidas. Le costaba un poco mantener el hilo y por momentos le venía el tartamudeo y teníamos que parar. El profesor me puso un cuatro y dijo que mi texto estaba lleno de imprecisiones y datos irrelevantes. A Ismael le dije que nos había ido bien, pero nunca más le pedí que me ayudara con la tarea. Cuando yo estudiaba se quedaba callado y a veces pasábamos semanas sin hablar. Fue eligiendo lugares en la habitación que le quedaban cómodos para estar solo. Cuando pasaba muchos días sin verlo lo encontraba acostado debajo de mi cama o adentro del ropero. Una noche no lo encontré por ningún lado. Me senté en la cama, en el mismo lugar en el que lo había visto la primera vez y me puse a llorar. Eran lágrimas de angustia y de alivio al mismo tiempo. En medio del llanto oí un chistido que venía del techo. Ismael estaba en cuclillas arriba del taparrollo de la persiana. Bajó de un salto y me preguntó por qué lloraba. Le mentí, inventé una historia de peleas en el colegio y él dijo que mis amigos eran todos unos infelices.

El verano siguiente lo vi poco, ese año sí nos fuimos a la playa. Fue un tiempo en que ni pensé en él, por eso a la vuelta tuve que acostumbrarme otra vez.

La convivencia empezó a ponerse difícil. Una noche llegué muy tarde después de un cumpleaños de quince y lo encontré saltando arriba de mi cama con los borceguíes puestos. Le dije que estaba loco, que era un molesto, que yo no podía estar pendiente de él toda la vida. Bajó de la cama y fue en silencio a encerrarse en el ropero. Cuando se ponía así me partía el corazón. Abrí la puerta y le pedí que me hablara, que me dijera algo. Yo había tomado mucho. Sentado debajo de las camperas y los sacos me preguntó cómo había estado la fiesta. Me senté en el piso y le conté todo con detalles, la música, la comida, y el momento en el que el hermano de la cumpleañera y yo salimos al patio y nos besamos en la boca. Dije que hacía tiempo esperaba que alguien me besara en la boca. Lo que sentí no se parecía a nada que conociera, una electricidad en todo el cuerpo que cuando se fue me dejó como flotando. Le pregunté si quería que le mostrara y dijo que bueno. Entonces lo besé, pero fue como besar una papa cruda. *No siento nada*, dijo.

Un par de años después terminé la secundaria, me anoté en la facultad y me mudé a Capital. Veía a Ismael solo los fines de semana cuando visitaba a mi familia. Viajaba a Adrogué en tren, caminaba por las calles empedradas que van de la estación a la casa. Al pasar por lo de Luciana, siempre miraba para adentro y veía a su mamá en el mismo lugar

mirando el televisor. Los encuentros con Ismael eran tranquilos, después de almorzar subía a dormir la siesta y ahí estaba él, con el casco en la mano, pensando en sus cosas.

Un día mis papás decidieron que ellos también se mudarían. La casa estaba dando muchos problemas y mantenerla era cada vez más costoso. Hablé con ellos, les dije que para mí era muy importante conservarla. Dijeron que me entendían. Mi papá reflexionó en voz alta acerca del vínculo afectivo con los lugares en los que uno crece, donde pasa la infancia. Mi mamá dijo que era importante mirar para adelante y no quedarnos anclados en estructuras que ya no funcionan, que la vida es movimiento. No entendían nada. Subí las escaleras y en mi pieza abracé a Ismael llorando. Le pedí perdón, dije que lo de la casa era una decisión que no dependía de mí, que si tuviera la plata la compraría en ese mismo instante. Ismael me preguntó por qué lloraba.

Por lo que te acabo de decir…

Tenía en la cara la misma mezcla de confusión y desinterés que cuando alguna vez le ofrecí comida, o una frazada para taparse en invierno.

La casa tardó más de un año en venderse, pero al final se vendió.

Volví a tomarme el tren algunas veces, y pasé por la puerta tan despacio como pude, pero sin detenerme nunca. Un día ya no quise hacerlo más.

En internet uso un mapa interactivo, un programa que camina por las calles y muestra todas las veredas y las casas como son ahora. La nuestra está casi igual, con más rejas y con otras plantas. Las ventanas aparecen opacas. Y si hubiera gente asomada, las caras aparecerían borroneadas, diluidas.

El beso de la mujer cucaracha

Raquel Robles

"El solo hecho de que guapos adolescentes, en la flor de la edad, sean sacrificados (o aún sometidos a las torturas de la disciplina militar) en nombre de unos islotes insalubres, es una razón de sobra para denunciar este triste sainete, que obra mediante el casamiento de los muchachos con la muerte".

NÉSTOR PERLONGHER

—Mirá, si tienen que ser de alguien, que sean de los ingleses. Nunca fui a Inglaterra, pero todo el mundo dice que tiene un clima de mierda. En las Malvinas todo es de mierda. Pero el clima es casi lo peor. El clima y el barro. Barro, piedras, lluvia y a veces nieve pero no es la nieve de las películas o de las fotos. Es una nieve que es como una lluvia pesada, como unos gargajos helados que antes de caer son blancos, pero después se mezclan con el barro. Siempre se ve sucio. El suelo, el paisaje, todo. El mar es lindo, pero el mar es lindo en todas partes. Qué ganas de matar. No sabés las ganas de matar que tenía. Mirá que yo, de violenta, nada. Pero ahí me salió todo el instinto asesino que se ve que tengo. Pero no tenía ganas de matar a los ingleses. A mí los ingleses me daban lo mismo. Nos decían cosas horribles de los gurkas, pero yo soñaba con que vinieran los gurkas y los acribillaran a todos esos hijos de puta que nos tenían de esclavos. A veces en el frente de batalla, cuando se armaba el quilombo, yo miraba para atrás a ver si veía a alguno de esos hijos de puta para tirarles. Quién se iba a dar cuenta. No sé si hay algo prolijo en una guerra pero eso era un desastre. Gritos, corridas, cuerpo a tierra. Yo trataba de encontrar una piedra grande y ponerme ahí atrás con mis dos amigos. Pero siempre estaba con la mirada puesta en la retaguardia porque los hijos de puta siempre estaban gritoneando cosas desde bien al fondo. Si hubiera encontrado a alguno en la mira le hubiera tirado. Pero los pibes corrían, entre el polvo y la niebla y la oscuridad me daba miedo tirarle a alguno. Eso no me lo hubiera perdonado nunca. Los pibes les decían putos putos. Yo no quería decirles putos. Yo quería gritarles "puto soy yo, ellos son unos mierdas", porque en esa época yo creía que como me gustaban los tipos era puto, pero al final yo también me prendía y les decía putos y también come mierda o hijos de puta o nada, cerraba los ojos y me imaginaba que les metía el caño del fusil en la boca y les reventaba la tapa de los sesos, que sacaba mi navaja y les agrandaba el ojo del culo, que los tiraba boca abajo en el barro y con los pibes les pasábamos por encima.

—¿Vos combatiste...? Creí que todos los combatientes odiaban a los ingleses...

—Yo odio a todos los milicos, pero a los ingleses no los conocí como los conocí a los argentinos. Mirá, cuando nos avisaron que estábamos bajo el mando de los ingleses yo me alegré. Pensé que pasara lo que pasara ya había terminado lo peor. Ya no nos íbamos a morir en ningún bombardeo, no íbamos a tener que correr bajo las balas. Basta de aullidos y llantos y de cuerpos en el barro. Basta de estar con la ropa hecha un asco. Si nos hacían prisioneros de guerra, al menos íbamos a comer mejor. Seguro que íbamos a comer mejor. Además los prisioneros siempre están en alguna prisión, o sea adentro, adentro de algún edificio, o en algún barco, o donde fuera pero adentro. Y por ahí teníamos suerte y veíamos cómo los hacían correr carrera march y salto rana o los estaqueaban en el frío y bajo la lluvia a alguno de los hijos de puta. No pasó. No nos metieron presos, no los hicieron bailar a los verdugos, pero al menos nos pudimos volver. A mí se me congeló un pie. A último momento. Había zafado los dos meses y en los últimos dos días se me había congelado un pie. Eso fue casi lo peor. Bueno, no sé qué fue lo peor. Pero si no se me hubiera congelado el pie, no hubiera tenido que ir a enfermería y no hubiera tenido que ver lo que vi. Ni oír lo que oí. Esos lamentos, esos gritos, esos aullidos. A veces antes de dormir me parece que escucho todo de nuevo. De ahí me llevaron a un hospital en el continente. No me pude volver con el resto. Yo me moría de ansiedad por volver. Quería ver a mi mamá, a mi abuela. Hasta a mis hermanos que me cagaban a patadas y me querían obligar a jugar al fútbol y me gritaban puto o me tocaban el culo siempre que podían, hasta a ellos los quería ver. A mi viejo no. Ya me lo imaginaba preguntándome si me había vuelto hombre en el servicio militar. En el hospital me dijeron que los dedos de la mano también se me habían congelado. Pero yo no me había dado cuenta. De un montón de cosas no me había dado cuenta. En un primer momento quería levantarme de la cama y meterme en un avión que me llevara directo a mi barrio. Pero después me empecé a emocionar con todo. Con las enfermeras que me acariciaban la frente. Con el doctor que pasaba todos los días y me decía héroe. Con las frazadas calentitas. Con la luz que entraba por la ventana que estaba a mis espaldas. Los primeros días creo que me la pasé gritando. Después me quedé mudo. A lo mejor me drogaban, me daban calmantes, no sé, pero me empecé a sentir mejor, aunque lejos, lejos de todo. Si me hablaban, abría los ojos y sonreía pero no contestaba nada. Tenía voz, pero me parecía que necesitaba una energía imposible, una energía como para mover un reactor nuclear. Así que me callaba. Los últimos días empecé a responder. Las enfermeras estaban muy contentas y me felicitaban. El médico me dijo que a lo mejor iba a sentir el pie un poco raro por algún tiempo pero que la mano estaba muy bien. El pie me quedó raro para siempre, pero me acostumbré. No necesito sentir el pie todo el tiempo. A

veces me pisan en el colectivo y no me doy cuenta. Alguna vez me chuparon los dedos y no sentí nada, pero al menos tengo pie. Hay pibes que se quedaron sin una pierna o bueno, hay pibes que no volvieron. Además, a mí cuando me chupan los dedos de los pies lo que más me gusta es ver. Ver la cara del que me lo chupa, los ojos cerrados o los ojos que me miran, la lengua babosa. Bueno, te incomodé. A mí no me incomoda hablar de sexo. Pero me parece que a vos no te gusta hablar así ¿no?

—...

—¿Qué te pasa? Tampoco es que dije tantas chanchadas, solo hablé de chupar dedos.

—No, no es eso. Bueno, sí, también, pero no es por eso que me quedé callado.

—Ahora que lo pienso, un poco plomo es lo del pie. A los clientes les encanta agarrarte las tetas y la pija al mismo tiempo y para eso mejor ponerte en cuatro. No sabés lo difícil que es mantenerte así sin sentir el pie. Una vez vino un cojo de esos que piden en el tren, con una mugre infernal, con un montón de billetes mugrientos, todos arrugados. Tenés que tener un estómago de lata en este trabajo, pero la mugre a mí me puede, te juro. No aguanto la mugre. Ni aunque me esté muriendo de hambre acepto a un mugriento. Pero este me dio lástima. Tenía una ilusión bárbara. No le pude decir que no. Fue muy gracioso. Yo con mi pie muerto y el tipo que me quería agarrar por atrás y se bandeaba para un costado. Al final lo apoyé contra una pared y más o menos se pudo. Me acuerdo y me tiento.

—...

—Si pudiera te sacaría una foto para que te vieras la cara. Ni que hubieras visto un fantasma. Bueno, me callo. Seguro que a vos te hubiera gustado caer con tus compañeros, así aprovechaban para tener una reunioncita.

—No, no, para nada, qué reunioncita, lo que quiero es salir de acá. No se puede creer el olor a meo. Además, la verdad, tengo miedo.

—No tengas miedo, seguro que los abogados de ustedes te van a sacar en un par de horas. Además, estaba lleno de cámaras, de periodistas, así que no nos pueden tener mucho tiempo. A lo mejor a mí estos hijos de puta me quieren cobrar peaje, pero tampoco es tan grave.

—No, no lo vamos a permitir, no te preocupes, si hay que cagarse a trompadas, nos cagamos a trompadas.

—No seas loco, además, perdoname, pero vos no te ves como alguien que pueda pararse de manos y aguantar a estos hijos de puta. Vienen de a varios, con los bastones, o peor. Mejor no resistir y que pase rápido.

—Igual vos estabas en la marcha conmigo, los abogados nos van a sacar a los dos.

—Yo no estaba en ninguna marcha, yo iba a laburar. Si hubiera ido a una marcha me hubiera vestido más recatada.

—Pero estabas en la columna, yo te vi.

—Estaba saludando a un pibe que conozco. Es un divino. Viene a la esquina mía a repartir volantes para defendernos de la yuta.

—Sí, ya sé quién decís. Bueno, les decimos que estabas en la marcha conmigo. Cuando me dejen hablar por teléfono lo llamo a nuestro abogado y le digo que te agarraron conmigo. No me dijiste cómo te llamás.

—Y vos no me dijiste por qué te quedaste callado con esa cara de espanto.

—No sé qué cara tenía, pero me angustió un poco lo que contaste de Malvinas. Y la verdad es que lo que menos pensé cuando empezaste a hablar es que habías estado en Malvinas.

—Claro, no te imaginaste que una trava podía haber sido un soldadito.

—Perdón, pero no, no me imaginé.

—No pasa nada.

—¿Cómo te llamás?

—Mariela. ¿Vos?

—Víctor.

—Mucho gusto.

—Igualmente. Qué gracioso. Nos llamamos con eme y con ve corta. Parece una versión medio berreta de El beso de la mujer araña. ¿Lo conocés? Es un libro de Manuel Puig.

—No, no lo conozco. Pero no me gusta que me digan berreta. Ahora me ves así pero yo puedo ser muy fina también.

—No digo que vos seas berreta, lo dije porque el libro es demasiado bueno para compararlo con esto.

—¿De qué se trata?

—Es una historia que transcurre en un penal. Hay dos personajes, un militante de una organización revolucionaria y un homosexual que está preso por corrupción de menores. Y lo gracioso es que el homosexual se llama Molina y el otro se llama Valentín. Las iniciales de nuestros nombres.

—Yo no soy homosexual, yo soy travesti.

—Bueno, y yo tampoco soy militante de una organización revolucionaria, la verdad.

—¿Y qué hacías en la marcha entonces con todas esas banderas rojas?

—Sí, bueno, pero yo creo que las banderas rojas ya no representan esos ideales. Revolucionarios eran mis viejos. Nosotros, qué sé yo, hacemos lo que podemos en este contexto histórico. Yo me la paso leyendo libritos en la facultad y anotando ideas para escribir algún día mi gran novela, pero nunca escribo nada.

—No seas tan duro con vos mismo, che. ¿Tus viejos viven?

—Sí, mis viejos viven. O más o menos. Todos sus amigos de aquel momento están muertos, así que ellos viven con una culpa horrible.

—Es que fue una época muy jodida. Yo tampoco hablo nunca de las islas. No sé la verdad qué se me dio por contarte. Ahora que lo pienso capaz que fue porque me hiciste acordar a un pibito que estaba conmigo en el pozo. Era rubiecito, así como vos. Tenía una foto con el papá y la mamá. A mí me la mostraba, a los demás no. Tratábamos de no mostrar las cosas nuestras, pero no porque las quisiéramos mezquinar, sino porque nadie quería acordarse mucho. Yo ni siquiera alcancé a llevarme nada. Bueno, tenía un espejito, uno de esos cuadrados, no de los que yo tenía en mi casa que vienen con la base o el colorete. Imaginate que me cuidé mucho de no llevar nada de eso a la colimba. Pero a ese espejito me lo dejaron llevar, les dije que era para no cortarme cuando me afeitaba. Pero nada más. Si hubiéramos sabido que íbamos a ir a pelear una guerra hubiéramos ido más preparados. Con fotos,

recuerdos, qué sé yo, algún talismán. Pero apenas tuvimos un llamado cada uno. Yo llamé a la vecina de al lado y mi vieja tardó una eternidad en atender. Me quedó un minuto para contarle y apenas se escuchaba. No alcanzó ni a llorar. Te juro que cuando nos dijeron que íbamos a Malvinas tuve que pensar de qué mierda hablaban. Para mí que mi vieja ni sabía dónde estaban las Malvinas ni que las tenían los ingleses. Después por supuesto supo y le parece que siempre supo, pero eso es porque se le confunden los recuerdos.

—¿Vive tu mamá?

—Sí, vive. Le cuesta un poco verme, pero sobre todo le cuesta por el barrio, por mis hermanos que son unos cabeza. Es a la única que le tolero que me diga Mario. Pobrecita, hace lo que puede. Lo que no sabe es de mi laburo. Yo le digo que trabajo en una peluquería. Porque la verdad es que hice un curso y sé un montón. Trato de bancarme con trabajos de peluquería, pero no alcanza.

—Debe ser duro. Además me imagino que debe ser peligroso.

—Sí, es peligroso, pero bueno, nos cuidamos entre nosotras. Pero contame más del libro. Seguro que es un chongo que se coge al puto y el puto como lo único que quiere en la vida es que se lo cojan le pide más y más. Siempre es así en las películas.

—No, no, para nada. Es una historia de amor. El guerrillero, que es bastante cuadrado, va entrando en el mundo del homosexual y el homosexual va a entrando en el mundo de la política. Pero creo que los dos cambian por amor en el fondo.

—Hablás muy raro.

—¿En qué sentido?

—No sé. “Homosexual”. ¿Quién habla así? Me da risa.

—Bueno, no sé, ¿cómo te gustaría que lo diga?

—No importa, hablá como quieras, lo único que digo es que suena raro. Pero seguí. Qué pasa en el libro.

—Ahí viene el cobani, pará. ¡Tengo derecho a hacer una llamada! ¡Quiero llamar a mi abogado! ¡Necesito ir al baño!

—Tranquilizate, es mejor que no te den bola. Estos hijos de puta cuando te dan bola es para hacerte mierda. Tus compañeros te deben estar buscando y en doce horas máximo vas a estar en la calle.

—¡Doce horas! Apenas pasaron un par de horas y ya no aguanto más.

—Bueno, no creí que mi compañía fuera tan insoportable...

—No, no es eso. La verdad es que tengo miedo. La policía me da terror. Los militares me dan terror. Trato de que no se me note o de superarlo, pero cada vez que hay que ir a una marcha te juro que es una tortura.

—No digas eso, vos no sabés lo que es la tortura. El miedo no es una tortura. Al menos cuando tenés miedo todavía no pasó nada.

—Sí, tenés razón. Perdoname. Pero tengo el corazón en la boca. Desde que vi a los cabeza de tortuga, los carros hidrantes, los perros... no sabés las ganas que me dieron de salir corriendo.

—Hubieras salido corriendo, no hay que ser cagón.

—No, no puedo hacer eso. No puedo dejar a mis compañeros como un cobarde.

—¿No podés dejar a tus compañeros o no querés que tus compañeros te vean como un cobarde?

—Bueno, las dos cosas.

—Ese es el problema de los machitos. Te puedo asegurar que es mejor rajar en el momento justo que estar estorbando. En las islas era más terrible escuchar los gritos de los pibes que los silbidos de las balas. Ahí entendí eso de "cagarse de miedo". Solo los hijos de puta de los verdugos se reían de los pantalones llenos de mierda. Se reían porque no estaban ahí donde estábamos nosotros. En el barro, contra las piedras, viendo a los pibes subir con el fuego y caer en muchos pedazos. Pero entre nosotros no nos reíamos. Si volvíamos con los calzones cagados, al menos volvíamos.

—Sí, tenés razón. Yo creo que no hubiera podido. Soy muy cagón. Solamente de escucharte ya se me revuelven las tripas.

—Hubieras podido como pudimos todos. Igual te digo que llegó un momento en que lo que más queríamos era morirnos ahí. Que se termine. Las primeras batallas yo creí que nunca más iba a poder volver. Pero después en el pozo, con la ropa mojada, temblando, con ese mate cocido que ni verde era, con los pies helados y esas botitas de mierda o esas zapatillas, porque algunos habían llegado con zapatillas de lona, tocándome la cara toda pinchuda de barba crecida, yo soñaba con que una bomba caliente, bien calentita, me partía en mil pedazos.

—Ay Dios mío, qué terrible...

—Perdoname. La verdad es que no sé qué se me dio por hablar de esto. Yo no lo cuento nunca. Imaginate que ni fui a tramitar la pensión para los veteranos. ¿Para qué? Para que me digan puto, o travesti de mierda. No, prefiero hacer la calle. Yo a los milicos no les pido ni un certificado. Debe ser porque me hacés acordar al pibe que estaba conmigo en el pozo. Ya te digo, igual que vos. Rubiecito, de ojos verdes. Yo creo que él se dio cuenta rápido que yo era puto, pero nunca me dijo nada. Nunca me sentí tan fea en toda mi vida. Me miraba en el espejito iluminada por la llamita del encendedor y veía a ese pibe con la barba crecida, ojeroso, horrible y no podía creer que eso fuera yo. El rubio este que te digo, me veía mirarme al espejo y casi llorar de angustia y no me decía nada. A veces me daba palmaditas en el hombro, pero ni una palabra. Creo que fue la primera vez que pensé en lo lindo que sería ser una chica. Una chica que estuviera en su casa esperando la llegada de ese rubio. Me imaginaba recibiéndolo, curándole las heridas del alma, bañándolo en una bañera blanca con patitas de león, sacándole todo el barro y el frío y las costras de mierda que se nos iban haciendo en los pelos del culo de tanto cagar en cualquier parte y limpiarnos con cualquier cosa.

—¿Sobrevivió?

—Sí, llegó hasta el final. Pero él se fue cuando terminó la guerra. Yo me quedé en el hospital. No lo vi más. Además, si me viera no me reconocería. En esa época era un pibe flaco y alto, y bastante feo. Ahora nada que ver. Soy divina. No me mires con esa cara, no me da vergüenza, con la cantidad de plata, dolor y trabajo que puse en este cuerpo, mirá si me voy a hacer la modesta. Pero bueno, no hablemos de cosas tristes. Seguí con el libro.

—Hay una película también. A mí me gusta más el libro, pero la película está buenísima también. El actor que hace de homosexual, bueno, no sé cómo querés que lo diga, se ganó un Oscar. Cuando salgas, buscala. Te va a gustar, estoy seguro.

—Bueno, la busco. A mí me encanta el cine. Voy a los cines de acá del centro todos los miércoles. Me entero en el cine qué película dan. No me importa. A mí me gustan todas.

—Te va a encantar el libro entonces, porque es un gran homenaje al cine.

—Dale, contame.

—Es que yo no sé contar muy bien. Lo que te puedo decir es que el revolucionario está muy roto, físicamente, pero también está muy dolido por todo lo que está pasando. No se lo ve derrotado, sigue muy convencido, pero sufre mucho. Y su compañero de celda, el gay (¿te gusta más así?), lo ayuda mucho. Al principio porque el director de la cárcel le prometió la libertad si le saca información, y entonces lo ayuda para ganarse su confianza, pero después se va encariñando hasta enamorarse y al final cuando sale en libertad se contacta con compañeros de Valentín. Incluso muere en esa acción.

—Realmente contás muy mal. Parecés de esos que escriben detrás de las películas en el video club. Horrible. No te ofendas. Al menos contame qué pasa entre ellos. Digo, ¿es amor platónico o garchan?

—No me ofendo. Es verdad. Cuento muy mal. Cuando entré a la facultad creí que iba a ser escritor. Pero tenés razón, soy pésimo contador de historias. Después de mucho compartir cosas, al final tienen relaciones sexuales.

—¡Relaciones sexuales! ¡Dios mío! ¡Parecés un médico!

—Es que no sé cómo decirlo. Porque si te digo que al final cogen, no sé, no es lo que pasa en el libro, suena demasiado frívolo. Podría decirte que hacen el amor quizás. Pero, qué sé yo, también me suena raro.

—No digas nada de eso. Decí lo que hacen.

—No entiendo.

—Claro, decí "él le mete la mano adentro del pantalón y el otro cierra los ojos", ponele.

—Ah. Bueno, es que no se cuenta mucho, porque solo hay diálogos. Pero te puedo decir que empieza cuando Molina está muy triste y Valentín lo consuela. Está todo muy oscuro porque ya apagaron las luces. Molina le dice que ya no puede llorar y que siente la tristeza

en la garganta y en el pecho y Valentín le acaricia el pecho para consolarlo. Y bueno, una cosa lleva a la otra.

—No, no, venías bien. No digas "una cosa lleva a la otra", decime qué pasa.

—Es que ya te digo, mucho no dice. Valentín le pide permiso para tocarle el pecho y después Molina le pide permiso para acariciarlo y le pregunta si no le da asco. Y así se van acariciando hasta que Molina le dice que puede hacerle lo que quiera porque él también quiere y entonces se entiende que se la mete porque dice algo como "me duele mucho así" y entonces se nota que se da vuelta y quedan uno frente al otro y Molina sube las piernas y Valentín lo penetra así.

—Me gustaba más "se la mete" que "lo penetra", pero bueno, está bien. ¿Y después qué sigue?

—Después te lo deja para que te lo imagines. Así que imagínatelo. Lo importante es que a esa altura ya se quieren.

—¿Y por qué se llama *El beso de la mujer araña*?

—Bueno, creo que porque la última noche que pasan juntos, antes de que le den la libertad, Molina le pide un beso. Le dice que, aunque "hicieron cosas peores", nunca se dieron un beso. Y Valentín acepta, y le dice que él es una "mujer araña" porque atrapa a los hombres en su tela.

—Me gusta. Yo sería la mujer cucaracha, porque sobreviví a todo. Voy a ver la película. El libro no sé si lo voy a leer. Soy vaga para leer libros. Pero la película seguro que la voy a ver. ¿Querés dormir un ratito?

—Está congelado acá para dormir. Además, no sé si me puedo relajar como para dormir. Pero vos dormite si querés.

—Te presto mi saquito.

—No seas loca. Que abajo del saquito estás casi en pelotas. No, no. Prefiero no dormir. A lo mejor podemos hacer un poco de gimnasia, digo, para entrar en calor.

—Me hacés reír. Me parece que viste muchas películas de cárceles.

—Puede ser, pero no sé qué hacer para no tener frío. ¿Qué hacías en Malvinas para no cagarte de frío?

—Te prometí que no iba a hablar más de la guerra y ahora vos sacás el tema.

—Lo prometiste por vos, a mí no me molesta. Al contrario. Siempre quise saber cómo había sido. Mis viejos solo decían "pobres pibes, pobres pibes" y "milicos de mierda" y "qué pueblo pelotudo que tenemos que compra espejitos de colores". Pero yo era muy chico. En mi escuela rezábamos a la mañana por los soldados que luchaban en las Malvinas. Y yo, aunque no tenía ni idea de cómo rezar, rezaba porque no sé, sentía como una, qué sé yo, como una exaltación patriótica. Así que mirá, sin saberlo, rezaba por vos.

—Ahí rezábamos todos. Yo siempre fui muy creyente, pero rezaban los creyentes y los que nunca había pasado ni por la puerta de una iglesia. Cada cual tenía su estampita. El rubio que se parecía a vos, ese le rezaba a la foto de la madre y el padre. El que estaba con nosotros, porque éramos tres en el pozo, le rezaba a la foto de la novia. Yo no tenía ninguna foto, así que rezaba apretando la cruz que llevaba colgada con la chapita que te daban por si te morías y quedabas irreconocible o quedabas tan roto que no podías ni decir tu nombre.

—¿Y el frío? ¿Cómo se sacaban el frío?

—No, con el frío no había ni dios ni santo que nos ayudara. Tratábamos de estar los tres lo más pegados posible y de pensar en otra cosa. En otra situación me hubiera calentado de tan cerca que estábamos el rubio y yo, y el otro también que era feo de cara, pero tenía un pecho pelado precioso. Pero estaba tan cagada de frío y de hambre que no podía pensar en nada. En lo único que podíamos pensar era en comida y en abrigo. Pero bueno, a veces conseguíamos hacer volar la mente. Una vez, Willy, que era el otro compañero, se enfermó y le agarró una fiebre tremenda. Lo pusimos en el medio y lo abrazamos. Era como una estufa. Decíamos que había que llevarlo a la enfermería, pero estaba tan calentito que no teníamos voluntad. Lo hicimos a la mañana cuando nos vinieron a buscar para hacer las mierdas de siempre. Durante la noche lo abrazamos y fue una noche feliz.

—Bueno, si vos querés, yo te abrazo.

—Mirá vos, no te hacía tan abierto. Los machitos que marchan debajo de las banderas rojas son bastante asquerosos con nosotras.

—Todos no serán porque debajo de mi bandera tenías un amigo.

—Siempre hay una excepción que confirma la regla.

—Querés que te abrace o no.

—Quiero.

—Vení. Está bueno tu saquito. Con razón podés andar desabrigada debajo. Es peludito y todo. No me había dado cuenta.

—Mejor te abrazo yo a vos. Sos demasiado petiso.

—Dale.

—Me dieron un poco de ganas de dormirme.

—Dormite tranquila. Te cantaría algo, pero soy peor cantando que contando historias.

—No, no cantes. Si querés me podés dar el beso de las buenas noches.

—No sé. Creo que no puedo...

—Te estoy cargando. Te doy yo un besito en la frente. Sos muy chiquito para mí. Ya falta poco, vas a ver.

—Bueno, vos también descansá. Nos vamos a ir juntos, vas a ver.

—Buenas noches, Víctor.

—Buenas noches, Mariela.

El hombre en el cajero

Mariano Quirós

El indio no estaba loco. Al menos no parecía más loco que cualquiera de los otros indios que vendían arcos y flechas al costado de la ruta.

Me habían dado su nombre y sus señas. Me dio vergüenza admitirlo en su momento, pero no sabía cómo distinguir a ese indio de los demás. Son demasiado parecidos.

—Julio Zalazar —dijo él y resolvió mi dilema. En todo caso no hacía falta, no había otro indio a esa hora en ese lugar. Había, sí, dos indias, una vieja y la otra más o menos de mi edad (treinta y pocos años tenía yo por entonces), que se esforzaban para no mirarme. Tenían ese mismo gesto tristón de los indios provincianos, los ojos caídos y el tono de voz apagado.

La más joven trabajaba en la confección de unas flechas. Miré sus manos, la tosquedad con que enlazaban la caña de bambú a la madera arqueada.

—¿Te costó mucho aprender?

Me respondió con una media sonrisa, no entendí si a modo socarrón o como para confirmar que sí, que aquello demandaba tiempo. Después miró a la mujer vieja y, con esa misma sonrisa, le comentó algo en su idioma. La vieja asintió con la cabeza.

Me quedé quieto y en silencio. Temí que me tomaran el pelo.

De cara al pavimento, miré hacia mi derecha, hacia el cruce de las rutas, unos cien metros allá adelante. Había un semáforo y se me ocurrió que, mucho mejor que ese lugar donde habían dispuesto su mercadería, era allá, en el cruce; que cada tanto el semáforo obligaría a que los coches se detuvieran y prestaran mayor atención a los arcos, las flechas, las lechuzas y las figuras en barro de indias sentadas. A punto estuve de sugerirlo, pero la cara de Julio Zalazar, la expresión ensimismada sobre su producción, me persuadieron. Lo vi darle forma a un arco, mucho más diestro que la india joven con las flechas.

—Hace calor —dije. Había intentado reprimir el comentario. Era estúpido. Pero tampoco soportaba que él y las dos mujeres se hicieran los indiferentes.

Largué un resoplido, cosa de establecer mi malestar; miré a Julio Zalazar y, con lo que me quedó de aire, propuse dejar la charla para después, que tal vez por la tardecita, con el sol un punto menos escandaloso y en un ámbito más apropiado, podríamos charlar mejor.

Di un paso largo en dirección a mi moto —en aquella época me movía en una Honda Bizz, fea pero noble—y él dejó el arco (sobre el cual aún quedaban unos lazos de bambú sueltos como rulos) encima de un tocón. Se irguió y asintió con los ojos.

Pateé una vez y la moto no arrancó. Bajé la cabeza para la segunda patada, con más énfasis en el movimiento, y al fin la moto respondió con un bramido. Cuando alcé la cabeza vi que Zalazar sonreía. No sé por qué, pero me dio la impresión de que pretendía meterse en la ruta, como si hubiese dispuesto el cuerpo en esa dirección. Estábamos a cosa de tres metros uno del otro. Más atrás, como cayéndose de la banquina, estaban las dos indias. Iba a decirle a Zalazar que tuviera cuidado, que no se arrimara tanto a la ruta, que pasaban muchos autos, pero pensé que si él estaba, como decía, todas las mañanas hasta bien entrada la tarde en ese lugar, muy bien sabría a qué atenerse.

Entonces fue que se atravesó ese Bora y lo levantó por el aire, como si el auto limpiara la banquina.

Julio Zalazar había participado en la guerra. Aunque, más allá de la pensión estatal, no había otra cosa que lo certificara. Alguien había insinuado el fraude, que por su edad era imposible que Julio Zalazar y los otros diez indios que habían conseguido la pensión hubiesen ido a Malvinas. Esa gente, decían, en su vida salió de la provincia.

Me ofrecí para hacer la entrevista porque en el diario se venía hablando mal de mí, de lo poco que me involucraba en el trabajo.

Las indicaciones fueron precisas: que ubicara a un par de los supuestos excombatientes y que los dejara hablar.

No es fácil hacer que un indio hable, dije, pero no me llevaron el apunte.

El director del diario en persona me dio el número de Zalazar. Él fue quien me dijo que tuviera cuidado, que el tipo estaba loco; si no por excombatiente, seguro que por muerto de hambre. A medida que avanzara con las entrevistas, me iría consiguiendo el número de los demás.

Llamé a Zalazar desde el diario y no me atendió. Escribí un largo mensaje de WhatsApp y no obtuve respuesta. Como suele decirse, me clavó el visto. Probé con un audio, y el resultado fue el mismo. Tenía otras opciones, por supuesto, pero se me hacían más odiosas, suponían otro tipo de esfuerzo.

Hice el trabajo del día —editar declaraciones de un ministro, recibir a dos sindicalistas trasnochados— y me fui a casa. Hacía dos meses que vivía con mi novia en un departamento del centro. Era un departamento modesto, pero también era lo que necesitábamos entonces, un espacio que nos sirviera como trampolín a una, por llamarla de algún modo, vida mejor. Eso decía Zoe: una vida holgada y con casa grande.

Ella me avisó, esa noche, que mi teléfono sonaba. Era Zalazar.

Me dio lástima el conductor del Bora, un chofer oficial falto de sueño, desesperado por el lío en que se había metido. Las dos indias, tan silenciosas media hora atrás, ahora gritaban como poseídas, se agarraban la cabeza, se tapaban la boca, lloraban. Vi que un policía intentaba calmarlas, pero no había caso. Tuvo que aparecer un oficial de mayor rango —yo entendí que era de mayor rango— a poner orden. Qué pasa acá, dijo con un vozarrón y consiguió que al fin reinara la calma en la seccional. O algo como una calma, un vacío, un aire elástico, qué sé yo...

El llanto del conductor del Bora fue devolviendo de a poco el bochinche anterior.

Un policía me hizo una seña para que pasara a una oficina. Ese mismo policía, un muchachito con pinta de reguetonero, junto a otro que se le parecía mucho, me tomaron declaración. Preguntas al voleo, muy de rutina. Lo que más me costó fue explicarles qué hacía yo ahí, en esa parte de la ruta, lejos de mi casa y de mi trabajo, en las afueras de la ciudad. Aburrido, el más práctico de los dos me dijo que ya estaba bien, que podríamos saltearnos esa parte. Después me hicieron firmar la declaración y me dijeron que, cualquier cosa, se pondrían en contacto.

Salí de la oficina y me topé con las dos indias, que lloraban en silencio, sentadas sobre un tablón empotrado a la pared. La más joven me clavó la mirada, un segundo, quizá menos, y después volvió a mirar el piso.

Zalazar me dijo al teléfono que fuera a esa parte de la ruta, que ahí era donde trabajaba. Cuando me habló de trabajar, yo imaginé otra cosa. No sé por qué, pero que anduviera metido en esos trances —que si era o no excombatiente—, me hacía imaginarlo en un

espacio más guarecido que el borde de una ruta. Que tendría algún tipo de local comercial, quiero decir.

De los diez indios beneficiados con la pensión, él era, aparentemente, el menos problemático. A él le dicen que haga esto y lo otro y él va y lo hace, me habían dicho en el diario. Después, una vez que cobraba, se repartían la plata entre varios.

Los audios que me mandó —tres en total— estaban llenos de huecos entre una frase y la siguiente. Diez segundos, quince, de ruido ambiente. Un coche que pasa, un colectivo, el llanto o la risa de una criatura... Como si dudara, como si estuviese ocupado en otro asunto y recordara, de improviso, que estaba enviando un mensaje.

Lo más lógico, pensé después, era que estuviese en la ruta.

“Y bueno —cerraba el último audio—, venga si quiere”.

Yo no quería, pero había tenido que ir.

El teléfono sonó de madrugada. Zoe se quejaba de que lo pusiera en la mesita de luz. Decía que el teléfono emite no sé qué energía que, mientras uno duerme, trabaja sobre nuestro cerebro, que interfiere en nuestro descanso. Pero yo usaba el teléfono como despertador.

Cuando miré la pantalla leí “Indio Zalazar”. De no haber estado así, hundido en esa somnolencia, supongo que no hubiese respondido.

—¿Habla el hombre? —me preguntaron después de que dije “hola”.

Pregunté, por supuesto, que qué hombre, que quién hablaba.

—¿Me puede ayudar en el cajero?

Amanecía cuando llegué. Aunque era temprano, había gente arrimándose para hacer cola. En una hora habría un gentío.

La india joven estaba sentada sobre un cantero. Me hizo un gesto apenas perceptible con los ojos —puede que incluso no haya hecho gesto alguno— y, con la moto ya sobre la vereda y a paso de hombre, apunté hacia ella.

Verla de pulóver y campera, con tanta ropa encimada, me dio calor y algo como agobio. Era cuestión de unas horas para que el sol o por lo menos la resolana se sintieran en toda su intensidad y me imaginé el esfuerzo que demandaría quitarse esas capas de ropa.

—Voy a necesitar la contraseña —dije.

Ella me tendió entonces la tarjeta envuelta en un papel un poco ajado. Lo revisé mientras hacía la cola: unos números enclenques, escritos a birome negra. Supuse que era la caligrafía de Julio Zalazar.

Cuando me llegó el turno, la india joven —que hasta ese momento había seguido el progreso de la cola a una distancia prudencial— se ubicó a mi lado, como si supervisara los movimientos de mis dedos sobre el cajero.

—¿Saco todo? —pregunté.

Me dijo que sí con los ojos y tecleé la cifra correspondiente. Dejé veinte pesos con unos cuantos centavos en el cajero. Le entregué el dinero, la tarjeta y el ticket. Ella me agradeció —intuyo que el gesto esta vez fue de agradecimiento— y salió disparada, con una urgencia que contradecía el letargo de hacía un momento. La miré alejarse y vi, de paso, que la cola del cajero iba ganando terreno sobre la vereda.

Aproveché que estaba ahí para pagar unas cuentas y sacar lo último que me quedaba de sueldo. Después pensé en la india joven, si sería una hija o qué de Julio Zalazar.

Nuestras guerras portátiles

Mauro Libertella

La época

Nací en enero de 1983 y la Guerra de Malvinas ya era un hecho del pasado. Un acontecimiento reciente, es cierto, todavía caliente (ardía), pero de a poco el hecho se incorporaría sin remedio a los libros de Historia y pasaría a engrosar el anecdotario de ese país extraño que es el pasado. En ese abril de 1982 mi familia vivía en México, y supongo que la guerra de Malvinas era un relato impreciso que les llegaba, a cuentagotas, desde el borde más remoto del mundo; era la época previa a internet y la información era escasa, así que los acontecimientos llegaban como un rumor dramático que a la generación de mis padres (hombres y mujeres de treinta y pico de años, de cuarenta) la implicaba de una manera profunda pero borrosa. ¿Esos chicos de 18 años que temblaban de frío en Puerto Argentino eran, en rigor, su generación? ¿O su generación era la de los desaparecidos, la de los exiliados? ¿No estaban todos, a su manera, igualmente rotos?

La dedicatoria

Cursé Letras en la Universidad de Buenos Aires en los años dos mil y hubo un único libro que leímos, por diseño o por azar, en tres cátedras distintas. *Los pichiciegos*, de Rodolfo Enrique Fogwill, parecía ser en aquellos años el texto fetiche de la carrera de Letras: un libro misterioso e hipnótico, escrito, según el mito de autor que Fogwill se encargó de repetir al que se lo preguntara (y al que no), en tres noches febriles, de corrido. *Los pichiciegos* cargaba la leyenda de su sincronismo: había sido escrita de manera paralela a los hechos que narraba y resultó ser un milagro de la adivinación. Me acuerdo de estar en el pasillo de la facultad, entre carteles de agrupaciones políticas y vendedores de pan relleno ("Coma y comente, el pan que come la gente") y que se acercara un amigo con el libro en la mano. Deambulaba con la edición original, la de Ediciones de la Flor circa 1983, consciente de la envidia que despertaba ese incunable entre los que nos teníamos que conformar con la

edición más reciente, la de Interzona. Alejandro se pavoneaba con su ejemplar ajado y se me acercó y me dijo que lo que más le había gustado del libro era la dedicatoria. La recitó de memoria, impostando un poco la voz, como si fuese un poema antiguo: "A Andrés, Vera, Francisco, José y Pilar Fogwill, que habitan otra tierra, otras guerras". Sentí el impacto y nunca pude olvidar esa dedicatoria.

¿Cuáles serán nuestras guerras?

Mis padres

Le mando un mensaje a mi madre para preguntarle qué se acuerda ella de Malvinas, qué pensaban ellos de lo que pasaba estando en México. Lee el mensaje y me llama: mi madre, todavía, llama. Entonces se pone a hablar y yo me apuro a agarrar una hoja y una lapicera y anoto lo que me dice:

—Me acuerdo que yo cuando hablaba con mis viejos (era muy cara la llamada) estaba preocupada y no podía creer la diferencia de noticias entre lo que uno escuchaba y lo que ellos leían allá, en Argentina. Eran como dos idiomas. Nosotros leíamos en la prensa mexicana que Argentina se estaba a punto de rendir y ellos leían el eslogan: estamos ganando. Y después me acuerdo de alguna discusión interna que había entre los argenmex, me acuerdo discusiones con algunos a favor y otros muy en contra. Había mucha diferencia ahí. Algunos decían que eso era un disparate y otros decían que había que apoyar. También me acuerdo de que México no se expidió, se declaró neutral, no se metió con ese asunto. Pero, para mí, todo sucedió muy rápido. Viviendo afuera, mi impresión fue como si hubiera sucedido todo en una semana, y acá debe haber sido vivido como si hubieran sido años.

La obra

Una noche de primavera de 2018 fui al Teatro San Martín a ver *Campo minado*, la obra de Lola Arias sobre los veteranos de Malvinas. La obra me pegó de una manera profunda, atávica, como si hablando de la vida de esos tres argentinos y tres ingleses —excombatientes reales, que Lola Arias reclutó en un casting por donde desfilaron decenas y que, tal vez, ella haya diagnosticado como Arthur Conan Doyle hacía con sus pacientes: apenas cruzaban la puerta— estuviera hablando un poco de todos nosotros, de la historia pero también de nuestros miedos y nuestros traumas y nuestra soledad. ¿No es ese el secreto del género testimonial? De los hombres que se visten de actores durante una larga hora y media, el que produce mayor impacto es Marcelo Vallejo: su cuerpo atlético y musculoso, un cuerpo de belleza canónica enfundado en ropa deportiva, contrasta de manera brutal con lo que lleva adentro de esa armadura: una vida devastada y la felicidad irrecuperable. Vallejo quedó en *loop*, como orbitando alrededor de un planeta que no existe más. Y mientras lo miraba pensaba en mis problemitas estúpidos, en mis dramas burgueses de cartón pintado, y en cómo todos finalmente habitamos nuestras guerras portátiles. Marcelo Vallejo dijo que *Campo Minado* le hizo darse cuenta de "lo mal que estuve tanto tiempo, con esa bronca que me dio la guerra y eso que no me dejaba vivir tranquilo". Alguien que ha perdido el alma pero ha conservado el cuerpo, ¿qué es? ¿Un zombi? ¿Alguien inventó alguna palabra para describir ese escándalo?

La carpa

Siempre me gustó el centro de Buenos Aires, esas cuadras espejadas al modo francés, con avenidas anchas de construcciones de siete pisos, las diagonales, los bares, los edificios emblemáticos en las dos puntas de la Avenida de Mayo: el Congreso a la izquierda, la Casa Rosada a la derecha. Toda la decadencia y el esplendor de *altri tempi*, un Aleph metropolitano en el perímetro abarrotado de unas veinte cuadras. ¿Cuándo fue que ahí, cerca del corazón salvaje de nuestra ciudad, justo en la plaza de Mayo, con su historia trágica de bombardeos y rondas de madres que buscan a sus hijos, se instalaron con una carpa excombatientes de Malvinas, reclamando visibilidad, reclamando pensiones y reparación económica pero también una cierta forma del respeto, incluso del amor? ¿Cómo fue que erigieron esa carpa y no se fueron más? Busco en internet y aparece la noticia de

que en 2004 un grupo de veteranos instalaron una carpa verde para exigir "salud y trabajo" y ser recibidos por el presidente. Diez años después, la carpa seguía ahí. Paradojalmente, ese tiempo perdido convirtió a la carpa en un vórtice invisible: cuando algo está mucho tiempo en un lugar, de a poco dejamos de verlo. Eso es, también, vivir en una ciudad. Todo el drama y el dolor de la gente como una manera de estar juntos.

La conversación

Esa noche de septiembre de 2018 fui a ver *Campo minado* con el escritor chileno Rafael Gumucio. Bajito, de pelo enrulado, siempre con un saco sobre el que se derrama una caspa que parece nieve, Gumucio habla rápido y en un chileno cerrado, casi ininteligible. Es gracioso, algo oscuro, y siempre dice cosas interesantes. Había llegado a Buenos Aires unos días antes y cuando me escribió para juntarnos se me ocurrió que esa obra, que yo todavía no había visto pero de la que todos hablaban maravillas, le podía interesar, a él, que es un escritor esencialmente político. Cuando terminó, cruzamos al café La Ópera, el viejo bar de la esquina de Corrientes y Callao donde paraba Ricardo Piglia y que aparece en la tapa del segundo tomo de sus diarios. Pedimos una milanesa con ensalada, dos vasos de vino, y hablamos de lo que habíamos visto, todavía bajo el influjo de esa especie de hipnosis en la que la obra nos había sumergido. Cuando converso con alguien tiendo a entrevistarlo. Me sale naturalmente, incluso aunque trate de evitarlo.

ML: ¿Qué te acordás de la guerra desde Chile?

RG: No estaba en Chile durante la guerra de las Malvinas sino en Francia, entre los exiliados. Me acuerdo de que nuestros sentimientos eran ambiguos; por un lado queríamos la derrota de la dictadura argentina, por otro lado la derrota de Margaret Thatcher. Nos sorprendió el apoyo de Pinochet a Inglaterra, pero en general vimos la guerra por televisión sin entender mucho con ella.

ML: A mí lo que me pegó muy fuerte es la sensación de que Malvinas, para los que la vivieron, es algo que nunca se acaba, una especie de guerra infinita que se sigue librando en sus cabezas.

RG: Los que vivieron la guerra nunca salen de ella. Sobre todo las guerras modernas, que son tecnológicamente desproporcionadas y locas.

ML: Me pareció que *Campo minado* tiene algo muy contemporáneo en su mezcla de registros, de procedimientos, y su apego a "lo real" como marca de verosimilitud, como pacto de lectura irrompible.

RG: Creo que el de la obra es un género inevitable. Ya no creemos historias que no sean personales. La primera persona es la más natural y genuina. Por supuesto que salir de ella es una forma de sofisticación, pero el refinamiento de experiencias como la guerra no es posible.

ML: ¿Qué hubiera pasado si Argentina le ganaba al Reino Unido esa batalla? Quiero decir: ¿qué hubiera pasado con la idea de "lo argentino"?

RG: Creo que habría sido un desastre para la Argentina. El discurso nacionalista sería invencible y se habría regado por el continente. La dictadura hubiera tenido un logro y sería imposible haberla abandonado. Aunque parezca cruel, la victoria inglesa fue una buena noticia para la Argentina, que no habría llegado nunca a la democracia sin ella.

ML: ¿Y cómo sería una guerra Argentina-Chile?

RG: Sería mortal. Son dos ejércitos intensamente corruptos que quizás harían visible su miseria si se acercaran. Chile cuenta con una ventaja geográfica, pero es un país pequeño y débil. Pensándolo de manera frívola, son tantos mis amigos argentinos que estaría feliz de ser un escritor argentino.

Luego pedimos la cuenta (pagó Gumucio) y nos perdimos por una avenida Corrientes mal iluminada, esquivando fantasmas.

La cita

Ricardo Piglia frecuentó el café La Ópera sobre todo en los años setenta. Era su base de operaciones, su oficina, su lugar para estar. Ahí, en cuadernos negros (llegó a acumular 371), escribía a mano sus diarios. En una entrada del 1965, anotó: "Vietnam es para nosotros lo que fue para mi padre la Guerra Civil Española. Un combate donde está en juego algo más que el resultado inmediato".

¿Todas las generaciones tienen su guerra?, me pregunto una vez más. ¿Cuál será la guerra de mi generación, la de aquellos que nacimos justo después de Malvinas?

El gol

Hay quienes dicen que la guerra de Malvinas terminó con los dos goles de Maradona a los ingleses, en la Copa del Mundo de México 86; un final simbólico, una restitución imposible, a destiempo y desigual. La sentencia es absurda, por supuesto, pero no deja de ser hermosa. Como si algo así pudiera ocurrir. Juan Villoro apuntó que "burlar a media selección inglesa en el primer partido después de la Guerra de Malvinas tiene que ver no solo con una hazaña deportiva sino con una condición política, mítica, extraordinaria". El que quedó en *loop* luego de ese partido, el Marcelo Vallejo del Argentina 2-Inglaterra 1 fue Peter Shilton, el arquero inglés. A veces los problemas nacionales se confunden con los de las personas, y Shilton se tomó el gol de Maradona con la mano como una injuria personal. Cuando Maradona murió, Shilton dijo "no lo perdono". Y es lícito suponer que ese hombre vive con ese partido todos los días y todas las noches; Maradona apila jugadores y surca el césped del Estadio Azteca en sus sueños, en sus pesadillas, pero también cuando maneja el auto, cuando sale a correr, cuando trata de leer un libro; un partido de hace 30 años como una cadena perpetua. Así son las obsesiones, así de terribles y persistentes y siempre desubicadas. Peter Shilton es un veterano de esa guerra y montó una carpa verde, una enorme carpa mental en la puerta de la casa de Maradona y él también reclamó una compensación simbólica, un pedido de disculpas, un poco de amor.

El mensaje

Ahora sí, mi madre me manda un mensaje. No hace falta llamarme porque lo que quiere agregar a su "Me Acuerdo" de Malvinas es breve, una especie de apostilla o coda que podría contener una verdad privada, de entre casa, pero muy profunda: "Lo que sí es que vos fuiste concebido durante la guerra de Malvinas". Dejo el teléfono en la mesa y me quedo pensando en qué significará eso, qué lugar darle a esa información, hasta ahora incógnita para mí, en mi propia autobiografía, que todos los días está cambiando.

Los títulos

Fogwill escribió *Los libros de la guerra*. Cozarinsky filmó *La guerra de un solo hombre*. Michael Ondaatje escribió *Luz de guerra*. Lugones escribió *La guerra gaucha*. Vargas Llosa escribió *La guerra del fin del mundo*. Bioy Casares escribió *Diario de la guerra del cerdo*. Welles escribió *La guerra de los mundos*. Tolstoi, *La guerra y la paz*. Unamuno, *Paz en la guerra*. Zurita, *Cuadernos de guerra*. Martín Kohan, *El país de la guerra*. Leila Guerriero, *La otra guerra*.

El concierto

En ese aciago 1982, Charly García presentó *Yendo de la cama al living* en la cancha de Ferro. Era la primera vez que un músico argentino tocaba en un estadio de fútbol, y el recital fue emblemático por muchas razones. *Yendo de la cama al living* era un disco perfecto, el primero de una trilogía que Charly nunca superaría, y el país flotaba en un clima raro, de inminencia. En ese contexto, García tocó en Ferro para veinticinco mil personas y le encargó la escenografía a Renata Schussheim, que montó una ciudad de cartón que fue destrozada

por los fuegos artificiales que emulaban bombas, durante la última canción de la lista, *No bombardeen Buenos Aires*. Dichosos aquellos que estuvieron ahí. Apenas hacía cuatro meses había terminado la guerra de Malvinas y Charly les pedía a los ingleses que no bombardearan Barrio Norte. Quizás esas explosiones de utilería, en la noche cerrada de un estadio de Buenos Aires, fueron el chasquido de un cambio de época, la música de un final.

El final

El último censo dice que en las Islas Malvinas viven 2840 personas. Es de una precisión quirúrgica, porque así son los pueblos chicos. ¿Se conocen todos? ¿Cada quien sabe los secretos, las miserias y la felicidad de los otros? Supongo que sí. 2840 no es tanta gente, aunque a lo largo de una vida uno llega a conocer en profundidad apenas a cuatro o cinco personas. Dicen los que fueron que el aire es de una transparencia brutal, casi insoportable, y que los que viven ahí viven entre fantasmas. Recorro las calles a través de Google Street View y es como deambular por el escenario de una película de suspenso. En realidad, es como el escenario de una película que ya se filmó y las casas y los bares fueran pedazos de cartón arrumbados en un enorme galpón. Debe ser como vivir en el pueblo de la película *The Truman Show*.

Me imagino ahora a alguien que sale a caminar bien temprano a la mañana, un día de otoño. El viento lo envuelve con furia y parece como si se lo fuera a tragar. Al frente, el mar inmenso y helado, que disuelve el ego y lo relativiza todo; atrás, la ciudad pequeña y en silencio, con sus casitas de madera y su rémora de salón de té inglés. ¿En qué piensa esa persona? ¿Piensa en la guerra, la guerra sigue ahí todos los días, todas las horas, como un holograma maldito en las calles de Puerto Argentino, o el fuerte viento disolvió también ese pasado hasta hacerlo desaparecer?

¿Y si esa persona tiene mi edad?

Entonces cumplirá ahora treinta y nueve años, uno menos que la guerra, y pronto llegará a los cuarenta, la mitad de la vida, según Dante. La guerra para él será también, entonces,

un hecho de ese país remoto que es pasado, algo que sucedió meses antes de su nacimiento, en esa costa que ahora mira con los ojos puros y limpios de la mañana, y sigue caminando.

Las chicas del 63

Mónica Yemayel

Las chicas leíamos novelas rosas. De Corín Tellado y Carlos Santander. Aunque las de Santander no eran fáciles de conseguir, salían más caras y no se cambiaban en los quioscos de diarios y revistas en un trueque de dos por uno. Durante los años de aquella adolescencia fuerte y dócil, las chicas nacidas en el 63 en suburbios alejados del centro de Buenos Aires, leíamos historias de amor que siempre terminaban bien. Es posible que las de Santander tuvieran tramas un poco más complejas, con personajes que podían dudar; en algún momento, algo o alguien entraba en escena para mostrarles otra realidad posible, para que tuviesen la chance de preguntarse por qué, o por qué no, o cómo es que habían llegado hasta allí, qué recordaban, qué no, qué olvidos habían olvidado. Pero estos pensamientos imprecisos son del presente, del invierno de 2021. No de aquel tiempo pasado.

Cuarenta años atrás, los días transcurrían monótonos y disciplinados en itinerarios que no sobrepasaban un radio de diez manzanas: colegio, capilla, club, cine de barrio, la panchería en la calle principal, la casa propia y de amigas, los chicos, los diarios íntimos. Una manada vital e ignorante que ni siquiera era consciente de la información que desconocía, una ingenuidad alarmante que suponía que más allá de esas diez manzanas conocidas todo era igual, que la vida se repetía del mismo modo, de diez manzanas en diez. El centro estaba a una distancia imposible, veintisiete kilómetros, un lugar remoto al que se llegaba en tren. Todas queríamos cumplir los quince para que nos dejaran viajar solas; algunas teníamos que esperar más.

Las chicas nos enamorábamos de los chicos más grandes. El mundial del 78 fue la excusa perfecta que las de tercer año aprovechamos para acercarnos a los de cuarto y quinto, para conseguir que esos chicos que nos llevaban uno o dos años nos tuviesen en cuenta a la hora de besar. Los noventa minutos de los partidos con sus antes y después eran puntos de encuentro que disimulaban cualquier diferencia de edad, el mundial actuaba como un velo que hacía de todo algo insignificante. El tren se llenaba, los andenes se colmaban para salir a festejar rumbo al obelisco, un revoltijo de cuerpos apretados, mongómeris forrados con lana enrulada de corderito para aplacar el frío de junio, banderas, escarapelas y cornetas con el sonido inolvidable del mugido de una vaca.

R estaba en cuarto año, tenía ojos como gemas de lapislázuli y fue mi héroe mucho antes de ser un excombatiente de la guerra de Malvinas. Un día resbalé en las escalinatas de

mármol del colegio y él me sostuvo para que no me cayera. Desde ese día R significó la ilusión. Las chicas nacidas en el 63 nos sosteníamos en ilusiones de amor para no caer y como leíamos novelas rosa podíamos escribir postales románticas que casi nunca llegábamos a entregar. R inspiró muchas cuando el tiempo por delante todavía era infinito, cuando no podíamos sospechar que un chico como él, clase 62, podía entrar a la conscripción, una semana después estallar una guerra, ser un tripulante improvisado en el crucero General Belgrano; cuando solo podíamos ver en el mar nada más que el mar. Y un futuro igual de inabarcable, azul y profundo.

Para R escribí: "Apareció de la nada una noche de verano. El jardín estaba iluminado con focos amarillos y la luna. Apenas se movían las ramas. Vi el césped húmedo cubierto de rocío. Qué ganas de tumbarse, de inhalar apoyando la frente el olor del gramillón. Era diciembre. Algunos bailaban abrazados. Otros conversaban. Había bebidas frescas sobre las mesas y arriba un par de nubes quietas. Fue cuando bajé la vista del cielo que lo vi. Fue un sacudón. Un golpe de aire. La fiesta era para amigos íntimos. Entonces, qué hacía él allí. Llegó solo. Vi a la dueña de casa abriéndole el portón de madera que daba a la calle y a él cerrándolo tras de sí. Se movía lento. Caminó acercándose a los demás. Un desconocido soberbio que avanzaba por el sendero de lajas como el dueño de la tierra. Veinte centímetros más alto que el resto. Veinte veces más irreal. La ropa clara, los ojos lanzados, una melena ofensiva. Lo vi enfrente de mí, a diez metros, apenas iluminado. Hacía calor. Lo vi hablar, a cinco metros, y pensé en hojas de menta. Cuando se acercó más, tomé las medidas de su boca. Bailamos juntos un rato. Olía a vapor de ducha. O al mar. Olía a noche de verano. Él era la noche de verano".

Los seres humanos somos capaces de percibir cuatrocientos aromas diferentes. A veces pienso si R habrá sentido un olor que jamás conoceremos quienes no hayamos estado en el frente de batalla de una guerra; me pregunto qué olor habrá sentido el primer día en que se puso el uniforme de conscripto, qué olió cuando embarcó en el General Belgrano sin saber nada de armas ni de barcos ni de aviones, qué olió en el primer desayuno a bordo, cuál era el olor en el preciso momento que impactaron los torpedos, me pregunto cuál será el olor de la guerra. A veces pienso en las fragancias que R inspiró cuando escribí aquella postal de adolescencia, menta, césped, mar, vapor de ducha, el aroma de una noche de verano. Y después, el vuelco repentino y absoluto. Pienso en aquello que fue y en lo que pudo haber sido; en lo que se perdió entre el tiempo de la fragancia dulce y el olor de la guerra; en el extravío de aquel futuro inabarcable, azul y profundo. Pienso en cómo pasó, cómo pudo haber pasado.

Cuando el 2 de abril de 1982 se anunció el desembarco argentino en Malvinas, el tren y el andén volvieron a estar repletos de gente que quería llegar a la Plaza de Mayo para agitar sus banderas que ocupaban todo el horizonte en la estación. Las fotografías de la multitud aparecieron al día siguiente en los medios resaltando el dato como si fuera un certificado que habilitaba una obra en construcción. *Clarín* eligió el título "Euforia popular por la recuperación de las islas" para mostrar al General Galtieri saludando desde el balcón de la casa rosada al gentío que se unía para expresar un consentimiento que no parecía exigir ninguna reflexión.

Muchas de las chicas nacidas en el 63 ya estudiábamos o teníamos un trabajo en el centro y viajábamos todos los días en tren. Muchas hacíamos planes de casamiento antes de cumplir los veinte años. Estábamos educadas para los amores tempranos, historias que a diferencia de las novelas rosas no siempre tenían final feliz. La algarabía por la recuperación de las islas sonaba en los vagones y en todos lados y llegaba como un eco disonante, un presente improbable que se imponía como un destino o un delirio que ya estaba escrito. No había vuelto a ver a R y era poco lo que sabía de mis antiguos compañeros de secundario. No temí por ellos aquel 2 de abril. Creí que la guerra era un trabajo de soldados que habían elegido trabajar de soldados, que eran entrenados y cobraban un salario y tenían privilegios por ser soldados. Sabía de eso porque mi padre era un gendarme retirado. Creí que el resto no tenía por qué temer. Que estaba a salvo.

Los quioscos se llenaron de números especiales de diarios y revistas. No alcanzaban las cuerdas en las que se colgaban con broches para tender la ropa; se superponían los ejemplares, unos con otros, en un resplandor enceguecedor de titulares épicos. Ese mismo 2 de abril, el diario *La Prensa* decía: "Por primera vez en muchos años, un gobierno argentino hace algo, y además lo hace bien... decidió ayer recuperar las Malvinas tras ciento cincuenta años de usurpación británica. Adoptó la determinación en el momento justo y condiciones adecuadas...". La revista femenina *Para Ti* publicaba: "Detrás de estos hombres, estas mujeres", con fotografías de Lucía Noemí Gentile de Galtieri, Mercedes Robirosa de Costa Méndez y Patricia Cox de Haig; las mujeres detrás del presidente argentino durante la dictadura cívico-militar, el ministro argentino de relaciones exteriores y el secretario de estado norteamericano. Los chicos leían en *Billiken* historietas de guerra; misiles argentinos derribaban avioncitos ingleses, bombas patrias abatían los cuerpos dibujados del enemigo y en las viñetas podía verse al general Menéndez dictándole a un soldado un mensaje dirigido a la Casa de Gobierno: "Transmita mi saludo a nuestro comandante Galtieri y dígale que todo está bien y sin problemas. ¡Viva la Patria!".

El 15 de abril, *Gente* publicaba una fotografía a doble página de la Plaza de Mayo bajo el título "Esta vez la Plaza fue de todos", aludiendo a las doscientas mil personas reunidas el sábado 10. En el epígrafe se leía: "No fue la marcha de unos contra otros... y fue para pedir que no se vuelva atrás...". Ese día se cantaron algunas consignas que no se mencionaron en la nota como "Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura"; "Galtieri, Galtieri, prestá mucha atención, Malvinas argentinas y el pueblo de Perón". Vi a mi padre emocionarse mirando las imágenes por televisión. Vi a mi madre almidonando su uniforme de empleada pública. Me vi caminando hacia la estación del tren con la sensación de ser parte de una película; no podía ser cierto que chicos de mi edad fueran enviados a una guerra contra una potencia mundial, no podía ser cierto que tuvieran que arriesgar sus vidas, que tuvieran que morir por unas tierras que no eran parte de los sueños de futuro de nadie que yo conociera; en las que nadie, a los veinte años, soñaba con vivir. No era el futuro que había elegido R, no era su vocación. Me pregunté si había una vocación de héroe, si se nacía con algo así adentro del cuerpo. Me pregunté cuántos de los obligados a cumplir con el servicio militar, clases 61, 62 y 63 la tendrían, y cuántos otros tendrían que reprimir el instinto de huir y ser en lugar de un héroe un desertor. Esa noche al volver del trabajo, sentados a la mesa frente a la televisión, se lo pregunté a mi padre. Y no respondió.

El 2 de mayo a las 16:01 horas, el crucero General Belgrano (ARA, Armada República Argentina; 180 metros de eslora, 18 de manga, 12,8 de puntal y 2,85 de calado medio; 75 cañones; capacidad para transportar aviones; tripulación de 975 a 1.100 hombres; 8 calderas Babcok y Wilcox Express; Turbinas Westinghouse de cuatro hélices; combustible fuel-oil; velocidad 32,5 nudos; radio de acción, 7.600 millas) fue torpedeado y hundido por el Submarino Atómico HMS Conqueror, cuando se encontraba a 35 millas náuticas al sur del límite de exclusión impuesto por la Corona Británica. Trescientos veinte y tres hombres murieron en el ataque llevándose consigo un olor a guerra del que jamás sabremos.

La tapa de *Gente* del 6 de mayo decía "Estamos ganando", cuando aún los ingleses no habían desembarcado en las islas y el crucero General Belgrano ya había sido hundido; en la primera página, la editorial se titulaba: "Crecer de golpe" y pintaba el clima de época: "Es cierto. La guerra del Atlántico empezó, para una gran mayoría de argentinos, como un mundial de fútbol... pareció que para ese desfile bullanguero era lo mismo una patada en el tobillo de Passarella que un misil —y los muertos que deja un misil— en la línea de flotación de un barco. Sin embargo... los eslóganes triunfalistas se trocaron en evaluaciones serenas sobre todo después del 'sangre, sudor y lágrimas' que —con otras palabras y a su modo— planteó el presidente Galtieri por televisión. La adolescencia empezó el 2 de abril.

La responsabilidad el 1 de mayo a las 4:40, cuando la primera bala de un avión enemigo se clavó en la pista de Malvinas".

Las chicas del 63, casi todas, íbamos a misa y formábamos parte de grupos que cantaban y tocaban la guitarra los domingos, organizaban colectas, retiros espirituales. No recuerdo el tono con el que se hablaba de la guerra mientras duró, seguramente se rezaría por los que estaban en el frente de batalla. En cambio recuerdo el silencio, la rápida instalación del silencio que siguió después. El 9 de mayo, la tapa de la revista religiosa *Esquiú* mostraba un mapa de argentina envuelto por un rosario y la cruz posada sobre las islas, "Tenemos un arma poderosa. Fuerza, Argentina". En la sección de Cartas de Lectores, una creyente se permitía dudar de que Dios estuviese de acuerdo con la guerra: "Siento una gran tristeza por comprobar que se han comportado como cualquier otro periódico. Ustedes no pueden ignorar o pretender ignorar que la recuperación de las Malvinas fue hecha a destiempo para el sacrificado pueblo argentino, aunque sí muy a tiempo para un gobierno tambaleante. No creo que Dios esté de acuerdo". La respuesta del editor ejercitaba el aleccionamiento: "Tiene razón, todo el periodismo nacional estuvo de acuerdo. Siguiendo su criterio también Santiago de Liniers se decidió a repeler la invasión inglesa a destiempo. Según usted habría que esperar que aumentara el nivel de ocupación, el poder adquisitivo de la población, que bajara el dólar, y el producto interno subiera lo suficiente para decidirnos, por fin, a defender la dignidad nacional. Quién le dijo que Dios no está de acuerdo".

Los viajes en tren y las cosas de la vida transcurrieron durante los setenta y cuatro días de guerra en una inercia distante; tras esos primeros días celebratorios, las batallas y las muertes se veían desde Buenos Aires como detrás de un tul, sin que nadie pareciera interesado en descorrerlo para ver con más claridad. El 20 de mayo, *Gente* titulaba en tapa: "Vamos a atacar"; en el interior, a doble página, Pinky y Cacho Fontana posaban recostados en un sofá; habían conducido, según la revista, el "programa más inolvidable de la televisión argentina: Las 24 horas de las Malvinas. Un milagro de solidaridad donde se recaudaron más de veintitrés mil millones de pesos, joyas, recuerdos valiosos y mucha emoción". La nota dejaba flotando la sospecha de un nuevo amor, matices románticos que parecían extraídos de novelas rosa. Todos los televisores encendidos, los vecinos comentando en la vereda. Mi madre, lectora de Corín Tellado, no perdía la ocasión para sacar el tema del posible romance. Mi padre prefería analizar la pertinencia de donar o no donar algo de lo poco que se tenía, dinero, ropa, comida, colchones. La urgencia, la generosidad, la culpa gobernaban las emociones; quién podía detenerse a pensar que la ropa, la comida, los colchones tenían que ser especiales para resistir la furia de la nieve y el

viento y las temperaturas gélidas en Malvinas. Nadie parecía detenerse a pensar casi en nada.

Imposible saber cuánto tiempo persistió el impacto emotivo del programa de Pinky y Cacho Fontana en la sensibilidad de los argentinos. Porque todo parecía seguir tan igual, tan preocupados por las cosas de siempre. En nota central de esa misma revista, se leía: "Ministro Alemann: ¿vamos a poder pagar las deudas?". El titular de economía llegaba de un viaje en el que se había reunido con cuarenta y cuatro banqueros de nueve países europeos y con 1395 banqueros de Canadá, Estados Unidos y Japón. "Al final estuvo un día en Nueva York en lo que él llamó 'la última puntada de mi gira de esclarecimiento'. Acusó a la desinformación como una formidable arma del enemigo. Habló de inflación, deudas, Fondo Monetario Internacional y confianza del mundo financiero exterior". Cuando el periodista le preguntó si Malvinas había incrementado la deuda externa, Alemann respondió: "Para nada. La ha disminuido" (años después, en el Cuaderno N° 36 de *Crisis*, se publicaría que la guerra costó U$S 1678 millones). A continuación, cuando el periodista quiso saber cómo estaba el saldo de la balanza de pagos, Alemann dijo: "Este año tenemos la segunda cosecha más importante de la historia". Y cuando fue interrogado por las reservas contestó: "Ese es un secreto de guerra".

En ese mismo número, Fernando de la Rúa, entonces exsenador nacional ratificaba el consentimiento de los representantes de la democracia: "El radicalismo —junto a los demás partidos y sectores— expresó su solidaridad porque la recuperación de las Malvinas es una causa nacional. Cuando termine la guerra habrá que afrontar la injusticia indignante de la pobreza, reactivar la producción nacional y la economía".

El 3 de junio, la tapa de *Gente* era ya la de soldados cuerpo a tierra sobre el hielo y en el horizonte el humo de las bombas. El título, "La gran batalla. El desenlace está cerca". El 8 de junio, *Revista 10* titulaba "No pasarán". En el interior, una nota sobre "Los veteranos de 18 años", les auguraba un destino próspero: "Ya no son como antes. Ahora son mejores. Y cuando vuelvan del frente van a constituirse en un motor del gran cambio argentino". Un pronóstico desacertado; en las antípodas del desinterés social y la tibieza y lentitud con que el Estado —especialmente en los 80 y 90— respondió a sus demandas económicas y simbólicas. En todo comienzo suele haber una señal de lo que vendrá. Y muchos de los conscriptos supieron el día que regresaron de Malvinas que tendrían que esperar. Un grupo que llegó a Buenos Aires a la misma hora que estaba jugando la selección argentina de fútbol tuvo que aguardar a que terminara el partido para que los recibieran formalmente y luego salieran los micros que los llevarían hacia sus casas; algunos, cansados de esperar, se

decidían a tomar un taxi o un colectivo, algunos conductores les cobraban el viaje, otros no, algunos los miraban como si fueran visitantes de otro mundo. Tal vez ellos se sintieran así: visitantes de otro mundo. Desconectados de un Buenos Aires que los miraba, que los había mirado durante setenta y cuatro días como detrás de un tul.

El 17 de junio, la tapa de *Gente* titulaba "Las dramáticas fotos de la batalla final". El cable de Dyn del día 15 daba cuenta del acta firmada en la noche del 14 para sellar la rendición. Camillas con heridos, prisioneros de guerra, los rostros en primer plano de los sobrevivientes y una lista de motivos que intentaban justificar la derrota y revelaban la superioridad del enemigo como una primicia de la que nadie había tenido antes noticia. Era el comienzo de un giro camaleónico que no contemplaba el asumir ninguna responsabilidad. Medios, partidos políticos, iglesia, sociedad civil, todos los que habían dado su apoyo incondicional a la acción militar parecían sorprendidos del desenlace.

El ánimo sobrevolaba al fútbol, un espejo prístino de la emotividad nacional. El mundial 82 había comenzado a jugarse en España y el corresponsal de *Gente* escribía sobre la derrota de Argentina ante Bélgica. "Era algo más que un partido de fútbol. La única estrategia posible era salir motivados no por la pizarra, sino por los comunicados de guerra. ¿Acaso abril, mayo y junio no los habían alimentado con la más grande motivación para saber cómo debía jugar un argentino en el mundo? No sucedió así. Opacos, desangelados, ajenos, tuvieron más miedo del que debían tener, se autocolonizaron, miraron el césped, no el horizonte".

El 24 de junio la tapa de *La Semana* mostraba a un sobreviviente con un brazo amputado: "Estamos con bronca y dolor. Dio la vida por el país y no puede elegir presidente". En las páginas interiores, más torsiones. "Frío, desnutrición, impotencia y heroísmo. Se pudo haber peleado mejor". Y más adelante, ensayaban una ficción: "Los ocho comunicados que faltaron". La nota comenzaba diciendo: "No son reales, pero hablan de una realidad. Debieron ser escritos, leídos y escuchados para que la parquedad informativa no cayera en la desinformación. Para no pasar de la euforia ganadora a la dura realidad de una capitulación". Los comunicados ensayaban la verdad que se había ocultado, la superioridad en número de hombres y técnica de los ingleses, en la alimentación, en los trajes térmicos, y en las tiendas de campañas preparadas para soportar la nieve, el viento y las temperaturas de entre 10 y 12 grados bajo cero, hablaban de todo lo que los argentinos no habían tenido, de lo que R no había tenido. Pienso en eso ahora, no antes, no mientras comíamos y bebíamos y salíamos a bailar, mientras hacíamos planes sin límites, sin pensar en los

insospechados y oscuros límites que de pronto cercaban las vidas de aquellos que se habían convertido en las piezas de un juego de guerra atroz.

Las páginas comenzaron a llenarse con la voz de los sobrevivientes. Aunque luego se sabría que se los aleccionaba para silenciar toda información y juicio de valor contrario a lo que exigía el relato épico patrio. En ese mismo número de *La Semana*, la nota titulada "La batalla según ellos" exponía testimonios críticos, aunque siempre reverberaba el orgullo por el sacrificio realizado; confirmaban la superioridad abrumadora del enemigo en todo pero "por lo demás peleamos de igual a igual", decían. Y decían también: "Estábamos en estado de tensión permanente, actuábamos como hipnotizados; los tiros eran una lluvia, las órdenes eran gritos, no se veía nada y el viento nos congelaba las narices; acurrucados unos contra otros, con los pies en el barro y la escarcha, con el cuerpo calado por la humedad y el viento, fumábamos los últimos cigarrillos que nos quedaban y agradecíamos a Dios el estar con vida".

El velo se iba descorriendo, aparecían sospechas y constataciones de engaños. Se publicaban pinceladas de verdad como un camuflaje al ocultamiento sistemático de errores, omisiones, delitos y culpas que tardarían décadas en revelarse. El 15 de julio, en la tapa de *Gente* apareció el retrato de un chico de siete años que había donado un chocolate con una carta guardada dentro del envoltorio para que le llegara a un soldado; pero un médico compró ese chocolate en un quiosco de Comodoro Rivadavia y al encontrar el mensaje escribió a la familia: "Nos han engañado y usado. Nuestros soldados pasaron hambre y volvieron desnutridos mientras quienes debieron protegerlos y guiarlos comercializaban lo que su familia, la mía y miles de familias enviábamos para ellos". La nota era una investigación sobre las donaciones que nunca llegaron a Malvinas. Con los archivos de guerra que fueron desclasificados en 2015, se hizo pública una fotografía de un soldado que fue atendido por la Cruz Roja en el buque hospital Bahía Paraíso, el 6 de junio. Había llegado hasta allí sin autorización oficial atravesando de noche un campo minado; la fotografía tomada por el médico que lo atendió y que jamás se había atrevido a revelar, muestra al conscripto completamente desnudo: el peso, 34 kilogramos.

"Setenta y cuatro días que conmovieron al mundo" fue una publicación de ESP (Editorial de Suplementos Periodísticos) impresa en julio de 1982. El cuadro titulado "La realidad" comparaba las fuerzas de uno y otro país. El listado de armamentos era la constatación del abismo: los ingleses superando en tanques, submarinos, helicópteros, bombarderos y cazas, cuatro, ocho, diez veces a los argentinos. El cuadro mostraba la realidad de los números sin asumirlos en el relato; la conclusión hacía un recuento de las "averías graves" que había

sufrido el enemigo y detallaba como un logro mayúsculo que una parte de la flota inglesa estuviera siendo reparada en astilleros de Estados Unidos. El recuento de bajas se concentraba en barcos, aviones, en cosas materiales de la guerra. De los hombres ni una palabra. No había número ni lista de muertos, desaparecidos, heridos, sobrevivientes que regresaron con partes del cuerpo amputadas.

Tampoco hubo después, en los años que siguieron, demasiada información sobre los suicidios que ocurrieron en los tiempos de posguerra. Según una nota de *Chequeado.com* de junio de 2019, el Ejército registra 38 casos, la Armada 14 y la Fuerza Aérea dice no contar con datos. Sin embargo, la Federación de Veteranos de Guerra calcula 500 suicidios. Fueron a Malvinas veintitrés mil combatientes: 10600 de Armada, 10300 de Ejército, 2300 de Fuerza Aérea, 200 efectivos de Gendarmería y Prefectura. 649 no regresaron con vida. Casi la mitad murió en el hundimiento del crucero General Belgrano. Las bajas británicas fueron 255; murieron también tres civiles isleños.

La guerra fue desdibujándose. Estratégicamente desdibujada, su horror quedó traspapelado entre los crímenes y horrores de la dictadura. Y con la guerra también los que regresaron con vida. Siempre estarían llegando nuevas urgencias políticas y económicas que harían de Malvinas la "guerra olvidada". Algunos de los hombres que estuvieron allí se atreven recién ahora a dar su versión. En "Nada por lo que matar o morir", una charla TEDxBariloche de diciembre de 2017, un excombatiente condensa en veinte minutos los setenta y cuatro días de Malvinas. No sobra una palabra. Es marzo de 1982, tiene 18 años, ingresa al servicio militar obligatorio, una semana después le dan permiso para rendir el examen de ingreso a la facultad, a los pocos días otro permiso es para que pueda despedirse de su familia, ya es abril y su destino Malvinas, no sabe de armas ni de aviones, su primer disparo en el campo de batalla es contra un avión argentino, en las noches gatilla a ciegas sin saber si quien se mueve enfrente es un compañero o un enemigo, duerme en pozos, tiene frío, la última noche la balacera es infernal, no hay esperanza de sobrevivir, se acurruca en una trinchera, encuentra una lata de dulce de membrillo azucarado, piensa en las tortas de su madre, come todo el dulce, no deja nada, se salva, regresa con 16 kilos menos, en los aniversarios de Malvinas escucha discursos y promesas, por años no podrá probar el dulce de membrillo, por años no podrá decir que él no eligió ir a la guerra, por años no podrá decir que él no es un héroe, que él no enviaría a su hijo a la guerra, piensa en suicidarse, se enamora, se casa, es padre de mellizas, aprende a decir: no soy un héroe y entonces, recién entonces, es capaz de sentir el dolor.

No sé cuándo comencé a ver a los excombatientes pidiendo ayuda en los vagones. Pero es seguro que en agosto de 1995 ya lo hacían; un ejemplar de esa fecha de *Gaucho Rivero*, el periódico mensual publicado por excombatientes, muestra una fotografía de cinco de ellos posando abrazados en el vagón de un tren, cuando todavía los trenes eran amarillos con franjas rojas. "Uno de los tantos grupos de veteranos de guerra que subsisten gracias a la venta ambulante", decía la nota. Repartían almanaques, señaladores, poesías, a cambio de una colaboración. Mientras caminaban por los pasillos dejando las ofertas sobre los apoyabrazos de los asientos, hablaban de la guerra, del sinvivir en el que transcurrían sus días, de su regreso sin gloria. Nada había de aquel destino próspero que les auguraban ser "un motor del gran cambio argentino".

Igual que antes, se los veía como detrás de un tul. Un olvido traído al presente y a la fuerza por almanaques y señaladores con la imagen de las islas. Pienso ahora en los miles de viajes en que los habré cruzado y en las ínfimas ocasiones en que me detuve a escucharlos, que me interesó saber qué necesitaban decir. Las veces que los miré a los ojos creo que buscaba las gemas lapislázuli de R. Solo prestaba atención si alguno era muy alto, veinte centímetros más alto que el resto. Y si no había asientos y tenía que viajar de pie, intentaba sentir la estela que desprendían al pasar cerca. Y pensaba en R y en los aromas que yo guardaba estrictamente en mi memoria para él. Pero salvo ese acercamiento egoísta fui tan indolente como el resto de los pasajeros que en su inmensa mayoría despreciaba de igual modo almanaques, poesías, diarios y las cosas que decían, que necesitaban decir. Éramos en esos vagones, año tras año, la muestra exacta de la indiferencia que denunciaban, éramos la razón de su decepción sin medida. Una decepción que jamás cesó y sigue emergiendo como un himno doliente en cada aniversario, en esos momentos intermitentes en que se decide darles la palabra.

El 10 de junio de 2021, Día de la Afirmación de los Derechos Argentinos sobre las Malvinas, Islas y Sector Antártico, los discursos oficiales enhebraron las palabras "patria", "soberanía", "gesta", "honor", "héroes". Los excombatientes pidieron algo concreto: ser convocados para contar su realidad sobre Malvinas. En una nota publicada por *Infobae* el 12 de junio, el testimonio de un excombatiente decía: "Es mucho lo que se ha hecho, pero es mucho más lo que falta por hacer y no me refiero a las cuestiones económicas en discusión en estos momentos. Los veteranos más jóvenes en 1982 hoy promediamos los sesenta años, aún estamos lúcidos y con ganas de ser convocados desde el Estado para narrar nuestras experiencias y de esa manera poder legar nuestro testimonio. Vemos con tristeza que solo algún general y un par de exsoldados son las caras normalmente visibles de la guerra y sus

dichos son tomados como verdad revelada. Cada veterano tiene un pedacito de historia, cada uno tiene algo valioso para aportar y eso no se está haciendo”.

Las chicas nacidas en el 63 hoy promediamos, como ellos, los sesenta años. De aquellos tiempos de secundario me queda una amiga íntima. Sé por ella que algunos siguieron reuniéndose cada tanto. Sé por ella que no se hablaba en esas reuniones de los que no habían vuelto de Malvinas; no sabe si era por respeto, miedo, tristeza, desinterés. Sé por ella que los que habían regresado no iban a esas reuniones que se hacían en diciembre, a la luz de la luna en jardines con aroma a menta; no se atreve a arriesgar un motivo que explique esas ausencias. Yo jamás fui. Supongo que por cobardía, por mi tozudez absurda de mantener vigente la postal dedicada a R, para sellar con la imagen escrita de esa noche el recuerdo adolescente de una perfecta ilusión.

Quizás una guerra no termine nunca. Las historias siguen pidiendo ser contadas. Como si a muchos de los excombatientes aún les faltara terminar de llegar, como si nos faltara terminar de recibirlos, como si nos faltara asumir la responsabilidad por haber olvidado lo inolvidable, como si faltara dejar de temerle a la complejidad del asunto que aún sigue inconcluso, para que aquellos que no tuvieron la oportunidad de elegir, los que siguen preguntándose por qué, cómo pasó, cómo dejamos que pasara, puedan sentir que el horror que trasmutó sus vidas es, por fin, reconocido. Para que tal vez puedan volver a ver en el mar solo un mar, inabarcable, azul y profundo.

Fragmentos de un relato imposible

María Teresa Andruetto

En cada historia que cuento llega un punto en el que ya no puedo ver más allá. Odio ese punto. Es por lo que llaman ciegos a los narradores.

ANNE CARSON

1

Mi padre no quería tener otro hijo y mi madre sí. El asunto venía de lejos, el padre de mi papá murió en Stalingrado y el mío estuvo en el frente yugoslavo durante la otra guerra; no tenía más familia que su madre y cuando volvió se encontró con que había muerto. En fin, ya se sabe, una guerra es una guerra, y eso es algo de lo que ya he hablado suficiente. Por eso decidió venir a América, inventarse otra vida. Poco antes de embarcar, fue a ver a una quiromante y la quiromante le dijo que iba a cruzar el mar, que se iba a enamorar de una mujer hermosa y llena de caprichos (¡mi madre!) pero que tuviera mucho cuidado de embarazarla, porque de tener un varón, lo iban a arrastrar a una nueva guerra.

Creer o reventar.

Mi padre dio unas vueltas antes de decidirse entre Caracas y Buenos Aires y al final, se largó para acá porque tenía un conocido que trabajaba en un hotel. Era muy bueno con las manos, se daba maña para arreglar todo lo que se rompiera, me refiero nomás a cosas materiales, desde plomería hasta electricidad, y pensó que tal vez podía ocuparse del mantenimiento en el hotel donde trabajaba el fulano. Pero en el barco se hizo amigo de uno que venía a este pueblo de nombre inglés, a setecientos kilómetros del puerto, y decidió seguirlo. En el pueblo vivía mi madre, más joven que él, linda y caprichosa, como le había advertido la quiromante. Mi padre no se dio tiempo para explicarle nada, porque la embarazó en un primer encuentro, antes de casarse. Una vez me contó (y también de otro modo me lo dijo mi madre) que cuando le habló de la predicción, yo estaba ya en su panza, así que el asunto siguió y por eso estoy aquí, contándoles esto.

Se casaron enseguida, para tapar las cosas, como se hacía en ese tiempo, y vivieron unos meses en el campo de mis abuelos, hasta que mi padre consiguió trabajo en el pueblo, en un almacén de ramos generales. Siete meses más tarde les nació esta que les habla, para alivio de los dos, que estaban muertos de miedo de que la fatalidad se cumpliera. A partir de ahí hicieron un trato, pero mi madre no se acuerda de eso, para nada. Según él, ella aceptó: no más hijos, solo esta que ya tenían, esta y nadie más, por si el que llegaba era un muchacho. Pero cuando yo tenía ocho, empezó con sus juegos, me hacía decirle a mi papá que quería un hermanito, me puso eso en la cabeza. Lo cierto es que de pronto estuvo embarazada. Mi papá entró en un pozo de miedo, recuerdo la noche en que lo supe, me desperté escuchando que alguien lloraba, me levanté sin hacer ruido y me acerqué a la puerta de la cocina. Era mi padre. Nunca lo había escuchado llorar, le reprochaba a mi mamá que no se lo hubiera dicho antes y hablaba del trato que habían hecho y ella repetía *tranquilizate, tranquilizate, Piero, te va a hacer mal*. Un sollozo sordo, agitado, no me animé a abrir la puerta, me volví despacito a la cama y nunca, pero nunca, hasta ahora mismo, hablé de esto con nadie.

Mi madre estaba segura de que iba a ser una niña porque había soñado que mi abuela salía de un río como un mar y le entregaba una hija con ojos color de agua. Y así fue que nació mi hermano, con los ojos de un azul trasparente.

Ella floreció.

Lo del varón también venía de lejos, porque mi abuela no había tenido varones y a la abuela de mi madre se le había muerto el único entre varias mujeres. Nacido mi hermano, todo siguió a los tumbos. Discutían, discutían mucho. Él le reprochaba que lo hubiera engañado y para ella eso de la guerra era absurdo, nunca había habido guerras por acá. Hasta que todos nos olvidamos del asunto, y entonces mi hermano cumplió dieciocho y lo llamaron a alistarse.

2

Caen bombas en Bahía del Ganso, hay un cartel que dice The Goose Green, aquí mismo, donde estoy, en el istmo, cerca del Puente Colgante. Nos hemos refugiado en un galpón de esquila, junto a la escuela. Pertenecemos a la Compañía "C" del Regimiento de Infantería N° 25, nos han destinado para cuidar la pista de aterrizaje, mantenerla en condiciones operativas. Aquí en esta planicie, la gente trabajaba en los establos y en los campos, hasta que llegamos. Nos mandaron. Somos ocho. Caen bombas y saltan por el aire los cascos y las armas. Ayer saltó también uno de los nuestros. Quedamos aislados. La vida se vuelve cada vez más fea. Aprendí algunas palabras en inglés. El amigo muerto y yo vivo. Trastornado pero vivo, muerto de miedo pero vivo. Uno de los nuestros en el aire. La guerra es un estruendo cada vez más fuerte. Tengo diecinueve y he visto morir, he visto matar y ya he matado. Uno de los nuestros. Lo arrastramos hasta el galpón. Pasamos toda la noche al lado de su muerte.

3

Aunque parezca una verdad de Perogrullo, todo esto no pasa porque sí. Un breve, escueto, hasta avaro inventario de Malvinas y Georgias arroja este saldo: hay allí además de 500.000 kilómetros cuadrados explorables con grandes chances de ser una de las mayores reservas petroleras del planeta, yacimientos de algas marinas —crecen a razón de un metro por día—, base de la industria del enlatado de conservas y de la repostería industrial, que mueve nueve millones de dólares. No es todo. La turba (un carbón al que le faltan aún unos miles de años y del que hay gigantescos yacimientos) no sirve solo para que los isleños alimenten sus estufas: interviene en la fabricación de plásticos y su destilación produce gas, carbón de coque, alcohol, acetona, parafina y asfalto.

Ya se sabe que en materia de petróleo no hay que cantar victoria hasta que el chorro nos empape, y que la explotación en esa zona trepa a cifras muchas veces millonarias. Pero le aseguro que la Corona conoce todas estas dificultades tan bien como nosotros y sin embargo no quiere soltar prenda. Esa actitud es toda una definición de los intereses que hay en juego.

¿Las Malvinas valen una Guerra? Sí.

Para la argentina es una cuestión de honor nacional y una lucha que no puede abandonarse nunca. Para nosotros tiene un valor político, estratégico económico y sentimental. Para los británicos en cambio solo tienen valor económico. Por supuesto es un poco difícil llegar a un acuerdo con Gran Bretaña si no se hace alguna concesión. Desde el punto de vista internacional a veces no hay más remedio que llegar a un acuerdo por esa vía. La concesión sería facilitar a las empresas inglesas su participación en la explotación de las riquezas. A través de esa vía —y acaso con la intervención de Estados Unidos como país rector de Occidente— se podría llegar a algún acuerdo en el futuro.

¿Las Malvinas valen una Guerra? Sí.

Revista *Somos.* Abril 2nd 1982. Nota de tapa. Firmada por Alfredo Serra y Santiago Palazzo.

4

Quisieras estar despierto, abiertos los ojos para que la muerte no te alcance. Pero es noche y estás solo, los otros no sabés dónde se han ido. Es noche y hace frío. Estás llorando, como lloraba tu padre cuando supo que vendrías. Durante meses, por las noches, lloró por esta noche tuya. De pronto no estás ahí, ya te han llevado al continente y entonces no estás solo, estás con otros, hay otros muriendo junto a vos, un día y otro día. Otros muriendo. Como si vos también hubieras muerto. Y en el hospital, nada que decir a los que están dormidos, sin piernas o sin brazos. Perdida la memoria. De dónde eras, de quién eras hijo, quisieras acordarte, pero no hay de qué acordarse, en la memoria nomás el cuerpo del amigo, un cuerpo todavía vivo.

5

Comunicado:

La causa radicada en Tierra del Fuego acumula más de ciento veinte denuncias. A treinta y nueve años de los hechos, los testimonios de los soldados en el expediente judicial demuestran con total claridad que, en las islas, los altos mandos militares replicaron la maquinaria represiva de la dictadura. Si durante la guerra sufriste maltratos, violencia y torturas por parte de tus superiores, es tiempo de contarlo. No estás solo. Este 2 de abril se lanza la campaña "Yo también hablo", destinada a soldados conscriptos que hayan sufrido torturas y malos tratos por parte de sus superiores.

6*

El tiempo da de comer a los muertos. Se muere fácilmente aquí esperando un sorbo de agua, con la boca abierta. De a dos nadan los muertos. El galpón, las bombas, el verde de la ropa, el barro que humedece, que enmudece. Se camina sobre piedras, a la sombra de cadáveres sobre lodo, sobre flema. Nada importa sobre la clara lágrima. Nada que no sea la noche misma, durmiendo a ratos, esperando un resplandor que anuncie el día.

7**

En la planicie junto a Bahía del Ganso, en un campo minado, un soldado paró la guerra. Miró la hora en el reloj que le regaló su padre cuando cumplió dieciocho, movió hacia atrás las agujas, hasta la tarde en que un borracho toreó desde un balcón *¡Si quieren venir que vengan!* Después fue un poco más atrás, hasta antes de que ese hombre abriera la boca. Y más atrás, hasta que unos tanques rodearon una Casa de Gobierno. Y más atrás hasta un

día de marzo del 76. Y entonces el soldado tuvo otra vez por fin sus doce años, y fue un niño de la mano orgullosa de su madre, caminando por las calles de un pueblo de nombre inglés. Un niño caminando desde la escuela hacia su padre.

8

Extraños días de una extraña guerra.

Y allá unas islas, en los helados mares del mundo.

Fuego.

9

¿De qué están hechos los héroes?

10

Un padre y un hijo se dicen lo que no pudieron decirse durante cuarenta años, dolores que permanecen, formas de las cicatrices.

Antes el padre y el hijo fueron, cada uno, a una guerra y escribieron en un cuaderno palabras sueltas, dibujos.

Padre e hijo regresaron, por fortuna, un día. Solo que el padre no encontró una casa.

Antes sacaron al hijo de un pueblo, una forma de vida, una familia. Destino: Comodoro Rivadavia.

Como era organizado y tenía buena letra y dibujaba en un cuaderno, lo pusieron a ordenar correspondencia. Después lo subieron a un barco y el barco se convirtió en pesadilla.

Antes en un programa radial, todos los días, puntualmente a las ocho de la noche, sus padres buscaban comunicarse a través de una antena de radioaficionados a otra antena en Patagonia para que ese hijo pudiese escuchar la palabra *hijo* cayendo de sus bocas, derramándose.

Antes el muchacho gritó un único grito en los pasillos de un hospital de campaña: "Mamá, mamá".

Antes, dijo en ese hospital "Vengo a recuperarme y vuelvo a La Isla porque tengo a mis hermanos en las trincheras".

Antes alguien los arengó: "Peleen como verdaderos soldados y van a ser recordados como héroes".

Antes pasaron de un día para el otro, de la alineación al fuego.

Antes (era 1982), los llamaron a hacer la conscripción.

11

Soy ese que está en la foto. Una foto de archivo, en el museo del pueblo.

12

Tapa de la revista *Gente*.

En letras mayúsculas: ESTAMOS GANANDO y en letra más chica: *martes 16*. *Puerto Darwin*. *Islas Malvinas*. *Soldados argentinos esperan posible desembarco.*

Es una foto con varios de nosotros en el suelo, en posición de tirar. Yo soy el último, el que está al fondo.

13

Quiero contar lo que pasó, pero no puedo. No alcanzo a ver más allá. Estoy ciega.

* en este párrafo introduje dos breves frases del poeta Paul Celan, de su libro *De umbral en umbral. Paul Celan. De umbral en umbral. Poesía Hiperión, traducción y notas de Jesús Munarriz. Madrid, 1985*

** En este párrafo tomé libremente una idea de un poema de Andrés Bohoslavsky titulado *Paré la guerra*

Nota de los editores

Una tragedia o una causa. Un motivo de orgullo o de vergüenza. De fervor nacional o de furia contra los genocidas. Una memoria imborrable o un olvido obsceno. Un reclamo patriótico o un desprecio apátrida. Desde siempre, pero en especial, desde hace cuarenta años, “Malvinas” es una palabra que entrecruza y activa —cada vez— una serie de incontables emociones, recuerdos, disputas, enconos, duelos incesantes...

Nombrar Malvinas es abrir nuevamente ese espectro de posibilidades, y saber que podemos exponernos a la polémica incómoda o a la confrontación agresiva. Y no obstante seguimos haciéndolo, indefectiblemente, porque Malvinas está —como suele decirse— *en nuestro ADN*, en la historia argentina, y en la parte de esa historia a la que es más difícil vislumbrarle un cierre, un final de capítulo, mucho menos una narrativa conciliatoria capaz de reparar, cerrar un sentido para todos, establecer un acuerdo definitivo.

Quienes ideamos y compilamos este libro sabemos que pertenecemos a esa historia, a esas historias enmadejadas en “Malvinas”, y lo que sentimos desde hace cuatro décadas es que —aunque en nuestros casos particulares la guerra no nos haya lastimado de modo físico, familiar o directo— fuimos siempre parte de las víctimas.

Por eso, reconocer en nosotros mismos algunos de los efectos traumáticos de lo que pasó durante el conflicto del Atlántico sur es uno de los motivos por los que hicimos este libro. Cuando convocamos a las escritoras y escritores que habitan estas páginas a colaborar con un texto inédito sobre el tema apostamos, claro está, a que en cada uno de ellos, de modos muy diferentes, ocurriría lo mismo: Malvinas nos afecta, nos concierne, nos moviliza de modos muy diversos y siempre inquietantes.[***]

Por otra parte, y aunque sabemos de la existencia de un conjunto importante y *clásico* de cuentos y novelas basados en Malvinas, el propósito de estas líneas no es ensayar conjeturas sobre las relaciones entre la literatura argentina y la guerra de 1982 sino, más bien, dejar constancia de que el motivo que nos empujó a convocar a escritoras y escritores de ficción literaria que todavía no habían compuesto relatos o memorias sobre el tema para dar forma

a este libro, nos dio la gratificación, aun con un asunto tan conflictivo y doloroso como el que se presenta aquí, de haber *provocado*, mediante el encargo, la invención de estas historias y escrituras, que de otro modo muy improbablemente hubiesen tenido lugar. Ahora, así, la literatura argentina *sobre Malvinas* incluye también a quienes escriben aquí sobre el tema por primera vez. Al mismo tiempo, durante este tránsito que fue de la propuesta a la publicación, advertimos que aún quedaba mucho por contar, que somos muchos los que estamos movilizados por el tema y que la ficción sigue siendo una vía potente y singular para indagar e interrogar la experiencia, la historia compartida, lo que creemos saber sobre el pasado.

Es cierto que, de alguna manera, todavía seguimos sintiendo Malvinas como una guerra sin preludios, como un evento desgraciado que —montado sobre un reclamo indiscutible— llegó de la noche a la mañana sin que la mayoría de los argentinos, incluyendo muchos de los que fueron enviados a combate, pudieran preverla: Malvinas como la guerra menos pensada. Pero a la vez, en otro frente, el de las letras, la guerra fue y —como evidencian los textos aquí reunidos— sigue siendo cuerpo herido del presente, materia viva de lo que nos afecta hoy, ahora.

Es casi seguro que no pocos de los textos de este volumen se encontrarán de maneras variadas —pero improbablemente *pacíficas*— con la memoria, las expectativas y las ideas de lectoras y lectores. Nos referimos a lo que solemos reconocer como efectos de lo literario o de lo poético (ese acontecimiento tan difícil de describir), pero también a las reacciones ideológicas, políticas o éticas que sin dudas habrán de presentarse: acuerdos y disidencias, fastidios o aprobaciones, iluminaciones o perturbadas opacidades que quizás no hayan tomado, en estos cuarenta años, las formas ni los tonos que se lean aquí. Esas formas y esos tonos son muy diferentes y dispares, tanto como títulos incluye el libro, y lo son en lo estético y en lo histórico-político, en los ritmos y las voces, en las miradas y los escenarios. La guerra sucedió en las islas, pero a la vez en muchos otros lugares y geografías. Les sucedió a quienes combatieron y a quienes no: a millones de personas de condiciones, biografías y edades muy diversas. Posiblemente narrar esa multiplicidad sea un ejercicio incesante (aun si se lo hace, como aquí, desde una cierta perspectiva —*malvinera* pero al mismo tiempo *plural*, digamos—), un ejercicio que, como en estas páginas, esté destinado a la palabra y la escritura de artistas muy diferentes, de muchas procedencias generacionales, experiencias de vida y bibliotecas.

Creemos también que tras leer este libro se volverá a ver que, en muchos sentidos —nombradas y sentidas en voces variadas o divergentes— las Malvinas son argentinas.

MIGUEL DALMARONI Y VICTORIA TORRES

*** Meses antes de terminar la reunión de estos relatos, nos sorprendió la dolorosa muerte de Carlos Busqued, que había aceptado con entusiasmo el convite de escribir para el libro.

Los autores

Mauro Libertella (México D. F., 1983). Creció y vive en Buenos Aires. Es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Publicó los libros *Mi libro enterrado*, *El estilo de los otros*, *El invierno con mi generación*, *Un reino demasiado breve*, *Un hombre entre paréntesis. Retrato de Mario Levrero* y *Un futuro anterior*. En 2016, la Feria Internacional del libro de Guadalajara lo seleccionó como una de las veinte nuevas voces de la narrativa latinoamericana y, en 2017, fue elegido por el Hay Festival como parte del grupo Bogotá 39, que reúne a los mejores escritores de ficción de América Latina menores de cuarenta años.

Luis Gusmán (Buenos Aires, 1944). Escritor y ensayista. Publicó varios libros de ficción entre los que destacan *El Frasquito*, *Villa*, *En el corazón de junio*, *Ni muerto has perdido tu nombre*, *El peletero* y *Tennessee*, que fue adaptada al cine con el nombre de *Sotto voce*. Entre sus ensayos figuran *La ficción calculada*, *Kafkas*, *Epitafios*, *La valija de Frankenstein*, *La literatura amotinada: L. Lamborghini, H. Libertella, R. Piglia*, *Flechazo*. *Encuentros, desencuentros, despedidas* y la autobiografía *La rueda de Virgilio*. Su obra ha sido traducida al portugués y al italiano. Recibió el Premio Konex de platino.

Hernán Ronsino (Chivilcoy, 1975). Publicó las novelas: *La descomposición*, *Glaxo*, *Lumbre*, *Cameron* y el ensayo *Notas de campo*. En 2020 recibió en Berlín el premio Anna Seghers que se entrega cada año a un autor latinoamericano. Sus libros fueron traducidos a ocho idiomas.

Jorge Consiglio (Buenos Aires, 1962). Es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Publicó seis novelas: *El bien* (Premio Nuevos Narradores de Editorial Opera Prima de España), *Gramática de la sombra* (Tercer Premio Municipal de Novela), *Pequeñas intenciones* (Segundo Premio Nacional de Novela y Primer Premio Municipal de Novela), *Hospital*

Posadas, *Tres monedas*, traducido al inglés y al turco y *Sodio*; los volúmenes de relatos: *Marrakech*, *El otro lado* y *Villa del Parque*, traducido al inglés, cinco libros de poesía: *Indicio de lo otro*, *Las frutas y los días*, *La velocidad de la tierra*, *Intemperie*, *Plaza Sinclair*, y un libro de miscelánea, *Las cajas*.

Clara Obligado nació en Buenos Aires y desde 1976 reside en Madrid, donde dirigió uno de los primeros Talleres de Escritura Creativa de la península. Ha escrito ensayo, cuento y novela y ganado el premio Femenino Lumen por *La hija de Marx*, el Setenil al mejor libro de cuentos del año con *El libro de los viajes equivocados* y el Juan March Cencillo de novela breve, con *Petrarca para viajeros*. Ha publicado también las antologías *Por favor, sea breve, 1 y 2,* señeras en la implantación del género en España. Su último ensayo, *Una casa lejos de casa* está publicado en España y en Argentina.

Roque Larraquy (Buenos Aires, 1975). Autor de las novelas *La comemadre*, *Informe sobre ectoplasma animal* y *La telepatía nacional*. Sus libros fueron traducidos al inglés, francés, italiano, portugués, turco, ruso y alemán. Fue nominado al National Book Awards de USA por la versión en inglés de *La comemadre*. *La telepatía nacional* fue considerado uno de los mejores veinte libros publicados en español en 2020 por el *New York Times*. Desde 2016 es director de la Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes.

Mónica Yemayel (Buenos Aires, 1963). Firma las notas con el apellido de su madre y ha publicado crónicas y perfiles en *Gatopardo, Internazionale, Courrier International, Travesías, Anfibia, Rolling Stone, La Nación, Viva, Sophia, Perfil,* y en los blogs de *Eterna Cadencia y Escritoresdelmundo.com.* Es coautora de *Voltios. La deuda eléctrica*. En 2018, su crónica "Los detectives de Borges" fue incluida en *Crónica 3*, el tercer tomo de relatos de autores latinoamericanos editado por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Perla Suez nació en Córdoba. Fue becaria de los gobiernos de Francia y Canadá y fundadora y directora del CEDILIJ (Centro de Difusión e Investigación de Literatura

Infantil y Juvenil) y la revista *Piedra Libre*. Ha recibido la Beca Guggenheim y el Primer Premio Nacional de Novela de Argentina.

En 2015 recibió el Premio Sor Juana Inés de la Cruz de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México, y en noviembre de 2020 recibió el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.

Tiene publicados numerosos libros entre los que se destacan *Furia de invierno*, *El país del diablo*, *Humo Rojo, La Pasajera* y *Trilogía de Entre Ríos*, entre otros.

Sus libros se tradujeron al inglés, italiano, serbio, francés, griego, portugués y macedonio.

María Sonia Cristoff (Trelew, 1965). Es autora de *Falsa calma, Desubicados, Bajo influencia, Inclúyanme afuera*, *Mal de época* y *Derroche*. Compiló una serie de volúmenes estrechamente ligados con su narrativa: *Acento extranjero, Patagonia, Idea crónica* y *Pasaje a Oriente*. Escribe en distintos medios. Da clases en dos universidades (UNA, Untref). Camina compulsivamente. Sus libros han sido traducidos a siete idiomas. Vive en Buenos Aires.

Edgardo Scott (Lanús, provincia de Buenos Aires, 1978). Fue fundador e integrante del Grupo Alejandría, grupo que hacia 2005 inició el movimiento de lecturas públicas de narrativa en Buenos Aires. Ha publicado, entre otros, los relatos de *Los refugios* y *Cassette virgen*, las novelas *El exceso* y *Luto* (traducido al italiano), y los ensayos *Caminantes* (traducido al italiano, francés y de próxima aparición en España), *Por qué escuchamos a Stevie Wonder* y *Contacto. Un collage de los gestos perdidos*. Es traductor, editor y colabora con artículos de crítica literaria en distintos medios de Latinoamérica y Europa. Vive en Francia.

Gloria Peirano es novelista y docente universitaria. Es Licenciada en Letras por la UBA. Publicó *Miramar*, *Las escenas vacías*, *Manual para sonámbulos* y *La ruta de los hospitales*, (Segundo Premio del Concurso de Novela del FNA-2017, novela finalista del Premio Rómulo Gallegos 2020). Es cocoordinadora del Laboratorio de Escritura Académica (LEA) en UNTREF y Profesora Adjunta, en la misma universidad, de la materia Textos Académicos, en la carrera Gestión del Arte y de la Cultura. Es Profesora Titular de Morfología y Sintaxis, en la carrera Licenciatura en Artes de la Escritura de la UNA. Es

coguionista de las películas *El día nuevo*, *El estanque* y *La deuda*, dirigidas por Gustavo Fontán. Es también codirectora de la película *El piso del viento*, junto con Gustavo Fontán.

María Teresa Andruetto (Arroyo Cabral, 1954) publicó poemas, novelas, cuentos y ensayos y numerosos libros para niños. Obtuvo, entre otros, los premios Novela del Fondo Nacional de las Artes, Cultura de la Universidad Nacional de Córdoba, Hans Christian Andersen en 2012 y Trayectoria en Letras/Fondo Nacional de las Artes en 2020. Entre sus últimos libros destacan *Poesía reunida*, *Extraño oficio* y *Ecos de la lengua*. Codirige una colección de narradoras argentinas olvidadas, en la editorial universitaria de Villa María.

Ariana Harwicz (Buenos Aires, 1977). Escribió tres novelas en "una trilogía involuntaria" sobre la maternidad y la pasión: *Matate, amor*, *La débil mental* y *Precoz*. Su cuarta novela, *Degenerado*, fue publicada en 2019. Sus novelas fueron adaptadas al teatro en varios países y al cine en Estados Unidos. En 2021 publica en Argentina, España y México, *Desertar*, un libro de conversación sobre traducción y deserción de la lengua materna. Sus libros fueron traducidos a dieciocho lenguas. Vive en Francia desde 2007.

Mariano Quirós (Resistencia, 1979). Es autorde las novelas *Robles* (Premio Bienal del Consejo Federal de Inversiones), *Torrente* (Premio Festival Internacional de Nueva Narrativa), *Río Negro* (Premio Laura Palmer no ha muerto; traducida al francés), *Tanto correr* (Premio Francisco Casavella), *No llores, hombre duro* (Premio Festival Azabache; Memorial Silverio Cañada, Semana Negra de Gijón; traducida al árabe) y *Una casa junto al Tragadero* (Premio Tusquets 2017). Es autor, además, de los libros de cuentos *La luz mala dentro de mí* (Premio del Fondo Nacional de las Artes) y *Campo del Cielo*. Junto a Germán Parmetler y Pablo Black, publicó el libro de cuentos *Cuatro perras noches*, ilustrado por Luciano Acosta. Es organizador del Festival literario Mulita, que se realiza anualmente en la ciudad de Resistencia. Coordina el taller de narrativa La Luz Mala.

Carla Maliandi (Venezuela, 1976). Vive en Buenos Aires donde es dramaturga, escritora, directora teatral y docente. Realizó sus estudios de grado y posgrado en la Universidad

Nacional de Las Artes. Como directora y dramaturga estrenó siete obras y participó en diversos festivales nacionales e internacionales. Su primera novela *La habitación alemana* fue traducida al inglés, alemán, francés y portugués, y sus derechos adquiridos para su realización en cine. Su segunda novela *La estirpe* fue publicada en 2021, está siendo traducida al inglés y fue seleccionada dentro del programa panhispánico Mapa de las lenguas. Actualmente dicta clases en la Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes.

Raquel Robles (Santa Fe, 1971) es escritora y pedagoga. Investiga los cruces de la literatura con la memoria y la ficción como herramienta de acercamiento a la verdad histórica. Ha ganado el Premio Clarín de Novela (2008) con *Perder*, y ha obtenido Mención de Honor en el Premio Gombrowicz de Novela (2019) y Mención de Honor en el Premio Nacional de Novela Sara Gallardo (2021). Su novela *Hasta que mueras* fue seleccionada por FILBA como una de las diez mejores novelas publicadas en el 2019. Tiene hasta el momento siete títulos publicados. Esta es la segunda antología de la que participa con un cuento.

Marcelo Figueras (Buenos Aires, 1962) escribió las novelas *El muchacho peronista, El espía del tiempo, Kamchatka, La batalla del calentamiento, Aquarium, El rey de los espinos, El negro corazón del crimen* y *Todos los demonios están aquí*. En 2019, Sudamericana publicó el libro del Indio Solari *Recuerdos que mienten un poco. Memorias. En conversaciones con Marcelo Figueras*. Su obra ha sido traducida a una veintena de idiomas, entre los que se destacan el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el holandés, el polaco, el hebreo y el ruso. Como periodista, entrevistó a Woody Allen, Paul McCartney, Arthur Miller, Madonna, Mick Jagger y Martin Scorsese, entre otras personalidades. Escribió junto con Marcelo Piñeyro los guiones de *Plata quemada* y *Las viudas de los jueves*. También es autor de los guiones de *Kamchatka* y *Rosario Tijeras*. Actualmente es director de Radio Provincia y ejerce como periodista en distintos medios.

“Si el origen de la ficción nacional está marcado por la violencia, especialmente la violencia política, y si nuestra narrativa nunca despreció hacerse cargo de los hitos históricos, Malvinas se acomoda perfectamente dentro de esos parámetros. Porque Malvinas es mucho más que una guerra perdida, es la dictadura militar enviando a la muerte o a la mutilación (física, mental) a miles de soldados conscriptos, es un pueblo triunfalista, una muchedumbre que primero aplaudió y luego insultó, es una generación cuya banda de sonido se cantaba en castellano, es la negación en los años siguientes y es el tibio florecer de una conciencia social, de una causa común, de un dolor compartido en las últimas décadas”.

Del prólogo de Sergio Olguín

VICTORIA TORRES

Estudió Letras en la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente es docente titular en la Universidad de Colonia, Alemania. Entre sus temas de investigación, las representaciones literarias de las guerras, en especial la guerra de Malvinas, ocupan un lugar principal. Autora de numerosos artículos sobre el tema, es coeditora de una antología de cuentos de Rodolfo Walsh traducidos al alemán, de *Golpes. Relatos y memorias de la dictadura* junto con Miguel Dalmaroni y de *Estilo libre*, una colección de cuentos para jóvenes de escritores argentinos.

MIGUEL DALMARONI

Es ensayista y crítico literario. Enseña Teoría Literaria en la Universidad Nacional de La Plata y en varios posgrados de otras instituciones. Es investigador principal del CONICET. Ha publicado numerosos artículos, estudios y libros sobre teoría literaria y literatura argentina, entre los que se cuentan *Patria y muerte. Literatura argentina y política, Una república de las letras. Escritores argentinos y Estado y La palabra justa. Literatura, crítica y memoria.*